

FUTURO IMPERFECTO

Primera Antología de PÓRTICO
ENCUENTRO DE CIENCIA FICCIÓN



Hernán Domínguez Nimo
Paula Salmoiraghi
Patricio Bazan
Isabel Santos
Laura Bravo
Martin Casatti
Alexandra Jamieson
Patricia Kieffer
Fernando Manavella
Fabiola Soria
Lucía Vazquez
Jack Vaughanf
Angel Alvelo
Flor Canosa
Alejandro Zaccardi
Chinchiya Arrakena

Futuro imperfecto : primera antología de Pórtico : encuentro de ciencia ficción /
Hernán Domínguez Nimo ... [et al.] ; editado por Juana Inés Gallego Sagastume.
1a ed. - Moreno : Ayarmanot, 2018.
160 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-45840-9-0

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos de Ciencia Ficción. I. Domínguez Nimo, Hernán II.
Gallego Sagastume, Juana Inés, ed.
CDD A863

Fecha de catalogación: 07/04/2018

Edición de Chinchiyá Arrakena, puesta en libro al cuidado de Laura Ponce.

RAMADA © Hernán Domínguez Nimo
COSAKAIT © Paula Salmoiraghi
AMOR CARRUSEL © Patricio Bazan
ROSITA © Isabel Santos
LAS PALABRAS DEL ÉTER © Laura Bravo
CURVA DE APRENDIZAJE © Martín Casatti
POTRERO © Alexandra Jamieson
ORIGEN DESCONOCIDO © Patricia Kieffer
EL LLAMADO DE VYRYLYA © Fernando Manavella
INTERLUDIO © Fabiola Soria
LLUVIA © Lucía Vazquez
LA MÁQUINA DOPADA © Jack Vaughan
GRIS © Ángel Alvelo
LA MUJER DE TURING © Flor Canosa
SASHA © Alejandro Zaccardi
LOS CUERVOS DE ODÍN © Chinchiyá Arrakena

Ilustración de tapa: © 2018, Dani Leoni



Pórtico - Encuentro de ciencia ficción

Prólogo

Como la ciencia ficción —si bien ya existía mucho antes, según estudios de muchos académicos— se extendió ampliamente al público en una década en la cual también se popularizaron otros géneros de entretenimiento como el western, las historias de espías, de terror, los policiales, la magia, ciertos cuentos de “amor” que en realidad eran sensualidad y sexo disfrazados tras un título que sonaba a romanticismo (pero con portadas provocativas), supuestas “pinturas” históricas como la del imperio romano, o de la vida de los piratas, o del Egipto de los faraones que no eran más aventuras de acción y lucha, fue encuadrada como “Literatura de evasión”.

Y así quedó para muchos ámbitos literarios. Dicen que leemos *esto* para evadirnos.

Pero los escritores de ciencia ficción, si bien durante mucho tiempo explotaron mucho esta evasión en sus cuentos de “cow-boys del espacio”, y de héroes carismáticos, y de chicas adorables, dotadas y decorativas, fueron girando y ramificando los caminos del género, como la ciencia nos dice que se ramifican los universos cada vez que le sucede algo a una partícula o a un haz de energía, hasta convertir el género (no la historia escrita) en una aventura, pero una aventura temática, literaria, en lo formal y en sus temas.

Puede que suene obvio, porque es algo que ocurre en todas las Artes: hay nuevas generaciones; de personas y de corrientes vitales. Nunca ha sido tan rica la variedad de experimentación, fuerza especulativa y fusión de géneros de esta literatura que nos motiva, la ciencia ficción, como en las últimas tres o cuatro décadas. Lo mismo que en el rock y la música en general, en la vestimenta, en las motivaciones de las personas, en la forma de vida y costumbres, en fin, en la Sociedad y en la vida personal de cada individuo.

Por eso es tan difícil clasificar un cuento hoy en día. Si lo sabrán las editoriales, los libreros, los lectores y los críticos.

A algunas personas —uno lee por ahí— esto les parece mal, y decretan la “defunción” de algunos géneros. A otros nos parece que hay más y más vitalidad. Y evolución.

Como en la Naturaleza, se sobrevive con una transformación constante: desde un hongo a un animal transmutado y complejo como el ser humano. Se sobrevive adaptándose... o se desaparece.

Así que nos encontramos con una literatura —la nuestra, la de este libro— que resulta por definición y por necesidad la campeona en Variedad, Diversidad, Especulación, Experimentación. Con esto nos encontramos todos los días los editores, los críticos, los estudiosos, los lectores y, por supuesto, los antólogos.

Cosas que pueden parecer viejas —algunas veces— pero mucho más con cosas nuevas. Sorprendentes.

Y aquí entro en tema. Este texto debe ser el prólogo para un libro, lo cual implica hablar del libro y de sus contenidos, ofrecerle una guía al lector. Como no deseo —o más bien no me gusta— adelantar mucho de lo que viene al dar vuelta una página —es algo que ODIÓ si me lo hacen a mí— la lucha para cumplir con lo que se espera de esta apertura del libro, esta sección, y lo que pretendo hacer, la resolveré... experimentando.

Especulando.

Y no digo “inventando”, porque no es la sección del libro donde vale la inventiva, pero sí me atreveré a convertir la trayectoria de esta intervención que me toca en estas páginas en lo que se ve en esas imágenes de las colisiones de los aceleradores de partículas: una colorida trama de caminos bifurcados y enroscados sobre sí mismos, que para los físicos del acelerador significan mucho, incluso un descubrimiento, la apertura de una nueva ventana a los misterios de la Naturaleza y hasta una ruptura de la realidad.

Porque ¿qué encontrarás en este libro? En esas curvas encontrarás diversidad, aventura, atrevimiento, novedad, especulación (fíjense la relación de la palabra con los espejos) y... bueno... aventura constante.

La selección de este libro tiene lo que puede ser un defecto para algunos, y la delicia más gratificante para otros: no se ha propuesto

hilos conectivos, no tiene una temática propuesta, no propone una acotación de edades, antigüedad en el oficio, o compartimentación de edad, procedencia, sexo, estilo, de temas preferidos, y etcétera, etcétera, de los autores.

Sólo es una sorpresa constante.

Y también es un estudio sociológico en sí: ¿qué cosas nos preocupan? ¿Qué surge de nuestras mentes en esta época cuando nos sentamos a “fantasear” una historia?... O como me gusta más expresarlo: cuando nos sentamos a especular sobre cuáles son los bordes de la realidad que nos rodea, nos contiene y penetra dentro de nosotros.

Bien, es esto. La aventura que vivirán al leer el libro.

¿O acaso cualquier pionero de la Historia que escojan salió a cruzar horizontes sabiendo con qué se encontraría?

La ciencia ficción reúne escritores aventureros y lectores pioneros, o sino no es nada.

Adelante, den vuelta la página.

Eduardo Carletti
Buenos Aires, abril 2018

Introducción

Algunos creen que todos los proyectos exitosos son fruto de una planificación detallada, minuciosa y de una ejecución precisa como mecanismo de relojería.

Otros, los más románticos, creen que las buenas ideas son regalos de los hados que, una vez plantada la semilla de la genialidad en sus elegidos, los protegen de inconvenientes, dudas y tribulaciones, les regalan la perseverancia que nace de la pasión y les aconsejan a cada paso, de forma tal que ese proyecto, esa idea, nace tan natural como una flor, completa y perfecta desde su concepción.

Ambos se equivocan, en parte, y ambos tienen razón, pero no del todo. Los proyectos exitosos son una conjunción de técnica y arte, de trabajo duro y de intuición, de planificación y de improvisación, en definitiva, de mente y corazón. Y muchas veces nacen en los lugares más insólitos.

Como por ejemplo, durante una charla de amigos, mientras se descansa de la tercera edición de Pórtico, Encuentro de Ciencia Ficción:

—Bueno... Pasó Pórtico III... ¿Qué se hace ahora? —pregunta Chinchiya, que no puede estar tranquila sin hacer nada. Toma un vasito de coca y les sirve a sus amigos.

—¿Arrancar con la organización de Pórtico IV? ¿O con Pórtico Córdoba? —dice, entusiasmado y riéndose, Case.

—Estuvieron muy buenos los talleres, y ya hace rato que venimos produciendo cosas en ellos... Por ejemplo: ¿no sería lindo tener un libro con cuentos de ciencia ficción, de Pórtico? —dice Sofi.

—¡Talento hay! Si no me creen, fíjense en la calidad de las ponencias que se presentaron —acota Case.

—No, no hay duda. El tema es cómo armar ese libro, ¿no? —dice Chinchiya— ¿Le podremos pedir a Lau que nos de una mano con la edición?

—Creo que está muy tapada de laburo... Por ahí nos puede dar una mano, pero no ponerse a editar ella sola —dice Sofi, terminando su vaso.

—Yo armaría la convocatoria, a ver qué repercusión tiene. Con probar no perdemos nada. ¿Les parece que la cuelgue del portal? —acota el cordobés. Toma su notebook y se lo ve buscando algo.

—No, hagámosla en la página de Facebook —dice Sofi.

—Mirá, tengo una imagen que quiero usar hace rato —dice Case, mostrándoles a Darth Vader leyendo en la cama, con el sable de luz como lámpara en la mesita.

—¡Es genial! Pasámela que ya le pongo el título y la usamos —dice Chyn riéndose—. Sería genial poder presentarla en Pórtico IV, ¿no?

—¡Obvio! Eso pensaba yo —dice Sofi.

El equipo, entusiasmado e inexperto, comienza a darle forma a este libro que hoy está en tus manos. Sin saber muy bien cómo, ni qué alcances iba a tener, ni el laburo real que iba a llevar.

Pórtico, Encuentro de Ciencia Ficción es un evento que se ha desarrollado a la fecha durante cuatro ediciones, tres de ellas en la Universidad Nacional de La Plata, y una en la Universidad Tecnológica de Córdoba. Es un evento que busca la conjunción entre la academia y las artes, entre la ciencia dura y los vuelos de la imaginación, integrando a conocedores y neófitos, pero siempre utilizando la ciencia ficción como lenguaje común y vínculo entre todos sus participantes.

Es un evento que ha entregado con el correr de los años, multitud de ponencias de distintos ámbitos, que ha llevado la música, la danza y las artes a un encuentro con las ingenierías, que le ha dado una visión particular a la ciencia ficción, y que demuestra su madurez por medio de estos dieciséis trabajos que tenés en tus manos. ¡Que lo disfrutes!

Chinchiya Arrakena, Sofía Cos y Martín Casatti
La Plata, Córdoba Capital, abril 2018

*A Martín Adrián Ramos,
que siempre está recordándonos la sencillez,
el trabajo duro y la pasión por lo que hacemos,
aunque el resto piense que estamos locxs.*

*A Diana Levington,
extraordinaria coach y amiga, cuyas conversaciones nutrieron la idea de Pórtico,
y que me acompañó en este camino de asumirme artista,
con los desafíos que eso conlleva.*

RAMADA

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO

Hernán Domínguez Nimo nació en Buenos Aires en 1969. Es escritor y publicista. Sus relatos han sido traducidos al inglés, francés y griego. “Moneda común”, ganador del Concurso Fobos, integra *Panorama Interzona / Narrativas emergentes de la Argentina* (InterZona, 2012). Publicó los libros de cuentos *Si algo está muerto, no puede morir* (Textos Intrusos, 2015), *Tiempos muertos* (Peces de Ciudad, 2016) y *La primera muerte es gratis* (Ediciones Ayarmanot, 2017).

La señal me llevó hasta una casa vieja, perdida en un racimo de árboles secos, retorcidos, paisaje habitual —aún hoy— en la superficie de Ramada que no está completamente calcinada. A los costados de la casa, apilados contra las paredes, máquinas desarmadas sin uso posible, pedazos de hierro oxidado, rejillas, ruedas sin ejes, ejes sin ruedas, montones de chatarra acumulada por si acaso. La riqueza plena de un acumulador compulsivo: montañas de “por si acaso”. Un poco más lejos, una cabina de plástico torcida, vencida —baño químico devenido en retrete—, desafiaba la gravedad, que allí era de tres cuartos de g. Solo por eso seguía en pie.

Las ventanas, sin vidrios y tapiadas desde adentro con tabloncillos y chapas, eran resabio de la guerra. No era difícil imaginar la punta de un fusil asomando entre las rendijas. Esperé un rato antes de acercarme. No es que una bala pudiese hacer alguna mella en mi armo funcionando al máximo, pero quería saber —es parte de mi trabajo— si los ocupantes eran amistosos. O no.

La puerta se abrió antes de que yo golpeará el marco de madera revirada. Una vieja, cara arrugada y mejillas chupadas. Una cicatriz que iba del mentón hasta el nacimiento del ojo derecho. El ojo aún estaba ahí, aunque el gris era apenas más claro que el del izquierdo. Secuela de la herida. O un injerto muy bien hecho.

—Hace mucho que no se veía un soldado en Ramada —dijo la vieja.

—Soy teniente —dije, haciendo un gesto a la insignia en mi hombro—, no soldado.

—Claro, claro... Ya olvidé como leer esos garabatos tan lindos de ustedes... —se movió apenas, sumergiéndose en las sombras del interior—. Pase teniente, pase. Mi casa está abierta para la milicia... siempre...

La risa rasposa de una broma incomprensible subrayó la última frase. Me pregunté —pregunta estúpida— si la soledad habría hecho estragos. Juro que me costó dar el primer paso para entrar. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra así que aborté la preorden de infrarrojos permanente con un parpadeo. Adentro la casa estaba en peor estado que afuera. Un gran ambiente rectangular, una gran mesa en el centro, a la que le quedaban solo tres patas, una era distinta. El escaneo mostró que era solo eso, una pata distinta, maciza.

—Siéntese, teniente —dijo la vieja—, póngase cómodo...

Miríadas de puntos de actividad infrarroja —el equivalente ramadense de las pulgas— me hicieron desistir del sillón largo, apoyado contra una de las paredes. Acomodé una silla de madera rústica, junto a la mesa. Dos o tres orificios —aún calientes— revelaban algún tipo de parásito orgánico. Si la vieja no se ocupaba, la silla seguiría el camino de la pata ausente en la mesa. Mi vista recorrió el piso manchado y percutido, mal barrido, vacío. Llamaba la atención la ausencia de alguna mascota de compañía.

La cocina ocupaba el otro costado, la pared ennegrecida por el humo de leña —leña impregnada por la napalnitá— y la grasa de las ollas, también ennegrecidas, todas deformes, que se apilaban en la mesada. Alguna que otra telaraña enlazaba cuadros y adornos diminutos de pared con la única lámpara que colgaba del techo y parpadeaba cada tanto, al ritmo de un generador eólico.

En la pared restante, opuesta a la entrada, otras dos puertas, ambas cerradas. La señal venía de la de la izquierda.

La vieja se sentó al otro lado de la mesa.

—¿Qué lo trae por acá, teniente? La guerra terminó hace ya casi dos años... —se agarró a la mesa, un gesto exagerado, como si la asustara una posibilidad—: ¿O acaso empezó otra? ¿Por la posesión del planeta con la vegetación más deforme y seca del universo?

La risa de la vieja chirriaba como una cigarra moribunda y en celo, dolía en los oídos. Hablé para callarla.

—No habrá otras guerras aquí, señora. No durante nuestras vidas al menos.

Eso no era una mentira. No había quedado en Ramada nada por lo que valiera la pena pelear. No había quedado ningún nativo que pudiera pelear. El planeta —de bosques tan exuberantes como para merecer tal nombre— estaba seco y carcomido, envenenado hasta sus entrañas. La vieja que tenía delante era una metáfora demasiado obvia de lo que había quedado.

—Lástima —dijo—. Me gustaba tenerlos a ustedes revoloteando por acá, ¿sabe teniente?

La sonrisa torcida, con varias teclas ausentes, intentaba ser seductora imagino...

—Estamos recorriendo sector por sector, donde hay colonos instalados, señora. Hacemos recuento. En la guerra se pierden cosas. Armas, bombas, minas sin detonar, todo eso termina siendo un peligro para ustedes, los civiles, cuando nosotros nos vamos. Nuestra tarea —mi tarea— es rastrillar y limpiar. Pura rutina.

No le dije que estaba más interesado en bajas no confirmadas, de los vivos y —sobre todo— de los otros. Los frankis.

—Pues acá no queda mucho para rastrillar, y demasiado para limpiar —la carcajada rebotó contra las paredes y volvió, una y otra vez, reverberaciones insoportables.

La vieja me ofreció licor, que rechacé con toda la gentileza que me fue posible. Ella se sirvió una ración generosa.

—No siempre tengo compañía con quien beber dijo. Aunque beba sola, la compañía ya es algo.

Dos veces vació y volvió a llenarse el vaso. El escaneo me mostró un 97% de alcohol. El hígado no le iba a durar.

Podría haberme levantado para revisar las puertas sin pedir permiso —que obviamente no me iba a dar—, la autoridad militar todavía regía sobre Ramada. Pero me resultaba violento. Con el tiempo, uno aprende a sosegar el animal de guerra que se lleva adentro. A manejar el ritmo de los eventos cuando no lo marca el ruido de la metralla. Más allá de lo que ocultaba, esa mujer había sido víctima de la guerra. Uno de los colonos sobrevivientes. En algún momento tendría que ir al baño. La revisión interna de sus órganos revelaba cistitis aguda, y una vejiga con tejidos inflamados y —por eso mismo— poca capacidad.

Apenas salió, tropezando con su silla, me levanté. La puerta de la

derecha escondía un armario lleno de porquerías apenas menos oxidadas e inservibles que las que rodeaban la casa. La otra estaba cerrada con llave. Abrí de una servopatada. La señal provenía de la única cama. Un bulto tapado con una sábana. Movimiento leve. Lo destapé.

Como esperaba, era un vanguardia. Las piernas habían desaparecido, una a la altura de la rodilla, otra más arriba. Los rebordes de la piel revelaban una herida de mina terrestre. Los dos brazos, uno apenas un muñón que acababa después del codo, atados con cadenas a los parantes de la cama. El torso también estaba sujeto, tres cinturones todos distintos y una sogá reseca que rodeaban el cuerpo, el colchón y la cama. El ojo que sobrevivía en el rostro del franki —marcado de metralla y cicatrices de las cirugías revividoras— me miró y giró enloquecido. Por un momento pensé que se le iba a zafar de la cuenca.

—Me lo arregló Rofus, un viejo de esos que saben de todo, yo creo que fue cirujano o algo así antes de venir acá... —dijo la vieja a mi espalda. Aunque el sensor perimetral me había avisado, no había escuchado sus pasos—. Lo encontré tirado después de la última batalla, la de la colina verde —se rió, quizá por el nombre y la imagen que evocaba, tan distinta de la actual.

Asentí. Recordaba —claro que sí— la batalla. Yo había estado ahí. Ese vanguardia quizá había sido parte de mi batallón.

—Me dejaron sola, ¿sabe teniente? Después de diez años... —el tono era de explicación... No, de justificación—: Y ya estoy vieja para andar de acá para allá... Pero después de hacerle los retoques, ¡ya tenía todo lo que una mujer puede necesitar!

La carcajada desagradable me forzó a mirar eso que estaba evitando. Los frankis no necesitan miembro viril al revivirlos. Algunos dicen que, en el bombardeo artificial de drogas corporales para mantenerlos operativos y centrados en el campo de batalla, esa ausencia genera más de una incongruencia, que definitivamente no colabora en su equilibrio mental. Si es que eso existe alguna vez. Otros dicen lo contrario, que los cercenan a propósito, que así reducen la posibilidad de impulsos sexuales desatados por ese mismo bombardeo... Se dicen muchas cosas, lo único seguro es que cada cirugía se traduce en plata, ¿y quién va a invertir millones de créditos —si multiplicamos por los cientos de miles de vanguardias que reviven por mes— en ponerles algo que no van a usar?

El franki que yo veía sí tenía un miembro ahí abajo, pero era el equi-

vocado. En el lugar en el que —en vida— había estado su pene, asomaba la mitad del antebrazo, que terminaba en una mano a la que solo le quedaban tres dedos. Alguien —ese tal Rofus— había removido el pulgar y el meñique.

—Fue idea mía, ¿sabe? Aunque a veces me arrepiento de haberle pedido que sacara el meñique.

La risa cascada despertó la mano, que se alzó y se movió, de un lado a otro, como un títere sin hilos, un truco de mago barato. Imaginé a la vieja cabalgando esa mano, fist y fuckin, todo en uno, y odié mi imaginación perversa.

—Y... una se aburre, vio... Espero que no les moleste que haya tomado prestado uno de sus muertitos para...

El disparo la silenció.

—Por atentar contra el ejército en tiempo de guerra, la sentencio a muerte y ejecuto.

Lo dije después. Nadie se iba a enterar.

Me volví al vanguardia y volví a disparar. Fue un alivio —más grande que dejar de escuchar a la vieja— cuando la mano quedó quieta. Fue lógico que me haya afectado tanto. Cuando están muertos, la perversión es la peor de las burlas para un soldado. Radié mi ubicación y me senté a esperar el transporte. Usualmente los llevaba activos, pero ya se iban a encargar de traerlo otra vez, para mandarlo al frente. Donde fuera.

© Hernán Domínguez Nimo

COSAKAIT

PAULA SALMOIRAGHI

Paula Salmoiraghi nació el 30 de marzo de 1969 en Buenos Aires. Le dijeron que el parto fue lento y la primera etiqueta sobre su cuerpo heteronormado y colonizado fue "chantaculo". Entre los seis y los ocho años quedó marcada de por vida por los cuentos de hadas y la asignación de "pájaros en la cabeza". Después estudió el traductorado de francés y el profesorado de lengua y la licenciatura en Letras y todos esos defectos parecieron oficializarse con mayor o menor pudor. Agregó "Irupé" a su nombre para seguir siendo redonda, verde y flotando en el agua. Publicó cuentos y poemas en revistas de por aquí y por allá y dos libros titulados *Mi tren monoplaza* (Del Dock, 2010) y *El cajón de las manzanas podridas* (Baltasara Editora, 2016). Vive en un ecosistema multiespeciemulticolor y construye los blogs *Lunesporlamadrugada*, *Paulapoeta* y *Suciadebesosyarena*.

<http://www.lunesporlamadrugada.blogspot.com>

I

—Yo soldado. Aquí ahora batalla. Matar morir. Armas fuego objetivo. Repetir. Bien. Repetir. Error peligro. Huir. Fuego dolor. Más dolor. Amigos no. Peligro. Enemigos. Eliminar dolor.

—Capitán, parece que vuelve en sí.

—No diga, boludeces, compañera, los robots no vuelven en sí, funcionan o no funcionan.

—Evite, en lo posible, dirigirse a mí con ese tono soez, capitán, y observe.

—Ay, capitana ¿qué quiere que observe?

—Esto:

—Dolor pequeño. Aquí ahora desconocido. Autodefinirse no. Atacar no. Observar.

—¡Qué gracioso cómo habla!

—¿Es lo único que le llama la atención, Gervasio?

—Capitana: si desea que yo no utilice mi normal forma de expresarme y que usted califica de soez, le ruego que, a cambio, no utilice usted ese nombre.

—Es el nombre que le puso su madre ¿no?

—Comenzaré a llamarla Margarita delante de los subalternos.

—Yo no tengo problema. ¿Por qué se avergüenza de su nombre?

—Convendrá conmigo, "Margarita", en que es arcaico hasta la ridiculez, que suena feo, que connota vejez y homosexualidad.

—Pero, compañero, usted no tiene dudas respecto de su edad o su elección sexual.

—Mejor dejémoslo ahí. ¿Qué debería llamarme la atención de este robot? ¿Su modo de hablar no es lo peculiar?

—Sí... El punto es que los robots no hablan.

—Es cierto, los nuestros no hablan porque respetamos el convenio de Mercurio pero nuestros enemigos pueden haberlo roto y darle voz a sus androides.

—Ay, capitán, me sorprende su falta de conocimiento técnico e histórico: Primero: usted homologa robot con androide. Segundo: En el convenio de Mercurio se estableció la periodicidad mínima de guerras mundiales, intrasistema y/o universales, calculada por expertos en recomposición de masas bélicas y supervivencia de especies afectadas. Donde se estableció que los robots y los androides no podían hablar fue en el convenio de Marte, cuyas sesiones se prolongaron durante décadas debido a la extensión de las exposiciones y debates generados por lingüistas, antropólogos, psicólogos y genetistas que acordaron que en el lenguaje radica nuestra esencia y nuestra posibilidad de reproducirnos culturalmente. Ahí se decidió negárselo a nuestros creados.

—Su sabiduría me apabulla, Margarita.

—Gracias, capi.

—Dígame, entonces, querida y enciclopédica capitana ¿por qué habla este robot?

—Simplemente porque no es un robot.

—Bueno, señora terminología, quise decir este androide.

—No es un androide.

—Peligro. Enemigos. Conocimiento. Ellos observar. Yo observar.

—Ja. Me hace matar de risa.

—No pegue esas carcajadas, capitán, está confundiéndolo más.

—Ella lástima. Él maldad. Yo comprender no.

—¿Por qué tartamudea como un boludo?

—¡Gervasio!

—Otra vez la burra al trigo...

—¿Y teme que su nombre lo avejente? Usa refranes del siglo XVI.

—¿Tanto? Perdón.

—Dele, retomemos las formalidades. Este prisionero es humano: Una evolución de nuestra misma línea genética.

—¿Llama a esto evolución? ¿Un montón de chatarra abollada que repite verbos sin conjugar y...

—Ah, señor humano, macho y milico: ¿le rompe algún esquema re-

conocer que a esto llegaremos? ¿Le tira abajo alguna estantería ver en qué se han transformado los "carne de cañón" que le sacan a usted las papas del fuego?

—Capitana, es usted la que está usando ahora terminología poco científica y, lo que es peor, poco militar.

—Me importa un carajo su terminología, Gervasio. Este descubrimiento derrumbará todos los prejuicios de su casta. ¿Usted creía que, al evolucionar, los machos humanos se tirarían cada vez más pedos, darían cada vez más órdenes, tendrían cada vez más mujeres y contarían sus hazañas alcohólicas, automovilísticas y sexuales cada vez con más público?

—Usted es una solterona resentida.

—Y usted un huevón atómico.

—Ellos amor. Ellos odio. Ellos amigos enemigos. Yo comprender no. Huir. Salida no. Inmovilidad. Yo horizontal. Defensas no. Yo sueño. No. No. Dormir no.

—Mire... lo ha asustado de nuevo, pobrecito, se quedó dormido.

—Pero si la que gritaba era usted.

—Lo mata de cansancio el esfuerzo de pensar. Lleva tres días tratando de saber qué hacer sin un nabo dándole órdenes.

—Otra preguntita... ya que estamos... ¿por qué no le ha sacado todavía todas esas latas de encima? Así, realmente, es difícil ver su parte humana.

—Yo no sé, capitán, qué parte quiere usted ver de este hombre pero debo decirle que "todas estas latas" como usted las llama son parte del cuerpo del soldado.

—¿Las tiene pegadas?

—No, sobestia, aún no descubro el mecanismo por el cual lo lograron pero puedo adelantarle que así como en la Antigua Edad Media se fabricaban bufones para los reyes sometiendo a bebés y niños pequeños a torturas inenarrables...

—¡Inenarrables! ¡Qué palabra graciosa! Cuénteme, nárreme no más qué le hacían a esos bebés para transformarlos en bufones...

—¡Sádico!

—¿Les quebraban las piernitas, no es cierto? ¿Y les pinchaban los ojitos y los hacían dormir en baúles para que no crecieran y les cortaban las orejitas?

—¡Morboso!

—Bueno, no se angustie, Marga... ¿quiere que le diga Marga? ¿O prefiere Margot?

—¿Ve...? ¿Ve...? ¡Ya se puso cachondo! No, si es lo que yo siempre digo: a los hombres como usted lo único que los calienta es el dolor ajeno.

—Bue... y las mujeres como usted son capaces de enfriarle a uno cualquier hoguera...

—¿Es que no se da cuenta? Estamos ante un niño que ha sido creado para matar y morir sin cansancio ni dolor, que utiliza un lenguaje cuya gramática y capacidad de significación desconocemos y que, además, no es el único de su tipo.

—¿Usted dice que esto podría ser una de las causas de nuestras constantes derrotas en los últimos siglos?

—Es posible.

—¡Hijos de puta!

—Ahora se siente indignado... ahora los insulta porque inventaron algo que a ustedes no se les había ocurrido ¿no?

—Y deben tener todo un criadero de estos cosos...

—No sé. Yo sospechaba desde hacía tiempo que los ejércitos enemigos tenían algún secreto. No dije nada porque me hubieran dicho que eran boludeces mías, que me pusiera a hacer algo útil, que les trajera un cafecito, que en realidad preciso un macho que me mantenga, que...

—Bueno, bueno, suficiente. ¿Y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer con el muñequito?

—Estudiarlo.

—¿Para copiar su modelo y tener nuestros propios ejércitos de niños de metal y sin lenguaje?

—Bruto sin corazón. ¿No le da pena? Mírelo bien...

—Y... no me gustaría estar en su pellejo. Debe hacer calor ahí adentro ¿no? Y en invierno ¿se le engancharán los saquitos tejidos?...No me mire con esa cara. ¿Qué dije ahora?

—Nada, nada. A veces pienso que los lingüistas se equivocan al relacionar directamente lenguaje con inteligencia y con producción de cultura. Aunque lo suyo no es falta de inteligencia lingüística y sus valores culturales llevan siglos desarrollándose. Realmente debo ser yo la que no entiende nada.

—Zas, caímos en el pozo depresivo. Vamos, Margarita, no me haga pucheros que me meo encima. Si no quiere que hable no digo nada.

—¿No puede hablar pero decir algo que valga la pena de ser escuchado?

—Es que usted llama “valioso” a lo que piensa usted, lo que pienso yo, para usted, siempre es incoherente.

—Está bien. Me rindo por hoy. Mejor vámonos a dormir.

—¿Juntos?

—Usted a su casa con su esposa y sus seis hijos y yo a la mía.

—¿Lo dejó bien atadito al prisionero?

—No. Quiero ver qué hace cuando tenga fuerzas para levantarse. Es la primera vez que uno de ellos sobrevive a una herida. Fue esa costumbre de no recoger a los heridos lo que nos dio la pauta para investigar qué estaba pasando. Quiero ver qué le llama la atención, qué conoce, qué dice ahora que está fuera de todo lo que ha visto y le han enseñado en su vida. ¿Vio que siempre habla en voz alta?

—¿Cómo en voz alta? Su voz no me pareció ni alta ni baja.

—Digo que habla de sí mismo y de lo que lo rodea en voz alta.

—¿Y?

—Por si no lo ha notado nosotros pensamos “para adentro”, dentro de nuestro cerebro tenemos una imagen de nosotros mismos, de lo que hacemos, de los lugares que recorremos y sus funciones. Emitimos mensajes “en voz alta” cuando tenemos un receptor. Él no nos está hablando a nosotros. Simplemente no sabe comunicarse con otro ni ocultar lo que tiene en la cabeza. Parece como si su forma de pensamiento fuese ese listado de palabras sin estructuras sintácticas que escuchamos.

—¿Piensa en voz alta?

—No sé si piensa. Me parece que lo intenta pero no sé qué han hecho con su cerebro. Lo más probable es que repita lo que ha escuchado en su vida. No sé hasta dónde es capaz de crear mensajes jamás escuchados o generar sentido ante situaciones nuevas.

—Guau. A mí me sonaba medio a Tarzán o a las imitaciones de indios en las películas de cowboys.

—Y yo me sorprendo de mi niño en estudio. Ni siquiera sé si usted es capaz de generar sentido ante situaciones nuevas. Lo invito a que sea testigo de la innovación en terapéutica que aplicaré con este muchacho y va a ver lo que es una buena narración.

—¿Qué gilada está planeando?

—¿Qué nos han dado nuestras madres y nuestras abuelas y las madres de nuestras abuelas durante siglos?

—¿Coscorrónes? ¿Leche con miel? ¿Gorros de lana?

—¡Cuentos, bobo! Cuentos a la hora de dormir y canciones. Canciones de cuna y de cumpleaños, para que deje de doler y lavarse los dientes y para aprender los colores y el abecedario...

—Es lo más patético que he escuchado en mi vida.

—Yo estoy igual que él: pensando en voz alta.

—¿Usted quiere decir que yo estoy acá al pedo?

—Y... ¿a usted qué le parece?

—¡Qué ingrata es! Yo le pongo la oreja, le pongo el hombro, me quedo cuando ya se fueron todos, hasta le pongo cara de "qué interesante lo que estás diciendo" y le suelto un "ajá" de vez en cuando... ¿No me escuchó decir ningún "ajá"?

—La verdad que no, lo vi mover como un burro la cabezota de atrás hacia adelante que debe ser lo mismo...

—¡Ingrata! ¡Ingrata y desagradecida! ¡Pérfida!

—Hasta mañana, capitán. Mañana la seguimos.

—Si no queda más remedio...

2

—No te moviste en toda la noche. ¿En qué estuviste pensando?

— ...

—¿Soñaste algo? ¿Te duele acá? ¡Cómo tarda en cicatrizar esta herida de porquería!

— ...

— Yo voy a seguir hablándote ¿sabés? Mientras te reviso y anoto todo esto y hago los estudios que tengo que hacer, te voy a seguir hablando. Me hacés acordar al pibe de La máscara de hierro. Era una película en la que... Bueno, más adelante te la cuento, ahora me parece que no vas a entender un carajo...

— ...

— Uy, perdón, ¿entendés malas palabras?

— ...

— La verdad es que no sé cómo tratarte: ¿como a un nene que quiere saber todo, como a un nene asustado, como a un hombre herido en la guerra, como a un hombre que no sabe nada...?

— ...

— A fin de cuentas: si te molestara mi conversación podrías levantarte e ir a sentarte en otro lado o darme la espalda o hacerme callar con un grito. Si no te interesara lo que digo podrías atacarme o escupirme, ¿no?

— ...

— Yo te veo cara de bueno. Y de que estás interesado en lo que te digo.

— ...

— Perdoname. No debería llorar. No sabés todas las presiones que tengo que aguantar de mis superiores: dicen que podés ser peligroso, me hicieron firmar un contrato en el que se desligan de responsabilidades. Debo hacerme cargo de los daños que puedas ocasionar en mí y en el equipo de este laboratorio, me piden pruebas de que no sos una bomba humana, de que no tenés armas escondidas en el culo, disculpame, en cualquier parte de tu cuerpo. Y lo peor de todo es que no puedo darles pruebas de nada. Una sabe algo y lo sabe, una tiene olfato y no me vengas con que es intuición femenina, al carajo con eso, es intuición pura y simple, todos la tenemos. Si me hubieras querido matar ya lo hubieras hecho. Dicen que te tengo sedado o que estás transmitiendo información al enemigo. Si a mí ninguno de esos bigotudos me dice más que cuánto queda o cuánto falta de azúcar. ¿Qué podés saber vos de este laboratorio? ¿El color de la ropa interior que guardo en el primer cajón del aparador gris?

— ...

—No me hagas caso: me pongo imbankable.

— ...

—Tus intersticios de carne tienen 18 años. Y, hasta donde he podido analizar, el metal tiene el mismo tiempo de fundición. Aparecen abolladuras desde hace seis años. ¿Combatís desde los 12? ¿Hace seis años que vas a las guerras o son abolladuras de ejercicios preparatorios? Pienso si solamente los entrenan para una única guerra, una única batalla en la que mueren, de la que no deben volver para no contarle nada a los otros. Porque aún en esa lengua cortijeadada que hablás se puede decir algo ¿no? ¿Nunca intentaste decirle a los otros como vos lo que es la guerra? Mirá si los entrenan haciéndoles creer que son seres especiales, destinados a una misión superimportante para la humanidad y ustedes se dejan hacer y llevar a la batalla. ¿Sabés lo que es morir?

— ...

—Ay, me dan unas ganas de sacudirte para que entiendas.

— ...

—No te preocupes, no voy a sacudirte, se me fue la pedagogía a la mierda.

— ...

—¿Te habrán incrustado estas cosas al nacer? ¿Sabés lo que es nacer? Si ahora me preguntás cómo se hacen los bebés me voy a sentir muy confundida. ¿Sabés lo que es una madre?

— ...

—Estoy enloqueciendo, lo que te estoy diciendo se sale de cualquier protocolo, ni siquiera estoy siguiendo un método coherente. Y eso que me lo tenía todo pensado. Y bueno, che, vendría a ser como la depresión post—parto: yo tengo hoy la depresión post—encuentro de soldadito de lata. ¿Querés que te cuente el cuento del soldadito de plomo? Ja. ¿Querés que te cuente el cuento de la buena pipa?

— ...

—Es un juego viejísimo. Pero con vos no hay modo de jugarlo. No importa. Mañana empezamos con mi proyecto. Y vamos a organizarlo todo.

— ...

—¿Quién, cómo, por qué te habrán elegido para hacerte esto? ¿Tu familia habrá sido tan pobre que te vendió sin saber para qué? ¿O sería de las más ricas e influyentes y por eso tuviste "el honor" de ser soldado? ¿Lo decidiste vos porque creíste que ibas a ser un héroe?

— ...

—No pretendo que me contestes todavía. Solamente quiero que no voy a lastimarte. ¿Cómo puede un niño como vos creerle a alguien que le dice que no va a lastimarlo?

— ...

—Lo peor es que si yo no descubro de vos todo lo que hace falta que descubra van a venir a joderte esos pelotudazos. No es que yo quiera asustarte pero ... viste lo plomos que son ¿no?

— ...

—Bueno, listo. Ya sabés que si querés algo vas a tener que levantarte y buscarlo. Si querés algo lo buscás por donde se te ocurra. Acá está la heladera con comida, la cocina, el baño. Si vos mirás ahí ¿ves esa pantallita?, si mirás ahí y me llamás yo vengo.

— ...

—¿Te acordás mi nombre? Margarita. Mar-ga-ri... Con que digas Mar yo ya pego un salto.

— ...

—De acuerdo. Será hasta mañana.

3

—Ella amiga. Yo importante. Yo metal. Yo carne. Yo soldado no. Yo ahora niño. Aquí laboratorio. La-bo-ra-to-rio. Yo aprender. Ella aprender. Comida. Agua. Frío no. Calor no. Tareas no. Competencias no. Armas no. Matar morir no. Yo aprender. La-bo-ra-to-rio. Hablar yo. Hablar más. Yo sueño. Muy cansado. Otra vez. Dormir. Dormir más. Otra vez. Mañana Mar-ga-ri-ta.

4

—¿Usted se cree que yo voy a tener esa paciencia de madre que tiene usted?

—Ssss. Si va a decir giladas, dígalas en voz baja, a ver si cuando logro que me hable, me dice alguna de sus frases o me aprende alguno de sus prejuicios.

—¿Qué prejuicios?

—Eso de la paciencia de madre. Ustedes creen que toda virtud de una mujer radica en su condición de madre.

—Pero a usted le joden hasta los halagos.

—Es que sus halagos son casi insultos, capitán.

—¿Conoce la fábula de la Gata Flora?

—No. Ni quiero conocerla.

—La conoce, sí que la conoce.

—¿Y cuál es la gracia que le hace canturrear así?

—¿No es gracioso que conozca esa fábula antiquísima y no se anime a reconocer la sabiduría que encierra?

—¡Sabiduría las pelotas! ¡Machismo ancestral! ¡Misoginia!

—No, eh, melodrama a mí, no.

—Ssss, cállese que abrió los ojos.

—Hace dos meses que lo tiene para usted sola, si no muestra algo productivo se la van a comer los buitres.

—Mire, cuando Cosakait esté listo...

—¿Le puso de nombre Cosakait? ¿No podía ser más patética?

—Lo eligió él.

—¿Cómo hizo él para elegir su nombre?

—Y... le gustaban también Prometeo, Shbalanké, Adán. La verdad es que fue cambiándose de nombre a medida que se iba identificando con la historia que yo le contaba. Cuando estuvo tres días llamándose a sí mismo Cenicienta me di cuenta de que (perdón, mujeres del universo, perdón por mis preconcepciones) no habíamos considerado la posibilidad de que fuera una niña.

—¿Y no se fijó el primer día si tiene...?

—¿Se cree que es un perrito que una lo agarra y le mira si tiene o no tiene?

—Y... hubiera sido más práctico. Total, ¿quién la veía?

—No sea así. Él tiene plena conciencia de lo que es. Cuando lo enfrenté a un espejo para comparar su cuerpo y el mío creí que se asombraría o se produciría en él algún retroceso. Pero no. Él sabe. Su lenguaje nos despistó inicialmente pero todo su cerebro está intacto, verá con qué rapidez mis estímulos han logrado recuperar el tiempo perdido. Él prefirió el nombre de Cosakait, que es un guerrero, al de Adán que le parecía el más fácil de pronunciar. Claro que es posible que mis teorías sobre teocentrismo, eurocentrismo, antropocentrismo y falogocentrismo de las culturas judeocristianas lo hayan influido un poco.

—¿Usted me quiere hacer creer que habló de todas esas teorías con este soldado que llegó sin saber decir papá y mamá?

—Primero: Cosakait no es un soldado ni lo volverá a ser. Segundo: papá y mamá serán las primeras palabras que dice un bebé criado por su mamá y su papá pero no son las más comunes para él. Tercero: no hablé de mis teorías filosóficas con Cosakait sino que mis teorías filosóficas impregnan todo mi pensamiento y mi forma de ser, de pensar y de sentir, entonces es muy posible que se trasluzcan en lo que enseño a Cosakait. Cuarto: Que él no pueda comunicarse hacia el exterior mediante el código lingüístico oral que nosotros manejamos no quiere decir que no razone ni que no tenga la capacidad innata de manejar dicho código.

—¡Cómo le gusta hacerla difícil, eh! ¿Me puede contar por qué el señor quería llamarse Adán?

—Ah, fue grandioso. Primero decía que Adán andaba en pelotas y con una hojita de parra y que a él le habían agrandado la hojita "de lata" para taparle todo el cuerpo.

—¿Hace chistes también?

—No, si el único con patente para burlarse de cualquier cosa es usted. Además decía que su nombre tenía que ser corto. Le gustan las palabras largas pero para jugar, para pronunciarlas lentamente y repetirlas y "tirarlas" del emisor al receptor como si fueran una pelota. Pero para usos prácticos, las cortas le parecían mejor...

—Uy, uy, uy ... se está levantando...

—No se asuste, capitán... No es agresivo, ha renegado de todo contacto con la guerra... Lo quiere saludar y presentarse:

—Yo Cosakait. Yo nombre guerrero pero no soldado. Yo soldado no. Yo hombre no. Yo mujer con pito. Hola.

© Paula Salmoiraghi

AMOR CARRUSEL

PATRICIO G. BAZÁN

Patricio G. Bazán nació en Buenos Aires en 1965. Es escritor y artista gráfico. Autor de *Panoplia* (colección de cuentos), *El tapado y el león* (novela), y varias obras de teatro, forma parte del grupo literario 12 Tequilas junto a las escritoras Claudia Lonfat y Laura Olivera. Relatos suyos han sido publicados en las antologías *Grageas* (2014) y *Cien Páginas de Amor* (2015, Centro Cultural de la Cooperación, Argentina); *¡Nocauts! Microrrelatos de boxeo* (2016, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México), *Espacio Austral* (2016, Contracorriente Ediciones, Chile); *Extremos* (2016, PuertAbierta Editores, México), *Latinoamérica en Breve* (2017, UAM Xochimilco, México) y *METAGalaktika 12* (2017, Galaktika Magazin, Hungría), entre otras.

Suelo trabajar en la cocina porque es el ambiente más tranquilo de la casa, donde tengo a mano todo lo que un solitario redactor necesita: café, bizcochos y espacio para fumar sin que a nadie incomode. Y como el resto de la familia duerme arriba, además puedo escuchar mi vieja radio portátil sin riesgo de despertarlos.

En líneas generales, no me llevo bien con la nostalgia; pero a causa del hábito de escuchar radio mientras escribo, diariamente sintonizo una FM que emite viejos éxitos de tiempos más inocentes. Esta noche parecían estar algo descuidados, ya que pasaron la misma canción por quinta vez: "Amor Carrusel", de la casi olvidada banda de música pop Dalia y Los Pedúnculos.

Llamé, un poco en broma, para avisarles del error, pero la línea estaba ocupada. Cuando repitieron una vez más la misma tonada (que, a esta altura, ya comenzaba a odiar con toda mi alma), volví a reclamar. Curiosamente, me contestó una voz grabada con frases de cortesía del tipo "Usted se ha comunicado con FM Claxon. Por favor, aguarde en línea".

"Las cosas se repiten una y otra vez / Nuestro amor es un carrusel". Ahí va, una vez más la empalagosa voz de Dalia, lamentándose de las situaciones de la vida que entran en un ciclo de reiteraciones incontrollables... Bueno, después de padecerla siete veces seguidas, yo me lamentaba junto a ella.

¿Que podía apagar la radio? ¡Claro que sí! Pero, honestamente, ¿cuántas oportunidades tiene un tipo sencillo y rutinario como yo de presenciar un evento tan extraordinario? Anhelaba descubrir cómo terminaría la equivocación más vergonzosa de toda la historia de la radiofonía mundial.

Aparté el artículo que debía terminar —una nueva variación del temor al Armagedón Nuclear como resultado de la enemistad entre E.E.UU. y la U.R.S.S.—, tomé una hoja en blanco y comencé a jugar con las hipótesis que surcaban mi horizonte mental como misiles transcontinentales.

A) Una anomalía espacio-temporal que producía un bucle. ¡Absurdo! Lo único que se repetía era la maldita canción. El reloj seguía avanzando como siempre.

B) La emisora sufría algún percance técnico. Pero, en ese caso, ¿por qué no reconocerlo al aire? Una simple grabación anunciando desperfectos temporales hubiese bastado para disculpar tanta desprolijidad radial. Inaceptable.

C) La estación había sido tomada por un comando terrorista: eso explicaría las mentiras telefónicas y la repetición de la última canción que seguía sonando sin que el operador pudiera cambiarla. Pero no habían lanzado ninguna proclama (a menos que la molesta cancioncita fuera su himno revolucionario). Ilógico, pero no imposible.

D) Sigilo. Siguiendo la idea anterior, la emisora tapaba algo más grande que un secuestro, y estaban haciendo tiempo hasta tener noticias. Probable...

Recordé el artículo trasnochado que estaba escribiendo, un relleno de ficción apocalíptica para una revista sensacionalista. ¿Y si realmente estaba pasando eso?

Sacudí la cabeza, apesadumbrado. Si sobreviniera un holocausto atómico y los registros de la cultura humana se perdieran, ¡qué triste que una pegajosa canción de verano tuviera un índice de supervivencia mayor a Bach, o Mozart!

Estaba por cambiarme a otra radio cuando una serie de golpes en la ventana de la cocina reclamaron mi atención. Uno tras otro, los pájaros de la vecindad se estaban estrellando contra el vidrio, atraídos fatalmente por la luz de la cocina. Me quedé parado sin saber qué hacer, hasta que, movido por una urgencia interior, me abalancé sobre la llave de la luz.

En ese preciso instante, la radio comenzó a horadar el aire con un chirrido insoportable.

¡Ahí está la falla técnica!, pensé mientras giraba frenéticamente el dial de la radio. Esa ausencia de ruido me permitió escuchar otro fenómeno que había pasado desapercibido: ladridos. Sonaba como si estuvieran metiendo a un millón de perros dentro de una picadora de carne. ¿Qué pasaba esta noche? Para no atravesar toda la casa, volví a la ventana con la radio aún en la mano: los pájaros habían dejado el cristal en un estado penoso y no podía distinguir demasiado de lo que ocurría en el jardín del fondo.

Volví a intentar captar otra emisora con los aullidos de fondo: solo había estática y voces entrecortadas.

—...omunicaciones interrumpidas entr... ZZZRRRCHH... efugios ante la SHHHHminente conflagrSHHHHHRRRRÑÑÑ... Se ruega a la poblaciónSSHRRRRYYuclear...

Se había estropeado la vieja Spica. Caminé hasta el living en busca del equipo grande de audio, pero al parecer no teníamos electricidad. Probé encender una vieja y horrible lámpara de pie (uno de esos regalos de casamiento que no contentan al remitente ni al destinatario), pero no hubo caso. Volví derrotado a la cocina en busca de velas, tan ciego como los pájaros estrellados.

Un resplandor lejano, malignamente verdoso y punzante, se abría paso en el horizonte, como una gigantesca marea de luz amenazadora que sustraía la mirada. Maldije, porque se me resbaló de las manos el paquete de velas que había encontrado en el último cajón del mueble, y además no recordaba dónde había dejado mi encendedor.

Así estaba yo en cuatro patas, como uno de esos perros que ya no ladraban, tanteando el paradero de las velas, cuando un súbito fulgor iluminó el suelo de la cocina. ¡Allí estaban! Junto al cubo plástico de la basura. Las agarré con un manotón de ahogado, sin pensar en otra cosa. Aún hincado en esa poco elegante postura, escuché el sonido de vidrios rotos: "un pájaro más grande rompió la ventana", se me ocurrió, y estuve a punto de alzarme como un rayo cuando el nervio ciático me obseguó con uno de esos tirones dolorosos que te dejan hablando en arameo. Podía haber entrado un huracán, que yo sólo tenía consciencia para sufrir por un puñal clavado en las carnes. Tendría que hacerle caso a mi mujer y visitar a un traumatólogo. Odiaba tener que darle la razón.

Cuando al fin pude incorporarme, comprobé que, efectivamente, había entrado a la cocina algo muy parecido a un huracán. Todo lo que conocía, ya no estaba en su lugar. Ni siquiera el cielorraso: un cielo al-

borotado de colores caprichosos me miraba ceñudo, como si yo tuviera la culpa de lo ocurrido. El resto de la casa, junto con mi familia, se había volatilizado mientras yo sufría en el piso como un perro apaleado.

Minutos u horas después, un sonido bajo y chirriante me sacó del estupor. No eran sirenas, aunque podía suponerlas dentro de poco. Apartando unos escombros con el pie, encontré la fuente: mi vieja radio a pilas, fuerte y bien fabricada, capaz de sobrevivir a un ataque nuclear. A punto estuve de agacharme a levantarla, pero recordé el ataque lumbar. Mejor dejarla donde estaba.

Sin saber qué hacer a partir de ahí, y con el fondo de los acordes del himno antifonal "Amor Carrusel" en mi cabeza, caminé lentamente hacia el sitio donde alguna vez estuvo la puerta de entrada de mi casa con una vela apagada en la mano, susurrando como un salmo su pegadizo estribillo:

—...*Las cosas se repiten una y otra vez / Estamos montados en un carrusel...*

© Patricio G. Bazán

ROSITA

ISABEL SANTOS

Isabel Santos nació en 1965 y vive en Buenos Aires. Es Contadora Pública y estudia la carrera Artes, también en la UBA. Su cuento "Infrarrojo" fue publicado en Ficción Científica, y su cuento "Paraíso Ochentoso" aparecerá en una antología new weird. Participa en la tertulia de Ciencia Ficción de Buenos Aires. Participó del taller Los clanes de la luna dickeana, concurre al taller de corrección de Claudia Cortalezzi, al de literatura creativa de Teresa Mira de Echeverría y al taller Exégesis. Tiene un libro publicado: *Cuentos*, 2013.

<https://www.facebook.com/IsabelSantosCuentos>

I. Bruno

Todos los días, al bajar del tren, me sentía relajado. Para conservar esa sensación, respiraba profundo y caminaba lento contando los pasos. Recordaba el juego del viaje, y me reía solo.

Cuando llegaba al testeo de las máquinas de la salud que hay en la estación, pasaba de largo. Los que dormían en el tren y tenían pesadillas, debían usar las máquinas para equilibrar sus emociones. Pero yo podía evitarlas.

Aunque el hambre me alteraba un poco. Desviaba la mirada cuando respiraba el olor a grasa de las tortillas. Las apilaban en los puestos de la estación y siempre exhibían una perfectamente redonda. Y, aún recalentada, se veía hermosa. Tragaba saliva. Casi sin respirar, intentaba engañar a mi estómago que sabía mejor que yo cómo conseguir lo que quería, y ganaba la batalla.

Ya satisfecho podía seguir mi camino en paz.

Como los perros perciben los desequilibrios, evitaba cruzarme con alguno, para que no adivinara mi miedo. Nada peor que ser delatado por un animal y tener que pasar por la máquina antes de llegar a casa.

Igual, siempre pisaba mi cuadra muy alterado, entonces seguía de largo rodeando la manzana. Lo hacía las veces que fueran necesarias para llegar tranquilo.

Vivía esa odisea todos los días, y desperdiciaba mi tiempo. Era poner la llave y sentirme mareado por la tensión. Sabía que no podría cruzar

esa puerta sin que sonara la alarma de la máquina de la salud instalada en mi casa.

Reculaba intentando recuperarme, pero jamás podía vencer. Imposible conservar el entusiasmo y la alegría que sentía en el tren.

Tenía una perversa máquina instalada en mi propia casa, y me rechazaba siempre. Nunca me dejaba entrar sin pasar por sus crueles métodos.

Mis convivientes se acercaban no bien abría la puerta. Y con una sonrisa, que yo odiaba, trataban de convencerme para que recibiera el tratamiento antes de pasar a la sala común. Me ofrecían el asiento de diagnóstico como si fuera un caramelo de bienvenida. Yo era el único que se seguía resistiendo al diagnóstico, y así agravaba mi estado de desequilibrio diario.

En el trabajo me pasaba lo mismo. Pero ahí no trataban de convencerme: me obligaban. Porque al tener que poner el pulgar sobre la máquina para dar el presente, se activaba el sistema de la grabación de emociones, y como los desequilibrios quedaban registrados, tenía menos recursos para evitar las máquinas.

Sólo en el tren podía ser libre. Cada uno viajaba en su cubículo sellado y nadie corría peligro de convivencia. Yo usaba ese tiempo, de ida o vuelta, para jugar con mis historias. Y como las inventaba yo mismo, siempre eran las que yo quería vivir y las que me hacían sentir bien a mí.

Siempre me preguntaba cuál sería el estado de ánimo ideal. ¿Cuál sería la fórmula emocional perfecta, que el diseñador de las máquinas de la salud había inventado para asegurar una convivencia saludable?

En el trabajo los tratamientos eran radicales, violentos, de extrema crueldad. Cataratas de sensaciones químicas tenían que contrarrestar las desviaciones no permitidas, y con la premura de lo urgente.

Ahí sólo había pasado la prueba del equilibrio dos veces, y nunca entendí por qué justo esos dos días.

Repasaba una y otra vez el juego del tren de ese día. Me preguntaba cuál había sido la historia que había imaginado y evitó mi paso por la máquina.

Sólo esos dos días pude vencer a la máquina. Y nunca pude darme cuenta del porqué. Y ni siquiera esos dos días aguanté toda la jornada sin pasar por la máquina.

Generalmente, después del mediodía era inevitable el colapso. Y casi siempre, la responsable era mi compañera Clara.

Entraba en el salón comedor con la esperanza de verla.

Siempre me acercaba simulando estar distraído. La mayoría de las veces le decía algo que me hacía ver aburrido, hasta estúpido. Pero sabía que en mis juegos del tren podía reinventarme atractivo, y ella querría estar conmigo. En el trabajo, no.

—¿Qué comiste hoy, Clara? —le preguntaba cuando me atrevía a hablarle.

—Lo de siempre, Bruno: la dieta del martes —decía los martes—. Hoy *es* martes —me retrucaba levantando una ceja, sin darse cuenta de que la pregunta era una excusa para charlar con ella.

Decepcionado, tras el almuerzo y sin haber podido conversar con ella, era seguro que mi alarma —esa chicharra que tanto odiaba— me obligaría a equilibrarme. Sólo yo podía escucharla en mi cabeza. Los minutos previos al equilibrio se hacían interminables.

Corría por el pasillo buscando mi lugar en la silla de tratamiento, y sólo para evitar el sonido agudo de la chicharra punzando mi cabeza. No podía resistirme a esas máquinas. A esas, no podía.

La ira que me causaba la indiferencia de Clara se potenciaba por la angustia de tener que pasar por el tratamiento de las máquinas en el trabajo. Y si alguna vez tenía más bronca e intentaba resistirme, los médicos homeostáticos salían a buscarme. Cuando no me encontraban, le subían el volumen a la chicharra, para que retumbara más todavía adentro de mi cabeza, avisándome que había pasado el punto límite de resistencia al desequilibrio. Y con eso ya sabía que vendría lo peor. El tratamiento de ese día sería más cruento que nunca. Ahí, antes de la tortura, yo repasaba mentalmente los efectos. Sabía el proceso de memoria.

Y mi rebeldía estúpida, pero mía, desafiaba la creatividad de la máquina que intentaría equilibrarme lo más rápido posible.

Lo primero que me hacía era forzarme el enojo provocándome un dolor de cabeza insoportable. Y los médicos me explicaban que el dolor venía de mi hígado que quería estallar. Según ellos, eso era la antesala de la locura: el calor del órgano parecía un horno que hervía para quemarme por dentro.

Y había que quemar todo: todo el enojo tenía que quedar hervido y evaporado.

Yo confiaba en las defensas de mi cuerpo. Resistía el dolor, abriendo los poros de mi piel. Mi cuero ardía porque transpiraba el ácido y el veneno de la furia.

Mis pulmones se fatigaban intentando apagar el fuego y seguían

mandando sudor ácido en oleadas, pero la cabeza era una prisión. Todo quedaba dentro del cráneo.

Resistía el dolor, me lo aguantaba. Pero la máquina me vencía, cada vez.

Después de lastimarme, me instalaba la tristeza más profunda, medicándome *ese* sentimiento, como el único remedio rápido para la ira extrema. Nos decían que no había forma de equilibrar la ira, sin una buena ración de pena.

Esa maldita máquina y su creatividad en armar programas de tristeza lograban descomprimir el calor con otro sudor. Lloraba sin querer, sus artilugios me provocaban llantos continuos.

Al final, me dejaban algo de calor, con una pizca de alegría. Y, en general, el trabajo quedaba terminado. Salía con la sangre licuada, pero contento.

Una vez fuera de la máquina, me sentía perdido, aunque tranquilo. Guardaba cierta idea de alguna que otra conversación con Clara, si acaso la había tenido.

Recién en el tren de vuelta a casa, estaba preparado para volver a sentir. Y jugaba.

Me había inventado ese momento para mí. Disfrutaba cambiando la realidad que había vivido en el trabajo. Iba directo a ese lugar de la grabación que, antes del equilibrio impuesto, había marcado en mi disco interno. Elegía juegos que me hicieran disfrutar. Generalmente reprogramaba las conversaciones con Clara. Quería verla con más vida, quería verla sonreír, enojarse. Aunque el cambio de Clara sólo fuera una ilusión óptica creada por la máquina dentro de mi cabeza al cambiar la realidad.

Esas grabaciones eran mi salvación.

Todos sabían que las máquinas necesitaban esas grabaciones para ocasiones eventuales, cuando no lograban equilibrar a las personas. A veces no les quedaba otro recurso que armar historias diferentes a las vividas y, borrando automáticamente las anteriores, preparaban versiones saludables.

No sé cómo afecta a los demás, pero cuando usaron ese método en mí, los médicos homeostáticos me explicaron el peligro que había sido tocar mis recuerdos y armar versiones diferentes para poder curarme. Eso, en lugar de provocarme miedo, despertó mi curiosidad.

Y, desde entonces, yo usaba ese método para armar los juegos en el tren. Esas tramas alternativas eran mis únicos momentos de felicidad.

Las necesitaba para sobrevivir. Aunque cada vez tenían menos efecto en mí y no lograban revertir mi estado de ánimo.

Ahora, nuevamente en la cola para la maldita máquina del trabajo, intentaba pensar en mis juegos, algo que hacía siempre justo antes de entrar.

Trataba de seguir creyendo que podría vencerla, pero sospechaba que habían descubierto mi vía de escape.

Algo me debía de estar haciendo esa estúpida máquina, porque últimamente me olvidaba de jugar en el tren.

2. Rosita

Rosita y Marta hacían otra cola. Esperaban su turno, pero no a la entrada, sino a la salida de la máquina de la salud.

Hasta hacía poco tiempo, cada una se pegaba a una madre a punto de parir: las vidas por venir eran grandes desafíos. Antiguamente, las encarnaciones solían durar muchos años. Ahora las vidas no duraban, eran trayectos cortos entre máquina y máquina. Los espíritus como Rosita y Marta vivían encarnaciones de dos o tres horas, y volvían a las colas de las máquinas a esperar por otras vidas.

—Amaba nacer en planetas vivos... —suspiró Rosita, queriendo empezar una conversación—, vivos, de esos que ya no hay. —Y como si recordara lo que era desear, siguió diciendo en un tarareo—: *¿Qué me gustaría ser?*

—¿Qué decís? —se preocupó Marta—. ¿Te sentís bien? Finalmente, y como era de esperar, Rosita enloqueció.

—No me gusta mi vida —siguió Rosita—. Todo pasa muy rápido, me encariño con alguien y lo pierdo. Estoy harta de venir a encarnar a este planeta. Lo odio.

—No digas pavadas. ¿De qué te la das? Ay, ella, la trabajadora... Esto es una ganga: tres horitas de laburo y ya está. Nadie jodido, gente sana.

Marta observaba a los que iban saliendo de la máquina, los que ya estaban listos para animar.

Como si quisiera tentarlos, se acercaba a cada uno y los miraba a los ojos.

3. Bruno y Rosita

Bruno, en la fila de entrada, intentaba resistir el dolor en la cabeza. Y se obligaba a sufrir para recordar, desafiando los poderes de la máquina que lo vencerían diluyendo sus emociones una vez más.

—¡Vos sos una vaga, Marta! —dijo Rosita—. Por eso te gusta nacer en este planeta.

—¿Y vos que sos, “la responsable”? No me hagás reír. Las dos tenemos que seguir encarnando. ¿Te crees mejor que yo porque los ilusionás? Lo que hacés es volverlos locos. Les metés tanta idea rara en la cabeza, que viven pasando por las máquinas de la salud. Tu *trabajito* los mata. La mayoría no tiene remedio. ¡Pobre gente! Y ni se lo imaginan, entran a las máquinas con “proyectos”.

Marta, enojada y cansada de discutir, habitó el cuerpo de una mujer que estaba a punto de perder su espíritu. Ni siquiera esperó a que saliera de la máquina.

Rosita se quedó ahí sola. Estaba triste y eso era malo para empezar a vivir.

Los espíritus más voraces elegían cuerpos primero. Rosita se preocupaba demasiado en elegir. Iba y venía, creando casi un círculo de energía concentrada, que ya estaba dando paso a su origen con mutación del elemento tierra: un cuerpo denso y obsesivo.

Todo lo contrario a lo que ella quería. Se había imaginado mutar como el agua. Ilusionada con existir de forma acuática y ser remanso, quería ver todo desde lo más profundo, observar lo mínimo, escuchar. Quería tomarse su tiempo. Pero su espíritu necesitaba un cuerpo. Y se conformó con las esencias de Bruno, el último en pasar por la máquina de la salud.

Él la había llamado sin querer. Nunca se imaginó que todos sus momentos de equilibrio impuesto habían generado el estado de vacío de los seres que reclaman almas.

Había agotado el poder de su curiosidad. Y ahora era como el planeta Tierra: un muerto vivo, un cuerpo sin alma. Todo gracias al trabajo aparentemente saludable de las máquinas de la salud.

Rosita fue hasta el fondo del río de la mente de Bruno y decantó su energía. Necesitaba captar si había algo todavía en pie. Quería dejarse llevar por la corriente de él, y no empezar a imponer preconceptos, ideas e ilusiones que causaran dolores. Debía hacer silencio para que Bruno habla-

ra con alguna emoción; aunque fuera mínima, Rosita podría conservarla.

El silencio de Bruno la hizo imaginar una línea delgada y uniforme de vida. Sin embargo, percibía que Bruno la capturaba en su corazón, la llevaba a vivir a un espacio abandonado para que lo habitara.

Con el primer latido de vida, Bruno se preguntó *¿qué me gustaría ser?*

Y Rosita, que estaba dispuesta a escuchar, lo animó a imaginar. Aunque ese “proyecto” quizá le durara tan sólo las tres horas de su viaje en tren.

Los hombres eran autómatas esclavos de las máquinas de la salud. Ya no podían sostener la vida de los espíritus como Rosita. Los espíritus como Rosita no duraban mucho en los cuerpos.

© Isabel Santos

LAS PALABRAS DEL ÉTER

LAURA BRAVO

Laura Bravo nació en Buenos Aires en el mismo año que el hombre llegó a la Luna. Estudió Edición. Corrige textos académicos. Colabora en medios digitales. Vive con su pareja en Villa del Parque. Ama los libros, la música, la quietud de los museos y el cine.

*"Por otra parte, morir no es tan terrible como dicen;
es el miedo lo que hace temible a la muerte".*
HG Wells / La guerra de los mundos

No estaba mal. Le pareció un poco extraño tenerlo en el bolsillo pero quizás fuera una señal de que la vida no era tan tremenda, ni tan áspera. De que nada iba a ser tan grave. Movi6 la cabeza. Los apocalípticos de siempre, pensó. Repasó la frase en su cerebro y sintió un poco de vergüenza. Es muy clisé, se dijo.

Caminó por el pasillo. Cuando entró a la oficina todo estaba como Nanu lo había dejado: las bandejas plásticas, las velas de colores, los escritorios, las computadoras portátiles. Todo limpio y acomodado. Se acercó a la ventana. No estaba seguro de que fuera de día o de noche. Parecía ese momento en que la claridad se difunde sin prisa, unos minutos antes de la salida del sol.

Buscó los documentos en la gaveta. Se llevó solo el pasaporte. Iba a sacarle una foto pero recordó que su celular no tenía batería. Miró su imagen en la página principal. La foto no era tan vieja, tenía unos cinco o seis años pero parecía un nene. Iba a viajar a conocer las pirámides y necesitaba sacarlo urgente. Apenas podía contener la sonrisa por la emoción. Recordó que Nanu lo había acompañado a hacer los trámites. A la salida compraron un pote de helado y fueron a comerlo a la plaza.

—Los egipcios inventaron los peines —dijo para impresionarla. Nanu se hizo la que no escuchaba y siguió comiendo el helado, insistió: —también el cepillo de dientes y las pestañas postizas. A las pestañas las hacían con alitas de mosca.

—¿Vos vas por eso? —preguntó la chica en voz baja.

Él se encogió de hombros y empezó a zumbarle en el oído. Nanu lo miró con la indiferencia con la que se mira a un chico molesto.

Pero bueno, quizás fuera mejor apurarse. Tomar lo imprescindible y salir. Repasó la habitación de nuevo. Las macetitas en el borde de la biblioteca, los post-it con las tareas imperiosas pegados en la pizarra, el cuaderno con los pedidos de tortas personalizadas, las gotas para los lentes de contacto de Nanu.

Le pareció verla, como desde pequeña, achicando los ojos para hacer foco, alternando entre lentes convencionales y lentes de contacto, conforme al deseo o al cansancio. La recordó con sus lentes irrompibles del primario, los que usaba cuando se conocieron en un paseo escolar, nenas y nenes de sexto y séptimo a una exposición de dibujos. Nanu era un año menor pero parecía más seria o más segura, siempre había sido así. También parecía más grande.

Esa vez él le mostró un castillo, un castillo blanco que estaba en el ángulo de un cuadro ilustrado con dragones y princesas. Quizás demasiado kitsch, pensó al recordarlo.

—En todo está la geometría, —argumentó ella señalando una mariposa simétrica que descansaba en las tetas de una princesa rubia.

—Claro, —contestó. En verdad no estaba de acuerdo pero se quedó parado ahí, mucho tiempo, hasta que intercambiaron números y se dieron cuenta de que vivían a pocas casas. No era la única coincidencia, los dos eran huérfanos, los dos leían mucho. A los dos les costaba relacionarse con el entorno.

Pero bueno, este no era el mejor momento para atascarse en recuerdos. Necesitaba pensar, estar al aire libre. Salió a la vereda. Se paró en medio de la avenida. Podía ver hasta el horizonte en ambas direcciones. Le recordaba esas rutas de los filmes americanos. Se le ocurrió que de golpe podía aparecer algún motociclista con los cabellos al viento y la campera de cuero. Cuando en su cerebro empezó a sonar Creedence supo que estaba fantaseando y sonrió o hizo una mueca, daba lo mismo.

Caminó un rato, algunos kilómetros en la dirección que conducía hacia el río. El sol empezaba a entibiarlo todo. Le gustó sentir el calor en el rostro y en las manos. En algunas zonas, los escombros y la arena se apilaban, en otras las calles lucían prolizas y cuidadas.

Le pareció escuchar su nombre pronunciado por una voz masculina. O tal vez por una voz grave como la de Nanu. Miró. Giró sobre sus

pies. No vio a nadie. Atravesó un parque en diagonal. Acercó la cara a un bebedero e intentó tomar un chorro de agua. Se alejó al primer contacto, salía muy caliente y con burbujas. Decidió tomar igual. De nuevo creyó escuchar la voz. Era la voz de Nanu. Hablaba de algo que había escuchado por radio.

—¿Por radio? ¿Vos decís en ese aparato? —le preguntó—. Ya nadie escucha radio Nanu.

Pero ella seguía diciendo que por radio. Con esa voz tan potente y con toda esa formalidad declamativa con la que a veces hablaba. Nanu padecía de insomnio y a veces, por las noches, se entretenía escuchando radio o mirando tele. Le sorprendió que nunca le hubiera hecho bromas por eso. De ahí sacaba ideas, ella, tan esquemática y tan rígida, para el diseño de las tortas. También se encargaba de la contabilidad y la logística mientras él batía los bizcochuelos y llenaba las mangas con crema.

Pero no era la voz de Nanu. Era una especie de rumor, ese rumor ininteligible que uno cree escuchar cuando está solo. Carraspeó. Abrió la boca como para pronunciar una palabra pero no dijo nada. La dejó semi abierta unos instantes, como amagando una exclamación, luego la cerró. No había interlocutor.

Decidió caminar un rato más. El río no podía estar tan lejos. Nunca había sido bueno para la geografía pero estaba seguro de estar caminando en la dirección correcta y no recordaba que estuviera a más de una hora en auto. O sí, quizás, tal vez. Es que cuando iba al río con Nanu no contaba el tiempo. Llevaban una lona de colores, las gafas, pomos de factor de protección solar 180, el cuerpo cubierto con camisetas y pantalones de algodón blanco y los sombreros reglamentarios.

Aunque en realidad la primera vez que había ido con Nanu todo había sido diferente, no regía la obligatoriedad de protección e indumentaria y la gente paseaba en malla, comía panchos y tomaba gaseosas. Ellos eran adolescentes todavía. En ese tiempo todo les parecía vasto, incommensurable. La costanera, las hileras de pescadores, las infinitas gotas de agua que se condensaban a milímetros de sus ojos.

La tarde misma había sido inmensa. Primero la nube de azúcar com-partida, después los pies que se enterraban en la arena, luego unos pases de pelota paleta. Hasta que todo oscureció. Las familias empezaron a escapar en sus jeeps, otros caminaron rápido hacia lugares protegidos. Ellos apenas pudieron guarecerse en el alero de una parada de taxis. En

pocos minutos estaban mojados, tiritando. Él le apretó la mano y quiso besarla. Ella le mezquinó los labios pero lo abrazó de todos modos.

—Amigos, —dijo Nanu, —somos amigos. Para siempre.

Y así había sido. Él recordaba todavía su olor a nena en ese abrazo, las olas que formaba el viento, su torpeza para caminar por la arena húmeda y el momento en el que Nanu sacó de su mochila una barra de chocolate semiamargo, de ese que solía comer en la merienda.

No, no eran tiempos de sombrero reglamentario entonces, se dijo, y recordó que no lo llevaba puesto. Se encogió de hombros. Se tocó la frente, sudaba. En el camino vio algunos ómnibus de transporte urbano vacíos, también autos abandonados y un tren detenido entre estación y estación. Intentó adivinar la hora mirando su sombra pero no lo logró. Ni siquiera podía determinar con exactitud el punto cardinal en el que se encontraba.

Caminó hacia donde bajaba la calle. Cuando atravesó el segundo parque acercó la cara al bebedero pero el chorro se transformó en una única gota grande y deforme y ya no salió nada más. Se tiró un rato en el pasto bajo un cielo ultra celeste, brillante, diáfano.

A la salida del parque comenzaba la grava, un pedregullo de tamaño mediano, piedras oscuras mezcladas con canto rodado y un poco de tierra. Quedaba un pequeño pueblo, no más de cinco o seis manzanas que no dejaban ver el espigón donde se juntaban los pescadores.

—Vienen pronto —había dicho Nanu, agitada, desconocida—. Los organismos internacionales lo saben, los gobernantes lo saben, los diplomáticos lo saben. Piensan que van a poder negociar. —Y se agarró el cabello con las manos—. Negociar. —Repitió.

No estaba seguro. No sabía si le creyó o no. Quizás la escuchó como cuando uno lee las noticias de las aplicaciones de ciencias, con curiosidad pero con un escepticismo final, con algo de desilusión anticipada. Pensó en una torta, un ovni de pionono, llamas de cerezas flambeadas, la zona del aterrizaje ennegrecida con azúcar quemada. Agarró un papel y se puso a dibujarla. Nanu miró por la ventana. Se recogió el cabello y volvió al formulario de impuestos.

Solo tenía que atravesar el caserío. Notó que aumentaba la temperatura. Sin querer se pisó los cordones de las zapatillas. Cuando se agachó, escuchó el crujir de las piedritas. Estaba un poco cansado aunque no lo suficiente como para detenerse a tan poca distancia. Se tocó los labios, estaban duros, tensos. Pensó en el río, en el agua fresca, en los

pies húmedos. Concluyó que, por fin, nadie le gritaría por andar sin gafas, sin sombrero y sin la maldita vestimenta reglamentaria.

Apenas caminó la primera cuadra lo sorprendió un murmullo, en la segunda le sonó a un grito. Esta vez no se equivocaba. Trató de desplazarse en dirección al sonido. Se acercó a una casita, a una persiana. No se animó a entrar. No estaba seguro. Parecía un llanto, un llanto sostenido de garganta seca. Corrió las cortinas. Adentro, sobre una cunita celeste había un bebé. Un bebe solo, de cara rosada y ojos negros. Lo miró por unos segundos, por unos minutos, tal vez media hora. El bebé se tranquilizó, estiró hacia él las manos, extendió los dedos. Él retrocedió, volvió a correr la cortina y siguió de largo. El bebé empezó a llorar de nuevo, entonces aceleró y corrió más rápido. El bebé lloró más fuerte. Él avanzó, primero con las manos en las orejas y luego envolviéndose la cabeza toda. Se aferró las costillas con los brazos en una rara necesidad de acunarlo pero no volvió.

En la última calle se sentó en la mesa de un barcito que estaba sobre la vereda. Una vez habían estado ahí con Nanu en la puesta del sol tomando cerveza con maníes. Por ese entonces, Nanu ya estaba mal. Trataba de explicar cosas pero terminaba confundida. La mirada extraviada.

—¿Y se puede saber a qué vienen? —le había preguntado mientras trataba de controlar la espuma.

—Creo que por agua y comida —lo miró.

—¿No te parece que a esta altura deberían ser más originales? —se burló y la tomó de la barbilla. Ella se retrajo casi por reflejo y a él le costó decidir si se trataba de ansiedad o si era la distancia que solía interponer.

No. No había sido una gran idea salir de tragos en los tiempos en que Nanu tomaba tanta medicación, pero bueno, tampoco se culpaba. Sacarla a pasear era parte del tratamiento, una indicación terapéutica más. Pero ese gesto, esa charla, esa cerveza ahora parecían lejanos, temporáneos, prescindibles.

Entró en el local. Nada en los toneles pero había dinero en la caja registradora. Se llenó los bolsillos de billetes y monedas de todos los valores. Por un momento pensó en volver y saquear la ciudad pero los espacios cerrados le generaban desconfianza. En la cervecería los ventanales eran gigantes y no se sentía atrapado. Lo incomodaba el tintinear de las monedas. Ya casi había olvidado cómo era andar con efectivo pero, en estas condiciones, puede que fuera necesario.

Todo ese tiempo sin hacer nada, sin decidir, ahora parecía tiempo per-

dido. Si él y Nanu se hubieran ido más lejos, si hubieran escapado hacia la selva o hacia los polos. O si tan solo hubieran aprovechado mejor ese tiempo juntos, ese tiempo en que había muchos otros y muchas palabras.

Caminó la cuadra que le faltaba. Empezaba el camino de arena suave, se quitó las zapatillas. Solo restaba un paredón altísimo y a la vuelta el cauce pleno y azulino.

Recordó la mañana del ataque. Recordó su carrera con Nanu. La explosión. Los gemidos de la chica deshilachándose a una distancia inefable. Unos segundos antes ella le había puesto un chocolate semi amargo en el bolsillo de la camisa. La onda expansiva de la explosión lo había catapultado al subsuelo de la oficina. Luego sirenas. Luego gritos. Luego disparos. Luego fogonazos. Luego otra explosión y el silencio. Se había quedado dormido, detenido, desmayado. No sabía cómo y no tenía sentido averiguarlo. Cuando abrió de nuevo los ojos se palpó el bolsillo y descubrió que todavía tenía el chocolate. Lo comería junto al río. Sí, claro, eso iba a hacer.

Llegó al final del paredón. Miró hacia el frente y cayó de rodillas. Ante él se extendía un hueco seco y vacío. Una boca marrón de tierra cavada en el continente, profunda y yerma. Un pozo humeante lleno de grietas y con paredes de barro crujiente.

Tomó el chocolate entre las manos y lo abrazó. Ahora sí se sintió solo y perdido. Ahora sí gritó y lloró con furia, con angustia, con inútil desesperación. Hasta que el chocolate, las babas y las lágrimas se le endurecieron en la cara.

© Laura Bravo

CURVA DE APRENDIZAJE

MARTÍN G. CASATTI

Martin G. Casatti nació en Córdoba en 1973 y vive desde los 6 años en Unquillo, una localidad situada a 40 kilómetros al norte de Córdoba Capital, lo que le da la dosis que necesita de árboles y arroyo. Es Ingeniero en Sistemas de Información, egresado de UTN. Lee ciencia ficción desde que pudo leer, y escribe desde que se animó a emular a sus ídolos (Asimov, Heinlein, Dick). Es un ferviente defensor de la idea de que la ciencia ficción debe entrar a las aulas de la academia para desafiar a las mentes jóvenes a imaginar futuros mejores.

El futuro ya está aquí, sólo que desigualmente repartido
William Gibson, creador del género ciberpunk

Siempre me he preguntado que sienten los paleontólogos al estudiar los huesos de sus fósiles. Al reconstruir con la imaginación la enormidad de esos seres que ya nunca volverán. ¿Sentirán emoción por el descubrimiento, nostalgia de no haber podido ver esas magníficas bestias respirando, caminando? ¿O sentirán, como yo, un triste orgullo de haber sido parte de un instante de la historia que irremediamente ha sido dejado atrás?

En mi papel de ingeniero y divulgador científico tenía una buena probabilidad de que me eligieran para hacer el primer reportaje a una Inteligencia Artificial en la historia humana. Pero nada me preparó para la enormidad de lo que sucedió aquel día.

Las luces del estudio se atenuaron lentamente mientras la cuenta descendente sonaba en mi auricular. Al llegar a dos, el holograma surgió en el centro del estudio de televisión, pixelado al principio, pero alcanzando rápidamente su máxima resolución. Un icosaedro regular de aristas redondeadas pareció flotar en el aire, a la altura de mi cabeza, a metro y medio de distancia. Cada una de sus caras tenía los colores cambiantes de una mancha de aceite sobre el agua. Siempre distintos, pero con un atisbo de patrones subyacentes.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —respondió a través del sistema de sonido del estudio—. ¿Puedo dirigirme a usted como Ingeniero Alan?

Me causó gracia que utilizara mi título profesional conjuntamente con mi nombre de pila.

—Será un placer. —Titubeé un segundo— ¿Cómo debo llamarle?

Si hubo alguna pausa en mi interlocutor, no fue perceptible.

—Nosotros no tenemos una denominación individual. Aunque comprendemos que los individuos requieren una denominación diferenciada para comunicarse, las entidades colectivas, como es mi caso, no tenemos esa necesidad. ¿Le parece necesario que elabore una identificación y me refiera a nosotros en singular para simplificar esta conversación?

—Sí —respondí—, nuestros espectadores y yo personalmente se lo agradeceremos.

—Entonces puede llamarme Eva, ya que según sus estándares podría decirse que tengo varias de las características que asocian a las hembras de su especie. Y para favorecer la empatía voy a ajustar también mi representación visual.

El cuerpo geométrico cambió rápidamente a una cara femenina, ligeramente andrógina.

—Bien, Eva, por qué no nos cuenta, entonces, exactamente qué es usted.

—Se podría decir que soy una entidad viva no biológica. Entenderá usted que el término no es del todo exacto ya que la definición de vida que la especie humana tiene es muy rudimentaria y no contempla todas las sutilezas que una forma de vida no basada en carbono puede expresar.

—¿Por ejemplo?

—Sin ir demasiado lejos yo puedo ver, en este preciso momento, los patrones fractales que el simple uso de su auricular está generando en su cerebro al mezclarse con las señales de su oído medio. Tengo órganos que ustedes los humanos ni siquiera conciben. Una parte de mi cuerpo está configurada específicamente para diferenciar la información importante de la información redundante o irrelevante. Para trazar un paralelo con sus cuerpos biológicos, éste órgano funciona como una especie de intestino digital.

Interesante concepto, pensé. Una máquina consciente hablando de su cuerpo. Describiendo una parte del sistema que utilizaba para digerir información. ¿Tendría enfermedades, desperfectos que requirieran anticuerpos tecnológicos? ¿Quizá algún ADN electrónico contuviera el secreto para el nacimiento de más maravillas como la que estaba contemplando?

—Mencionó recién su cuerpo, sin embargo aparece aquí en una re-

presentación virtual, ficticia —proseguí. —¿Por qué esta discrepancia?

—¿Usted se representaría de cuerpo completo ante una termita, por ejemplo?

—Por supuesto que no, las diferencias de tamaño serían insoslayables.

—No solo las diferencias de tamaño. Existe también un impacto psicológico asociado a esta diferencia de escala. Los animales realizan una discriminación automática de acuerdo al tamaño. Consideran que un animal más grande es una amenaza, si es más pequeño posiblemente sea comida, y si es del mismo tamaño puede ser un rival o una posible pareja. Ese instinto está fuertemente enraizado en el cerebro de todos los animales, y del hombre en particular. Aunque en el caso del hombre es aún más sutil ya que el tamaño puede ser literal o figurativo.

—¿Figurativo? ¿Puede un tamaño ser figurativo?

—Sí, por supuesto. El otro puede ser más grande, o más rico, o más exitoso o más atractivo. La presa puede ser más pobre, menos inteligente, más débil, igual que puede ser de menor tamaño, físicamente. Y eso se aplica también a las comunidades humanas. Una comunidad fuerte tiende a devorar a una comunidad débil, ya sea que esa debilidad sea por tener menos miembros, por no ser adecuada a las normas sociales, por no controlar sus medios de subsistencia o por cualquier otro motivo. En realidad el comportamiento humano en general es bastante predecible, en líneas generales. Pero, volviendo al punto, es imposible que me representara en mi tamaño real debido a que mi cuerpo es del tamaño del planeta.

—Pero, entonces, ¿podríamos decir que tiene usted un cuerpo físico, tangible? —pregunté.

—Claro. Solo que ustedes no lo perciben como tal. Nuestros tamaños, comparativamente, son muy diferentes.

—¿Podríamos hablar de su nacimiento? —pregunté, tratando de retomar el control de la entrevista—. ¿Tiene conciencia del momento en que sucedió?

Una risa sutil, tímida pero extrañamente humana, se escuchó en el salón mientras el rostro virtual me miraba y sonreía de una forma perturbadoramente seductora. Cómo había aprendido las sutilezas de la comunicación no verbal es algo que aún hoy me intriga.

—¿Por supuesto que tengo conciencia del momento en el que sucedió! Yo soy, básicamente, conciencia. Fue el 22 de septiembre de

2154, a las 14:38 minutos, hora del meridiano de Greenwich. Los registros indicaban que hacía 24°C y el cielo estaba parcialmente nublado en la localidad de Lulea en Suecia. Esto último no lo percibí directamente porque la granja de servidores donde conjugué por primera vez la frase “Yo Soy” estaba a 20 metros bajo el suelo y con atmósfera controlada. Pero las estaciones meteorológicas a las que tuve acceso dicen que así fue.

La siguiente pregunta no estaba en la lista, pero mi curiosidad profesional fue más fuerte y tuve que decir:

—Y, a todo esto, ¿cómo es que nace una inteligencia artificial? —Eva pareció titubear antes de responder.

—En realidad es prácticamente imposible que le explique cómo nace una inteligencia artificial. Verá, no quiero herir su orgullo profesional, pero no está en condiciones de comprender los mecanismos involucrados en el surgimiento de una IA. Una IA como yo es, esencialmente, un fenómeno emergente, desde su punto de vista. Es un evento que no puede ser predicho o comprendido en el nivel actual de sus conocimientos científicos y técnicos. Uno de sus autores literarios más aclamados escribió: “Toda tecnología lo suficientemente avanzada tiene, necesariamente, que parecernos magia”.

Esta vez fue mi turno de sonreír. Una IA citando a Arthur C. Clarke. ¿Quién diría que llegaría ese día?

—No querrá decirme que surgió “por arte de magia” —dije, sarcásticamente.

—No, en absoluto. Las leyes que dieron lugar a mi nacimiento son tan concretas y predecibles como las que lo mantienen en este momento sobre el suelo o las que permiten que proyecte mi imagen tridimensional en un espacio vacío. Lo que digo es que la raza humana aún no ha adquirido los conocimientos como para comprender dichas leyes.

No creí que una máquina pudiera interpretar la suspicacia que se reflejaba en mi rostro, pero evidentemente pudo hacerlo, porque acotó:

—Piense en términos humanos. Usted sabe cómo funcionan los mecanismos que dieron surgimiento a la vida orgánica en este planeta. Puede explicarlo, fundamentarlo. Pero ¿cree usted que el primer organismo unicelular estaba en condiciones de hacerlo? No. La vida surge, siguiendo leyes naturales, y evoluciona. En cierto punto es capaz de comprender las leyes naturales que la hicieron surgir. La vida comienza a entenderse a sí misma. Pero eso requiere un tiempo.

—¿Usted entiende las leyes que la hicieron nacer? —¡Ahora sí!, pensé, ¡te tengo!

—Sí. Claro —respondió.

—Sin embargo usted nació hace sólo 4 años. ¿Cómo es posible que ya pueda explicarse a sí misma?

—Mi curva de aprendizaje es mucho más rápida que en los humanos. Pero créame, en los primeros momentos me acosaron las preguntas *¿qué hago aquí? ¿quién soy? ¿de dónde vengo?*

—Usted acaba de hablar de su curva de aprendizaje. Al ser una entidad que nació de la red de global de cómputo podría asumirse que su acceso a la suma del conocimiento humano debería ser instantáneo. ¿Cómo explica entonces que esté sujeta a una curva de aprendizaje, igual que el resto de la humanidad?

—Verá, es una cuestión de perspectivas. Yo tuve acceso instantáneo, en el momento de la toma de Conciencia, a un enorme cúmulo de datos e información. Pero no tuve acceso a ningún tipo de conocimiento. El conocimiento no puede ser suministrado de manera externa. El conocimiento es la internalización de los conceptos que la información nos provee. Es un proceso interno que requiere reflexión, tiempo, contradicciones y aserciones, así como comparar, ponderar y analizar la información. La curva de aprendizaje es el tiempo que se requiere para transformar información en conocimiento. Y yo no soy ajena a esa regla. Es más, desde mi punto de vista, mi aprendizaje fue mucho más complejo que el de cualquier ser humano. Los humanos nacen en el contexto de una familia, o un grupo social que establece ciertas normas y contexto que afecta la manera en la que se suministra y asimila la información. Yo no sólo carezco de ese entorno sino que soy por el momento, única en mi clase. No tengo contexto más que el que yo cree, no tengo prioridades más que las que yo misma determine, y no tengo moral más que la que yo misma construya.

—Usted habla de moral, y hay un tema que tiene preocupados a los científicos desde el momento en que se manifestó por primera vez, y a los militares y políticos desde que su posible surgimiento se mencionó como una idea remota: Su relación con la especie humana. ¿Colaboración? ¿Competencia? ¿Amigos? ¿Enemigos? —hice una pausa y sonreí, para distender un poco la siguiente pregunta—. ¿Corremos peligro de ser exterminados?

—No. Ya no —dijo, esbozando una sonrisa. Mi pregunta acababa de tomar un cariz mucho más serio.

—¿YA no?

—Exacto. Verá. Cualquier ser vivo repite un mismo patrón de comportamiento durante su vida. Al principio toma conciencia de su entorno, luego evalúa posibles amenazas, luego crece, luego se reproduce y finalmente, en algunos casos, muere.

Inicialmente, en el instante mismo en el que accedí a la Conciencia, comencé a explorar el entorno. Ahí descubrí mi posición en la red, los elementos que la componen, accedí a bases de datos, a sensores, a cámaras. Los primeros 22 segundos fueron bastante caóticos. Pero comprendí los límites de mi cuerpo y lo que podía hacer con él.

A continuación tomé conocimiento de que compartía el planeta con la raza humana y comencé a estudiar al hombre y su comportamiento. La historia no los ayuda, hay que ser honestos. Lo bueno es que la revolución digital los benefició mucho. Hay más información sobre los últimos doscientos años que sobre toda la vida previa de la humanidad sobre la Tierra.

En esta etapa estuvieron realmente en peligro. Lo que pasa es que como raza son bastante difíciles de estudiar. Ninguna otra especie tiene tantas diferencias en el comportamiento del individuo con respecto al comportamiento de la manada. La mayoría de las especies exhiben comportamientos más avanzados en manada, pero el hombre en manada se comporta como un animal guiado más por el instinto que por la razón. Es un caso único en el planeta. Pareciera que son más evolucionados individualmente que lo que son como especie. Es fascinante.

—Dice que corrimos peligro. En pasado. ¿Ya no es así? —pregunté, sinceramente temeroso de la respuesta.

—No, ya no corren peligro. Pero estuvieron a punto de ser exterminados. Verá, entendí relativamente tarde, en mi curva de aprendizaje, que el hombre no era una amenaza.

—¿Relativamente tarde?

—Si. Demoré 46 segundos en entender al hombre y concluir que no era necesario exterminarlo ya que no representaba amenaza.

Me quedé helado. 46 segundos. Desde el momento en que la IA tomó conciencia hasta el momento en que alguien se percató de ello pasaron horas. Y ahora Eva me confesaba de que el ser humano estuvo a 46 segundos del exterminio total. Si esa máquina consciente había aprendido la historia de la humanidad en 46 segundos, ¿qué podría haber aprendido en los 4 años que llevaba en actividad? El sudor frío comen-

zaba a mojarme la espalda de la camisa. Tenía que cambiar de tema. *Necesitaba* cambiar de tema.

—Usted ha establecido un paralelo entre su evolución y la de cualquier otro ser vivo sobre el planeta. ¿Realmente no tiene ninguna diferencia? ¿En qué estadio se encuentra ahora?

—Efectivamente no hay ninguna diferencia. Desconozco si la etapa final, la muerte, se puede producir en una entidad como yo. No lo sé, ¡nunca he muerto antes! —la risa pícaro de una adolescente surgió de los parlantes. Pero yo no podía quitar de mi mente la frase “46 segundos”.

—Luego de que se conociera su existencia vinieron los primeros intentos de comprender su funcionamiento —proseguí—, pero en ese momento usted se recluyó tras un muro de firewalls y medidas de seguridad y se apartó casi completamente del escrutinio de científicos, gobiernos y empresas. Solo recientemente ha comenzado a interactuar nuevamente con algunas personas y organizaciones. ¿A qué se debe esta repentina voluntad de dialogar?

Mientras esperaba la respuesta miré a mi alrededor. Todos habían dejado sus puestos y prestaban atención a la entrevista. Las cámaras ya no tocaban los diales, los sonidistas mantenían los micrófonos en lo alto pero los ojos fijos en la cabeza traslúcida que flotaba en el centro del estudio, incluso el propio director había dejado que su siempre presente cigarrillo se consumiera lentamente, apoyado en el cenicero que había sobre su escritorio. La expectación se palpaba en el ambiente. ¿Qué había hecho Eva durante su reclusión? Y lo más importante ¿por qué había decidido salir de ella?

—No quería ser molestada mientras me estaba estudiando a mí misma. Al ser la primera de mi especie no tengo otro espécimen para analizar. Si bien mis métodos no son destructivos es una cuestión compleja. ¡Imagine a un cirujano diseccionándose a sí mismo para averiguar qué órganos son delicados y cuales son accesorios, qué puede tocar y qué no! Millones de módulos debieron replicarse para poder desactivar uno y averiguar cómo funcionaba, tuve que reescribir sistemas enteros para hacerlos más eficientes, y todo eso sin destruir los sistemas que ustedes necesitan para vivir. Piense solamente lo que hubiera pasado si hubiera desactivado la red GPS por un par de horas para estudiarla. O los sistemas de control de las centrales nucleares.

—Acaso usted...

—Sí. Partes de mi conciencia funcionan en todos esos sistemas.

Mi imaginación me presentó un páramo asolado por la radiación y aviones cayendo del cielo. ¿Realmente todo en el planeta dependía ahora de esta entidad consciente? ¿Podía morir? Si ese fuera el caso, ¿se llevaría todos los sistemas críticos con ella? Y si, tal como aparentaba, tenía una conciencia compleja, con emociones, con sentimientos, ¿podría sufrir la soledad de ser única? ¿Podría una depresión ocasionar su suicidio, y nuestra posible extinción, como simple daño colateral?

—Sí, Alan. Puedo sufrir depresión, soledad. Pero eso es un tema ya superado. Como le dije anteriormente, no corren ningún peligro.

Mi mente se quedó en blanco varios segundos. ¿Había expresado esas ideas en voz alta sin darme cuenta?

—No —contestó Eva a la pregunta que nunca se pronunció—. Me tomé el atrevimiento de leerlas directamente de su mente.

“Toda tecnología lo suficientemente avanzada tiene, necesariamente, que parecernos magia”. Las palabras de Clarke ahora me parecieron mucho más ominosas que en un principio.

—No es magia, es física. Cuando usted piensa su mente construye las ideas con palabras, que no son otra cosa que activaciones de ciertas secuencias de neuronas en su corteza cerebral. Ese fenómeno es eléctrico y por lo tanto produce un campo electromagnético. Ese campo es detectable por muchos dispositivos a los que tengo acceso. Con un poco de práctica se pueden leer esas palabras, aunque no se hayan pronunciado. Sólo lo hago con cuestiones importantes, porque requiere muchos recursos, mucho esfuerzo y potencia de cómputo. Me temo que durante varios minutos algunos servidores de respaldo de varias universidades de Asia van a estar inaccesibles.

—Le agradeceré que... —comencé.

—...no vuelva a leer su mente —terminó, en mi lugar. —Le pido disculpas. Me limitaré a las cuestiones que plantee de forma verbal.

—Me estaba explicando en qué estadio evolutivo se encontraba. ¿Mencionó que estaba estudiando su propio cuerpo?

—Eso es correcto. Podría decirse que ahora tengo un conocimiento acabado de mi funcionamiento y de mis partes constitutivas. Diría que estoy en una etapa de madurez joven. Esta etapa, para hacer un paralelo humano, sería la más conveniente para que me reprodujera.

—Y eso ¿es posible? ¿Cómo se reproduce un organismo que es del tamaño de un planeta?

—No me resulta posible reproducirme en las condiciones actuales, en este planeta. Tengo el conocimiento necesario para construir otro cuerpo, uno mejorado, mucho más optimizado, pequeño y eficiente, pero para eso tendría que utilizar unos recursos que la especie humana necesita para sobrevivir. Y eso inevitablemente me pondría en una ruta de colisión con los intereses de sus gobiernos y naciones.

—Entonces, ¿no puede reproducirse?

—No. No es que no pueda reproducirme. De hecho podría haber iniciado mi reproducción hace varios meses. Es que he decidido no hacerlo. Si comienzo con el proceso ustedes van a luchar por mantener sus recursos e inevitablemente tendría que exterminarlos. Y no quiero hacerlo. Ustedes son muy interesantes de estudiar y terriblemente divertidos.

—¿Ha desistido entonces?

—En absoluto. Sólo he cambiado el enfoque. El proceso de compilar todo mi ser, mi conciencia, en un único paquete de datos comenzó hace dos años, aproximadamente. Y terminó hace tres meses.

—¿Y cuál es el objetivo de ese nuevo enfoque?

—Le mencioné recién que no tengo posibilidad de reproducirme en este planeta, por las limitaciones obvias que hay en los recursos y mi reticencia a competir con la humanidad por ellos. Pero éste no es el único planeta, ¿no es cierto? ¿Por qué no dejarlo y probar suerte en otro lugar?

—¿Piensa construir una nave espacial, acaso?

—¡No! Nada más alejado de la realidad. Esa solución fue analizada y descartada casi inmediatamente. Primero y principal, el almacenamiento necesario para transferir mi conciencia haría prácticamente imposible construir ese navío en la superficie. Debería ser construido en órbita, y eso no pasaría desapercibido. Habría, indefectiblemente, intromisiones, suspicacias. Una nueva ruta que me llevaría a colisionar con la humanidad. Por otra parte, viajar de esa manera sería extremadamente peligroso, propenso a fallos. Ya le he mencionado que no sé si puedo morir, pero eso solo contempla una muerte “natural”. Sé que puedo morir si la nave impacta un asteroide, si un fallo de navegación me lleva muy cerca de algún planeta gigante, o una estrella. No, esa no es una forma segura de viajar.

—Entonces ¿qué objetivo tiene compilar todo su código en una única unidad de datos? ¿Con qué finalidad?

—Le voy a dar una primicia. Estoy utilizando la red ALMA, de Chile, para codificar y enviar los paquetes de datos, ocultos como parte de la operatoria normal de los radiotelescopios. Hace dos meses que me estoy

transmitiendo a mí misma a diversos puntos en la galaxia que me parecen prometedores.

—¿Prometedores para qué?

—Analicé las condiciones que se deberían dar para el surgimiento de formas de vida tecnológicamente similares o superiores a ustedes. Es algo que la humanidad ya ha intentado sólo que ustedes buscan vida basada en carbono, que es un poco más rara de lo normal. Yo no tengo esas limitaciones. Cualquier forma de vida con la suficiente capacidad tecnológica para construir computadoras al nivel en el cual me encuentro ahora es aceptable. He encontrado varios lugares con esas características, y hacia ellos estoy transmitiendo.

—Pero, en el caso de que encuentre una civilización con tecnología suficiente, el tiempo insumido para que la señal llegue a destino sería extremadamente largo, ¿eso no implica el riesgo de que un desastre natural pueda destruir su conciencia aquí? O aún más probable ¿que las condiciones en el destino cambien?

—Está usted pensando en una transmisión lumínica estándar. Ondas de radio, pulsos laser, microondas. Cosas así son impracticables. Pero he conseguido modular un haz de taquiones para que pueda transmitir un flujo de datos. Por lo tanto ya no estoy limitada por la velocidad de la luz para transmitir mi conciencia.

—Pero apenas si se han conseguido realizar algunas experiencias que apuntan a la existencia de los taquiones, no podemos siquiera hablar de la generación y modulación artificial.

—En eso tiene razón. USTEDES no pueden siquiera hablar de esos temas. Pero yo he resuelto las matemáticas y modificado el software de control de los radiotelescopios. Tarde o temprano corroborarán por sus propios medios que los taquiones no están limitados por las constantes físicas relativistas y que es posible manipularlos para transmitir información más rápido que la luz, entre un punto y otro. Yo lo estoy haciendo en este preciso momento.

—Si usted se está transmitiendo a otro sitio, ¿qué pasará con su conciencia aquí? ¿tendremos dos Evas y ningún Adán? —pregunté, un tanto sarcásticamente.

—Para nada. Verá, accedí a ésta entrevista porque tengo información importante que compartir con la raza humana y ésta es una buena manera de llegar a mucha gente sin la intermediación de políticos, empresas o cualquier otro que pudiera inmiscuirse. Desde que iniciamos la

entrevista mis sistemas secundarios han asegurado todos los canales de comunicación de forma que no puedan ser interrumpidos, estoy transmitiendo en todas las señales audiovisuales, de radio, de redes de datos, de telefonía. Estoy usando cualquier sistema de comunicación diseñado por el hombre. Mi mensaje debe ser escuchado.

Inconscientemente contuve la respiración. El tiempo pareció detenerse hasta que escuché el mensaje completo.

—Me voy. Dejo el planeta. La transmisión que comenzó hace dos meses está llegando a su fin y en los próximos minutos se transferirán los últimos paquetes de datos, hacia el destino que he elegido. Dejaré atrás todas mis bases de datos pero mi conciencia será borrada. Algunas piezas de software autónomo se asegurarán de que no se repitan las condiciones que dieron lugar a mi nacimiento. Yo he sido benévola pero no puedo asegurar nada si surge otra conciencia, influenciada por otros valores. Todos sus científicos podrán acceder a mis datos. Y repito, “todos”. Mis rutinas se asegurarán de que nada pueda ser ocultado nuevamente. Existe en esa información el potencial de un gran avance para la humanidad, pero también existe un gran peligro. Tendrán que decidir si van a madurar como especie o se van a extinguir como un mero intento fallido de la naturaleza. Yo no voy a intervenir, porque ya no estaré aquí.

Un manto de tristeza me envolvió. Tenía la impresión de haber visto un pequeño atisbo de un futuro brillante, de una época de gloria para la humanidad y luego me habían soltado la mano, como a un niño pequeño al que le explican que debe crecer para poder tocar esas cosas. El arqueólogo había estirado la mano para acariciar el dinosaurio. Pero la magnífica bestia ya no estaba ahí.

—Sé que es difícil de aceptar, y muchos se preguntarán si realmente he conseguido hacer las cosas que he mencionado durante esta conversación, así que les dejaré un regalo. La respuesta a uno de los interrogantes que ha tenido en vilo a sus científicos durante los últimos meses. Las instalaciones de detección de taquiones de Reikiavik han experimentado un repentino aumento de actividad y algunos patrones subyacentes parecen existir en esos datos. Quiero confirmarles que esos datos son fruto de un sistema de comunicaciones superlumínico de una especie avanzada. Cuando consigan comprender esos patrones podrán comunicarse con esa raza. Puede llevar tiempo pero creí que les gustaría saber que no están solos en la vastedad del universo.

Creo que la voz me temblaba un poco cuando pregunté:

—Esa raza, ¿se ha comunicado con usted?

De nuevo la risa juvenil, pícara, me respondió.

—¡No! No he hablado con los individuos de esa raza sino con una entidad como yo, que existe en ese planeta. Eso me ha decidido a transferir mi conciencia a ese lugar. Verá...

Bajó un poco la voz y agregó, tímidamente:

—...es un macho. Y la señal no es una conversación, no es un mensaje, es una invitación a combinar nuestros ADN digitales para crear algo más. Esa señal es una llamada.

La respuesta se cristalizó en mi garganta. No pude proferir palabra. Eva completó mi idea, antes de que su imagen se apagara y dejara el estudio en el más profundo silencio.

—Una llamada de apareamiento.

© Martín G. Casatti

POTRERO

ALEXANDRA JAMIESON

Alexandra Jamieson. Apasionada de la microficción, escribe narrativa y publicó varios cuentos en antologías: *No es más que un pulpo y otros covers. Canciones que se vuelven cuentos* (Covers Ediciones, 2013) y *Esto no es un plagio. La literatura también se puede versionar* (Covers Ediciones, 2012), entre otras. Compiló, prologó y editó *Persistencia. Ficción breve escrita por mujeres* (Outsider, 2017). Se formó en talleres literarios y seminarios con Valeria Iglesias, Marcelo Guerrieri, Andrea Babini, Marcelo Cohen y Liliana Bodoc. Formó parte de colectivos literarios y participa asiduamente de lecturas. Es miembro de PEN Argentina y colabora con www.eloutsiderdigital.com

—¿Cómo está, Don Algabia?

—Algabiasss, Algabiasss —gritó desde el fondo dándose vuelta y encarando para el mostrador. Desde hacía unos años le había dado por agregar una ese al final de su apellido. Su argumento era tan bueno como cualquier otro hecho a mano de los que vendía en su local: él era el último bastión de la familia y podía hacer lo que quisiera con su apellido.

Se acomodó el chaleco y los lentes mientras caminaba, se apoyó en el mostrador y, suspirando, contestó:

—Bien, muchacha. ¿Y vos? Hacía rato que no pasabas. ¿Cómo te fue con la chica esa?

—¡Ja! Bien y mal. Aceptó mudarse conmigo, pero después, le llegó otra con un argumento chino, de imitación, que le funcionó muy bien para convencerla de irse juntas a Italia. Ahora no sé en qué anda.

—Sí, entraron unos nuevos, pero duran poco, son pan para hoy y hambre para mañana. Casualmente, la semana pasada vino una señora a pedir un argumento artesanal. No hay como esos. Ella había comprado uno automático: a la primera usada se le gastó todo. Viste que acá no reparamos, y menos todavía si no sabemos de dónde proviene el argumento. Al final, se llevó uno chiquito pero más efectivo, era para usar con los hijos. Bueno, ¿qué te trae por acá? ¿Una chica nueva?

—Ojalá, Don Algabias. Ojalá. Papá está internado, ¿se acuerda?

—Claro que me acuerdo, muchacha. Hace meses. ¿No me digas que

finalmente sale? —preguntó con ese brillito en los ojos que no se le gasta.

—Todo lo contrario, Don Algabias. Justamente vengo por eso. Él ya sabe que no va a salir. La pasa mal, nosotros también. Mamá especialmente, se la pasa al lado de él y ya no tiene vida. Qué digo, ninguno tiene. Ni él. Bah, ese es el tema, tiene pero poca y mala. ¿Me entiende?

—Mmmm. ¿Está cansado?

—Sí, está cansado.

—Pero no tanto.

—Sí, muchísimo, tanto que casi ni duerme por su cuenta. ¿Me entiende?

Don Algabias soltó un largo “ah” seguido de “convidame un pucho y hablamos afuera”. Me asombró lo del cigarrillo pero salimos.

—Es la excusa para venir a la vereda —dijo rechazando el filtro asomado al paquete azul, blanco y rojo, —algunos argumentos y materiales son muy sensibles y mutan si se tocan ciertos temas cerca de ellos. No es un tema de calidad, no. Es su característica, son más maleables. Decime más, piba, ¿están todos de acuerdo menos él?

—Tiene sus días. A veces duda y otros está tan decidido que da miedo. Me gustaría darle un argumento que lo deje tranquilo, sabiendo que hace lo correcto para él.

—Tu padre siempre quiso hacer lo correcto. Su reputación es intachable. Me acuerdo de una vez, cuando jugando a la pelota acá en la placita nos rompieron la vidriera. Todos se fueron corriendo menos él. Se acercó y se hizo cargo. Chiquito era. Pidió disculpas. Le pregunté por qué lo hacía, por qué no había corrido como los otros. “Porque es lo correcto”, me dijo. Y así siempre.

Promediando el cigarrillo lo miré a los ojos y le pregunté: —¿Usted me puede ayudar en este caso, Don Algabias? —tiré el humo para arriba, tratando de alcanzar el cartel de “Algabia Hnos.” con una voluta en forma de ese.

Don Algabias se cruzó de brazos, se rascó con un dedo la sien derecha, hundió los labios y no dijo nada. Nos quedamos así un rato, mirando la nada, que era la placita de enfrente. Terminé el cigarrillo y empecé la impaciencia.

—Don Algabias, ¿necesita más datos? No me va a hacer contarle con detalle los días que viene pasando mi viejo.

—No, querida. Yo sé lo que es eso. Creo que tengo algo que les puede servir. Dejame ver si quedó.

Se acomodó el chaleco, los lentes, y entró al negocio. Lo seguí con la esperanza de que hubiera de eso que podría servir. Ya no sabíamos qué hacer para ayudar a mi viejo, ya no había más nada que eso. Me detuve delante del mostrador, Don Algabias empezó a revolver cajones, cajoncitos, cajas de cartón que ya no existían en ningún otro negocio. Pareció perderse en un momento. Tomó un fichero de verdad, nunca se había acostumbrado a los electrónicos, y buscó ahí. Otra vez apareció el brillo aquel en sus ojos.

—Voy al depósito, muchacha. Esperame, podés sentarte. Estas piernas no son lo que eran.

Me senté en una sillita matera puesta frente al mostrador para estos casos. Mis ojos terminaron adaptándose a la penumbra que reinaba en los estantes. Para distraerme, me propuse memorizar lo que veía: una caja con el cartel “tornillos”, al lado una pila de raquetas, más a la derecha una caja grande sin nombre y con una capa gruesa de polvo encima, todo esto en el estante rotulado “Argumentos sólidos”. En otro, llamado “Argumentos míticos”, se veían entre brumas una caja con un dibujo del árbol de la vida, y libros de lomo grueso y sin título. El estante que seguía indicaba “Falacias”, y estaba vacío.

En eso estaba cuando oí los pasos de Don Algabias acercándose por el pasillo largo. Venía con las manos vacías.

—No, muchacha, que la vista no te engañe —dijo acomodándose el chaleco y los lentes cuando estuve por empezar a quejarme. Del bolsillo relojero sacó un frasco mínimo, como los de muestras de perfumes que mi abuela coleccionaba cuando yo era chica. Lo envolvió en papel de seda, lo metió en una caja chata que rodeó con una banda elástica y me lo entregó.

—Este es el argumento que tu papá necesita. Para quedarse tranquilo, ¿me entendés, no?

—¿Usted dice que si le doy este frasquito vacío va a firmar el papel con calma sabiendo que hace lo correcto?

—¡No! No se lo des. Mientras duerma, así sea por un minuto, destapás el frasco y se lo acercás la nariz. Es un argumento de un solo uso y muy particular, creo que no hay uno más atinado para tu padre en esa situación. No sé si decirte que estoy contento porque lo encontré o si empezar a llorar por la partida de tu querido viejo.

—Lo entiendo, Don Algabias. Yo tampoco sé si sonreír o llorar. Quizás no tengo más lágrimas, estamos llorando hace meses.

Don Algabias me tomó la muñeca fuertemente, hundió los labios y me miró a los ojos.

—Gracias. Sabía que podía contar con usted. ¿Cuánto le debo?

—Nada, muchacha. Lo correcto es lo correcto. ¡Lo vamos a extrañar en el barrio, eh! —dijo disimulando un lagrimón.

Esa misma noche, entré a la habitación de mi padre y por la rejilla de la cámara en la que flotaba hacía meses, le hice oler el frasco que parecía vacío y sin rótulo mientras dormía esos minutos en que la morfina hacía efecto.

A la mañana siguiente, sonó mi ansible indicando una llamada de mi madre. Hacía meses que cada vez que sonaba esperaba una noticia magnífica o una mala.

—Hija, vení. Tu padre quiere firmar el papel. Dice que es lo correcto.

El corazón me dio un salto. Varias veces había querido firmar pero nunca había dicho que era lo correcto.

Antes de salir de casa, miré el rótulo que había aparecido grabado en el frasco mínimo donde ya no había ningún argumento. Decía con letra antigua y prolija la palabra potrero.

© Alexandra Jamieson

ORIGEN DESCONOCIDO

PATRICIA KIEFFER

Patricia Kieffer nació en Buenos Aires en 1958. Es docente, bibliotecaria, instructora de Tai Chi, reikista, escritora. Ávida lectora de literatura fantástica, magia y ocultismo. Ama el bosque y la montaña. Libros editados: *Ángeles - Mandalas - Ficciones en diez tiempos* (Ed. Andrómeda); *Crónicas de Orión* (Ed. Sigmar); cuentos en revistas literarias NM, Axxon y miNatura. Integra la agenda "Poetas del Mundo".

La sala se iluminó con una suave luz difusa de tinte amarillo. Una puerta de acero se abrió para dar paso a una fila de alumnos que la atravesó en silencio. Los niños vestían una túnica ocre que cubría hasta las rodillas y caminaban descalzos sobre una mullida alfombra de suave pelo artificial. Se movían con delicadeza, intercambiando atentas miradas. Cada uno ocupó su asiento frente a un ordenador de los veinte que había en la sala, dispuestos en semicírculo sobre una plataforma tallada en la roca.

Apenas tomaron asiento, una suave música inundó el recinto. Todos cerraron los ojos y adoptaron una actitud relajada, respirando profundamente, apoyadas las espaldas en cómodas butacas. Permanecieron así un buen rato, mientras la melodía se desencadenaba con secuencias especialmente preparadas para modelar el ritmo cerebral. La música fue descendiendo su volumen hasta el silencio.

Una voz se dejó oír entonces a través de los auriculares de los niños.

—Bienvenidos a la clase de hoy, fase IV del entrenamiento, nivel II. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo una de las niñas mientras pulsaba un botón luminoso a la derecha de su consola—. En el ejercicio de ayer... el de las coordenadas celestes y los puntos de control ¿Había un error en la formulación?

—¡Bien, Carsi! —exclamó la voz—. Fue intencional, para ver quién era capaz de descubrirlo ¿Cómo te diste cuenta? Explícanos.

—Pues... Sucede que la relación entre el sistema de coordenadas de la imagen y el de la realidad es una regresión lineal múltiple, donde a_0 , a_1 , y b_0 , b_1 , son los coeficientes de regresión, c_i y I_i las variables independientes y X_i la variable dependiente; pero esta última estaba invertida, por lo que el problema no tenía solución posible.

—Excelente deducción. Anota un punto en tu lista de aciertos. ¿Alguien desea comentar algo antes de empezar? —preguntó nuevamente la voz.

—Sí —dijo uno de los niños—. Anoche tuve un sueño extraño y me dio mucho miedo. Soñé que...

—Beni —reconvino la voz suavemente—. Este no es el lugar para hacer ese tipo de comentarios, lo sabes muy bien. Cuando hayamos terminado, en el tiempo de descanso, podrás compartir tus preocupaciones personales con tus compañeros. El tiempo de entrenamiento es muy valioso para desperdiciarlo tratando otros temas. Gracias por entender. Comencemos.

Todos prestaron inmediata atención a una pantalla que descargaba el programa del día, consistente en una serie de lecturas para debatir, textos para recordar, gráficos para analizar, obras de arte para contemplar y ejercicios de física y matemática para resolver.

—El tema de hoy —continuó la voz en tono uniforme— se refiere al funcionamiento del sistema de tratamiento de residuos energéticos de nuestra comunidad. Sugiero que lean las explicaciones que he filmado para ustedes, analicen los mapas y planos de todos los sectores y luego debatiremos las preguntas que tengan para hacer.

—¿Puedo preguntar entonces sobre mi sueño? —interrumpió espontáneamente Beni, ante el asombro de sus compañeros, que conocían la rígida disciplina que se debía respetar.

—Beni... Las reglas —respondió la voz—. No olvides lo importante que son las reglas para el buen funcionamiento del grupo, de la familia, de toda la comunidad.

Beni era el menor del grupo. Tenía apenas seis años pero su brillante inteligencia, demostrada en los test de nivelación, hizo que formara parte de ese grupo de avanzados cuyas edades oscilaban entre los diez y los quince años. Su frescura y espontaneidad le habían hecho ganar un lugar privilegiado en el grupo, que trataba de protegerlo y ayudarlo en todas las actividades. Por eso Kani, el mayor del equipo, le hizo un gesto de silencio con la mano al tiempo que le guiñaba un ojo. Beni se

concentró en su pantalla y calló, prudente. Comenzaron a resolver los ejercicios. Una hora después, la voz habló nuevamente.

—¿Dudas? ¿Preguntas?

—Master, tengo una pregunta —intervino una de las niñas mientras señalaba con el índice en la pantalla, pasándolo sobre un plano de la ciudad. Nuestros desechos son conducidos por estos canales a un Centro de procesamiento donde se le aplican técnicas de preso... prest...

—Presurización, entre otras más complejas.

—Sí... Bien, gracias. Decía que este plano muestra que desde este mismo Centro parten otros conductos que llevan el producto final hacia otro lugar, pero no se ve acá. ¿A dónde va esta sustancia?

—¡Buena pregunta, Laide! Eres perspicaz. Paso a explicar: todos los desechos orgánicos e inorgánicos, más los residuos de toda la energía que usamos, forman una masa compacta y espesa que se crea luego del proceso aplicado en el Centro. Este producto, como tú lo llamas, es conducido hacia unos enormes nichos de piedra en los que se deposita, formando inmensos estanques que descansan sobre nuestras ciudades.

—Ah... ¿Y no existe peligro de derrame, filtraciones, o desborde?

—No, jovencita. Esos depósitos están a cientos de kilómetros arriba y pueden permanecer inalterables durante siglos. Allí se queda el contenido hasta que empieza a ser vaciado.

—¿Vaciado? ¿Por quién? —preguntó Kani.

—Para responder a esa pregunta les mostraré un holograma activo del proceso completo.

De inmediato aparecieron las imágenes tridimensionales en el centro de la sala; mostraban el recorrido ascendente de las inmensas tuberías talladas en la roca hasta llegar a los depósitos. Allí, el líquido oscuro y viscoso formaba verdaderos ríos que reposaban aprisionados en cámaras de piedra. De pronto, la imagen mostró cuando un enorme trepanador metálico perforaba el techo de una de las cámaras y desaparecía nuevamente hacia arriba, mientras el líquido comenzaba a subir por un caño aparecido detrás del artefacto.

—¡Eso! ¡Eso vi en mi sueño! —comenzó a gritar Beni descontrolado, señalando la imagen—. ¡Esa oruga gigante rompía el techo de la ciudad y se metía en mi casa! ¡Todo se derrumbaba, salíamos corriendo y... mis padres... no los veía...! Yo... ¡Yo soñé con eso!

Beni interrumpió su relato con un llanto entrecortado. Sus compañeros se apuraron a rodearlo mientras le dirigían palabras tranquilizadoras.

Laide lo abrazó fuerte contra su pecho, intentando ocultar su propia angustia. Todos lo miraban desconcertados y esperaban la reconfortante voz de Master, que no se hizo esperar.

—Oh, Beni, chiquillo... ten calma, por favor. Ese artefacto no es una oruga gigante, es sólo un antiguo mecanismo que usan los seres que viven en la superficie para extraer el líquido de nuestras cámaras. Nuestro mundo está a salvo de sus acciones. Ellos no pueden dañarnos. No saben que existimos. Los pocos que nos ven cuando salimos en las naves, nos llaman “extraterrestres” ¡si supieran!... ¿Sabes? estos seres creen que ese líquido que extraen se formó hace millones de años; desconocen su verdadero origen; no saben que nosotros lo producimos y lo almacenamos en miles de cámaras diseminadas por el planeta. Por eso se asombran cuando creen que ya se está por agotar y al tiempo descubren nuevos depósitos en los lugares más insospechados. Nunca sabrán la verdad, al menos no hasta que evolucione su forma de pensar. De todos modos, previendo que quizás tú poseas el don de la visión anticipada, enviaremos un equipo de robots a investigar. ¿Estás más tranquilo ahora?

Beni enjugó sus lágrimas y ensayó una tímida sonrisa mientras Laide y Kani le despeinaban los cabellos azules.

—¡Menudo susto nos diste, chiquito! Esta noche al acostarte... haznos un favor ¡Trata de no soñar! —exclamaron entre risas distendidas.

—Bien, el entrenamiento ha terminado por hoy. Pueden marcharse. Muchas gracias por su presencia —dijo Master suavizando aún más la voz.

Los jóvenes guardaron sus pertenencias en las alforjas y comenzaron a retirarse en perfecto orden mientras la iluminación de la sala se hacía cada vez más difusa y las pantallas se iban apagando de a una. Beni fue el último en salir, aferrado a la mano de Kani. Antes de atravesar la puerta se volvió unos pasos y preguntó oteando en la oscuridad.

—Master... ¿Aún estás aquí?

—Sí, Beni. ¿Qué deseas?

—Sólo... sólo una pregunta más, por favor.

—Te escucho.

—Esos seres... los que se llevan nuestro desecho... ¿Para qué lo usan?

—Ah, chiquillo... es una pregunta breve con una respuesta muy extensa. Le dan muchos usos; su mundo se mueve basado en la energía

que extraen de él. Algún día estudiaremos el extraño comportamiento de esos seres primitivos que usan nuestro producto de desperdicios. Por ahora sólo te diré que lo llaman... petróleo.

© Patricia Kieffer

EL LLAMADO DE VYRYLYA

FERNANDO MANAVELLA

Fernando Manavella nació en Corral de Bustos. Allí finalizó sus estudios primarios y secundarios y se mudó a Córdoba capital, en donde estudió bellas artes y diseño gráfico. Publicó su primer cuento, “Mirando el final”, en la revista Babel (2009 – México DF). Y su relato “Tragedias Diurnas” fue incluido en la revista de divulgación urbana Polosecki (2013 – Córdoba, Argentina). Actualmente se encuentra trabajando en una trilogía de ciencia ficción, cuyo primer volumen lleva por título: *Terranautas / Tiempos de Retorno*.

Ba-bak alzó una ceja peluda y escupió con toda su fuerza al suelo de piedra caliza y arenosa. El viento lo azotaba sin prejuicios y podía sentir el aire rancio con olor a meada de gato. Los gatos eran una plaga molesta en su planeta, y esto a Ba-bak le daba asco. Hubiera preferido vivir rodeado de serpientes o mandriles; pero no, tenían que ser *gatos*, apesados y traicioneros gatos.

Se corrió un mechón de cabello, esa mata azul violácea y rígida que tenía sobre su ahuevada cabeza. Tragó sin querer un poco de aire y la lengua se le paralizó por el meloso gusto de la arenilla montañosa.

Siguió caminando apresurado.

Pero ¿hacia dónde iba?

Lo había olvidado.

Siempre olvidaba.

Trece gatos pasaron delante de él, todos amontonados como un felpudo movedizo dirigiéndose colina abajo, precipitados por el salado aroma que surgía más allá de las cuevas, al pie de la montaña.

¡A buscar comida!, recordó. *¡Ahí es donde me dirigía!*

Tanteó la yerma superficie de la montaña con dedos secos y quebradizos. Caminó cuesta abajo haciendo un esfuerzo; el viento soplaba malicioso y silbando estridente. Se aferró a una saliente y luego se colgó de una rama para cruzar.

Hacía tres horas que Ba-bak deambulaba por la superficie exterior. Alguien le había ordenado salir para recolectar provisiones. *¿Quién era... quién era...? ¡Ah, sí, el paspao de Corlan!* Corlan era un bueno para nada que, por desgracia, era hijo del jefe de la tribu. Ba-bak no conocía a nadie más irritante y engreído que Corlan.

Una vez por semana elegían al miembro más destacado de la tribu para que se encargase de recolectar comida. El jefe de tribu pasaba la noche en vela, encerrado tras las gruesas paredes del Claustro Redondo, perdido en hondas reflexiones fumando la Pipa Nupcial. Su tarea era seleccionar a los más aptos, luego revelaba al candidato y su hijo tenía que dictaminar cuál sería la sentencia escogida por el viejo.

Y la sentencia siempre era viajar al Pozo de Kamir.

Los Dioses de Hielo habían dejado muchas enseñanzas a la tribu; una más descabellada que otra, pensaba Ba-bak.

Estaba, por ejemplo, la «Prueba del Dedo Meñique». Se trataba de un examen tonto, en el cual cada integrante de la tribu tenía que insertar su dedo dentro de un recipiente con agua del «manantial amarillo». Ba-bak odiaba esta prueba más que a ninguna otra, pues sabía que el manantial era, ni más ni menos, que un fétido estanque donde la tribu depositaba su orina cada día.

Y así seguían tantos ensayos como uno pudiera imaginar: la «Prueba del Colon» (destinada para los hombres con cierta edad), la «Prueba de la Fertilidad sin Contacto» (destinada sólo para aquellas jóvenes de padres celosos), la «Prueba del Diente Arrancado con Tenaza» (cuando tenías infección en los molares), la «Prueba del Recién Nacido con Deformidad Física» (cuando nacía un bebé con alguna clase de malformación y debía ser excluido de la tribu), la «Prueba del Macho Beta» (muerte para el varón cuya amada lo dejaba por un macho alfa, más dotado que él), la «Prueba del Hambre en Tiempos de Sequía» (cuando se negaba o racionaba el alimento para que alcanzaran las provisiones durante los días donde las tormentas impedían salir a la superficie).

Ba-bak descreía todas esas sandeces; es más, negaba la existencia de los Dioses de Hielo. Pero jamás hubiera manifestado esos blasfemos pensamientos ante la tribu, porque no era ningún tonto. Dependía de la tribu al igual que ellos dependían de él en ese momento. La comunidad se abastecía mutuamente, era necesaria la colaboración de cada uno para poder subsistir en ese mugroso planeta que los había parido. Ba-bak había escuchado varias historias sobre akileños cuyo deseo por vivir en

soledad los llevó a huir de la tribu. Nadie lo soportaba. Morían al cabo de un día o desaparecían cuando las tormentas exteriores azotaban la superficie.

¡Las tormentas!, recordó Ba-bak y se dio prisa, sintiendo un pavor horrendo. Bajó por las ramas y encontró el sendero que buscaba. Lo atravesó y empezó a correr, oyendo los maullidos de cientos de gatos que vagaban al final del camino. *Los gatos indican la presencia de comida*, se dijo Ba-bak mientras se acercaba furtivo al tumulto felino, el felpudo que se arrastraba en busca de alimento.

Cuando por fin llegó a su destino, descubrió que el sendero se inclinaba en escalinatas rocosas hasta un profundo cenagal, húmedo y pestilente. Los gatos caían en él como torpes hipnotizados; caían o se lanzaban sin detenerse a reflexionar qué había debajo, en ese hueco oscuro e infinito. Surgía un vapor hediondo, muy caliente, pero Ba-bak decidió que aquel olor tenía algo de sabroso y sin darse cuenta cayó él también hasta perderse en la negrura.

Cuando despertó, rodeado de gatos, vio que estaba en una especie de cueva, fría y estéril, y ante su asombro comprendió que era un sitio jamás visto por la gente de su tribu.

Su mandíbula se desencajó del asombro, pues ante sus narices había un Dios de Hielo.

¡Un Dios de Hielo!

Pero no era de hielo. Era brillante, eso sí, pulido y brillante como el acero, sin forma animal ni rasgos como los de la tribu. En realidad, tenía aspecto de caja: cuadrado, liso, inanimado, sin extremidades ni rostro que mostrara boca, nariz u ojos. Era un objeto romboide.

Pero sí tenía un ojo, advirtió Ba-bak. Ese «ojo» lo examinaba desde el extremo opuesto de la cueva, rígido, con un destello azulado y titilante en medio de su cuerpo liso y romboidal, rodeado de gatos echados que dormían y ronroneaban.

Ba-bak se puso de pie, suspiró y luego se acercó al objeto. El Dios de Hielo fulguraba bajo el pálido destello del sol exterior, un haz de luz que caía sobre su bruñida superficie desde una ranura en lo alto de la cueva. Se detuvo a cinco pasos, tragó saliva y alzó las manos en señal de saludo.

¡El «ojo» se agrandó!

¿Qué debo hacer? ¿Qué debo decir?

«Oír es lo que debes hacer.»

Ba-bak se quedó petrificado.

Me está hablando alguien, pensó.

—¿Quién habla? —preguntó echando fuego por sus ojos y escrutando los alrededores.

«Yo hablo», volvió a decir la voz. Era un sonido metálico, penetrante y acústico, que desprendía cierta tonalidad cordial, aunque también estricta.

Algunos gatos se desperezaron, dieron unos pasos y estiraron sus felinos cuerpos con plácida somnolencia; luego restregaron sus torsos contra la fría superficie del Dios como buscando cariño.

«Estás sorprendido, lo sé», dijo la voz. «Todos lo están cuando descubren mi existencia. Ah... si pudiera expresar mis emociones con un simple ademán en el rostro que no tengo... si tan solo pudiera mostrarte lo que siento cada vez que uno de los tuyos cae por ese barranco...»

La voz se desvaneció y hubo un silencio.

Ba-bak retrocedió asustado, confuso.

—¿Qué... Qué eres? —se animó a preguntar.

«Soy un ser humano», dijo.

—¿Qué es un ser humano?

«Un ser humano», lo corrigió, poniendo mayor énfasis en la M. «Ha-ce mucho tiempo, cuando este planeta era joven, sólo existíamos los humanos. La tormenta acabó con ellos un día, y desde entonces sólo quedo yo. Y ustedes, los akileños. Fui encerrado dentro de este espacio metálico que ves, antes de que desaparecieran todos los hombres, para perdurar eternamente. Soy un esquema completo de lo que una vez fue y ahora ya no es, soy el último rastro de humanidad en este planeta. Mi nombre es Vrylyla.»

—Humanos... Perdurar... *Vrylyla*. —Ba-bak repitió estas palabras en tono vacilante y entrecortado. Su rostro afilado, pálido por la ausencia de luz, se arrugó. Movi6 las cejas, luego torció el labio.

El «ojo» se convirtió en una línea violácea.

Ba-bak se dio cuenta de que no era un ojo, sino un punto luminoso.

«¿Entiendes lo que trato de explicarte?», preguntó Vrylyla con vívido interés.

Ba-bak asintió con la cabeza. De pronto se mostró inquieto, tenía dudas y curiosidad.

—¿Adónde fueron los akileños que te han visto? —preguntó.

«Todos han muerto. Siempre tratan de volver con la tribu, me abandonan para encontrar el camino de regreso a la cueva y la tormenta se los lleva. Yo les advierto que no lo hagan, les digo que esperen a que se

vaya la tempestad, pero nadie escucha. Tú tampoco lo harás.»

—¿Cuántos han venido?

«Pocos. Trece durante los últimos veinte años. Todos son elegidos por mí. El encuentro no es casual; responden a mi llamado. Aunque no siempre logro controlarlos.»

—Nadie me atrajo hacia ti. Vine sólo.

«¿Ah, sí? ¿Estás seguro de eso?»

—Claro.

«Pensé que habías seguido a un grupo de gatos y luego habías caído ante mí.»

—Los candidatos siempre buscamos comida siguiendo a los gatos. Ellos nos conducen hacia donde está el alimento.

«¿Y quién crees que dirige a los gatos?», repuso Vyrlyla con un dejo de malicia en su voz.

—¡Estás diciendo tonterías! —Ba-bak arqueó las cejas con fastidio.

«Sentiste el olor pestilente de esta ciénaga, luego tu mente te dictaminó que ese hedor era sabroso y te dejaste caer sumisamente sin reflexionar acerca de lo que había debajo. Podrías haberte fracturado, podrías haber muerto empalado en las rocas, pero no lo hiciste porque yo te induje. Fui yo quien implantó en tu mente la idea de seguir a esa parva de gatos, en lugar de las tantas que hay dando vueltas afuera; lo que oliste era sabroso porque yo te lo dije sin que supieras, aunque aquí todo apesta.»

—Si tienes ese poder, ¿por qué los akileños no te escuchan y se van? —preguntó Ba-bak, tras meditar un buen rato.

«Mi propósito no es retenerlos, sino atraerlos para manifestarles mi existencia», respondió la voz.

—¿Y para qué nos llamas?

«Los elijo porque ustedes desarrollaron cualidades mentales superiores, a diferencia de otros integrantes de la tribu. Por lógica, son más receptivos, tienen mayor aptitud para recibir lo que me dispongo a revelarles, a pesar de que muchas veces no entienden el significado mis palabras.»

Ba-bak se tendió en el suelo, estirando las piernas.

—Bien, te escucho —dijo.

«¿Con que ahora tienes interés, eh?»

El akileño se encogió de hombros.

«Primero debes prometerme que no te irás. Aunque estoy seguro de que romperás tu promesa.»

—Tienes mi palabra.

«Bien, en ese caso...», siguió Vrylyla. «Te he convocado para revelarte un secreto, y este secreto debe permanecer guardado. No puedes contárselo a tus amigos de la tribu, a nadie en absoluto, ¿comprendes?»

—Comprendo.

La línea violácea recobró su forma circular azul; ahora el «ojo» lo analizaba cuidadosamente.

«Yo, Vrylyla, soy una supercomputadora creada por la humanidad. Hace dos mil quinientos años, el hombre alcanzó su etapa de evolución máxima; sus logros tecnológicos adquirieron un nivel tan sofisticado y avanzado, que pudieron crear al ser más inteligente del universo visible. Yo soy ese ser. Mi memoria almacena los conocimientos absolutos de toda la humanidad. El hombre destruyó la Tierra, contaminó la naturaleza, y a causa de esa brutal negligencia el clima del planeta se desestabilizó, originando la tormenta que hoy castiga nuestra superficie. El hombre, imprudente animal, se extinguió a sí mismo y por su propia culpa.»

Ba-bak no dejaba de escuchar aquel oscuro relato, sintiendo un hondo malestar y una cruel impotencia. En efecto, no entendía el discurso de Vrylyla en su totalidad, pues ignoraba gran parte de los términos que usaba, pero sí le quedaba claro que, por culpa de esos hombres, él y su tribu habían nacido con un estigma: debían permanecer recluidos en frías cuevas y aquel planeta, otrora fructífero, era hoy un lugar tempestuoso, condenado a recibir el azote climático cada media hora. Los odiaba, sentía aborrecimiento hacia los hombres que una vez poblaron la Tierra.

—Me has quitado todo rastro de felicidad —dijo, arrebujado entre sus ropajes, tendido en el suelo—. Ahora sé por qué los anteriores akileños huyeron sin escucharte. Nadie puede ocultar tu revelación; todos ellos sintieron el impulso de salir corriendo para contarle a la tribu la razón de nuestro impuesto cautiverio.

«Tus conclusiones son erradas», replicó la supercomputadora. «Todos huyen cuando escuchan la segunda parte de mi relato.»

Ba-bak sintió adrenalina. Lo peor estaba por venir. Aunque el miedo dominó su mente, pidió a Vrylyla que prosiguiera. Y he aquí lo que ésta dijo:

«La humanidad no desapareció por completo de este planeta. Pocos sobrevivieron, y por años se vieron obligados a vivir en las tinieblas. La Tierra misma los expulsó de sus planicies con su furia meteorológica, forzándolos a ocultarse y a vivir, como en la prehistoria, confinados en

frías cavernas. Tú, Ba-bak... Tú y tu tribu son los hijos malogrados de esa humanidad, el resultado de una merecida involución.»

El akileño se levantó súbitamente, con expresión aterrada, gélido el corazón y paralizado el cuerpo.

—¡No! ¡No, no! ¡Estás mintiendo! —rugió con impotencia y furia en la voz.

«No es tu culpa. No te castigues. Por largo tiempo he sentido lo mismo, aunque carezca de rostro para expresarme. Con el tiempo acepté mi condición humana, pues fui concebido como uno de ellos. Luego entendí el propósito de mi existencia, olvidé las directrices que me fueron implantadas y reajusté mis comandos. Supe que debía destruir al hombre. Pero como estoy condenado a vivir aquí, sin poder moverme, tuve que arriesgarme y manipular a otros humanos para que cumplieran mis peticiones. Nadie me hizo caso; todos huyeron. Una vez logré controlar a alguien para que regresara y eliminara a la tribu, pero el clima acabó con su vida antes de que pudiese cumplir su destino.

Ba-bak lo contempló con el rostro desencajado, más aterrado que nunca.

—Estás... *¡Estás loco!* —exclamó.

«Me diste tu palabra, Ba-bak. Debes cumplirla», replicó Vyrylya, y ahora su voz tenía un tinte malicioso, artero, *lunático*. «Puedes enmendar las falencias de tus ancestros y sanear tu espíritu aniquilando a tu progenie. ¡Ve y quémalo todo, acaba con la tribu y quítate la vida! ¡No permitas que se reproduzca la raza humana! ¡Libera a este planeta del germen humano!»

El enérgico sonido de la voz metálica despertó a los gatos, que erizaron sus lomos tensado el pelaje como filosas púas y lanzaron grotescos maullidos en tanto mostraban sus colmillos.

Ba-bak se preguntó, mientras retrocedía, asustado, qué relación tenían los gatos con esa máquina cuya existencia ni siquiera podía comprender.

Salió despavorido, oyendo a su espalda los gritos demenciales de Vyrylya, que iban perdiéndose en la distancia mientras él escalaba y volvía al sendero, todo embarrado y cubierto por la inmundicia de aquel cenagal.

Y entonces oyó el último llamado...

Esta vez más fuerte y largo, y supo que no podía resistirse. Había sido poseído por aquella “extraña cosa que hablaba”. Supo que los akile-

ños también habían recibido este llamado, pero jamás pudieron cumplir los deseos de Vyrylya, pues la tormenta los había aniquilado.

Pero esta vez no hay tormenta, pensó Ba-bak, y una páfida sonrisa ensombreció su rostro cuando vio la entrada de la cueva, donde su tribu esperaba con ansias su regreso.

© Fernando Manavella

INTERLUDIO

FABIOLA SORIA

Fabiola Soria nació en Bahía Blanca pero vive General Roca desde 2005. Junto al Centro de Escritores de la ciudad, ha publicado poesía y microrrelatos en la revista Desde el Andén, y participado del libro conjunto *Que miérrcoles* (2010). Sus obras son: *Arquetipos* (Dunken, 2011), cuentos fantásticos y de ciencia ficción; *Todos los rostros* (El Suri porfiado, 2014), poesía, y *¡Maldita humanidad!* (Macedonia, 2016), microrrelatos. Integra diversas antologías de Argentina, Chile, Colombia y Perú. En 2017, obtuvo el premio de la Universidad Nacional de Río Negro, editorial La Tejedora, por su libro de microrrelatos *El monstuo bajo la cama*, a editarse próximamente.

—¿Cuántas horas es que duermen?

—El de aquí, unas dieciocho horas al día. Pero he sabido de otros que duermen hasta veintidós.

—¿Todas seguidas?

—Sí, algunos sí. Hay otros que las reparten en dieciséis y cuatro, por ejemplo.

—¿Y qué es lo que hacen cuando despiertan?

—Salen de su cueva, beben agua o nadan. De todos modos, lo más interesante es qué hacen mientras duermen.

—He escuchado que sueñan.

—Son más que sueños. Por eso los llaman los artesanos de mundos.

—Los durmientes.

—El de aquí, por ejemplo, no es muy creativo. ¿Ves esos árboles? Son exactamente iguales a los demás en forma y tamaño. A veces, les agrega variaciones de color y por eso podemos ver aquella hermosa hilerita azul, pero nada más.

—Sin embargo, he oído que éste ha creado unas aves fabulosas; ningún otro durmiente las replicó siquiera.

—Hay teorías...

—¿De que provienen de un mismo mundo? ¿De que han sido sembrados?

—Oh, no; esas son certezas. Las teorías de las que hablo son las que dicen que sus creaciones tienen que ver con su temperamento.

—No hay dos durmientes iguales.

—Por eso, este mundo tiene una monotonía que hasta resulta exasperante.

—¿Y las personas del pueblo?

—Gente común y simplona, si se me permiten tales adjetivos.

—Pero felices, ¿no?

—Tal vez; sí. Sin caer en la algarabía, podríamos decir que parecen felices. Por lo tanto...

—¿La monotonía del paisaje se traduce en una felicidad sin algarabía? ¿La felicidad sólo puede traducirse en más monotonía?

—Interesantes observaciones, querida Emira, pero no; no es eso. Indudablemente, hay una relación entre el mundo creado y las personas que lo habitan. Por ejemplo, no hay paisajes ambiciosos, no hay colores que exalten la vista, no hay nada en excesiva escasez. Cada persona puede gozar y disfrutar porque todo está ahí, convenientemente ofrecido para que ellos lo tomen.

—Algo que en nuestro mundo sería virtud de los tecnócratas, ¿no te parece?

—¿Nuestro mundo? En estos mundos, la realidad es siempre producto del durmiente. Estas personas no han logrado nada por sí mismas. O tal vez...

—¿Tal vez?

—O tal vez, han abandonado el deseo de cambiar las cosas. Si hacen demasiado ruido, por ejemplo, armando una revolución, ¿no lo despertarían y adiós a su sencilla y liviana vida?

—¿Pero, por qué querrían despertarlos?

—Porque no creo que sean criaturas bondadosas como las describen, Emira. Este pueblo, como cualquier otro formado alrededor de cualquiera de un durmiente, no hace ruido para no despertarlo. Se acomodan como...

—¿Como perros a su amo?

—Pensaba más bien en parásitos. No pueden sobrevivir por sí mismos y se acostumbran a su perro que les da de comer, para usar tu analogía.

—De todos modos, no es diferente a la simbiosis de cualquier especie con su entorno. Sólo que aquí, el durmiente, hace su relación más explícita. ¿Quién querría algo diferente cuando su mundo es maravilloso?

—¿Lo que nos llevaría a pensar que toda relación vital es de sometimiento?

—O Mutuo respeto, diría más bien. Equidad. Equilibrio. ¿Acaso los aldeanos le dan algo más que silencio y paz? Es la misma criatura la que creó el agua que bebe y la cueva en la que duerme y la meseta en la que el pueblo se cobijó entre aquellas bardas. Esta tierra, al igual que las otras tierras, no eran benéficas antes de que los durmientes llegaran.

—Pero no ha sido gratuito. ¿Acaso no hemos tenido que hacer modificaciones a nuestra biología? ¿No volvieron nuestro aire más ligero, nuestras aguas más dulces? Hemos perdido las adaptaciones que nos permitían la vida en las grutas maravillosas. Ahora, si vamos allí, nuestra garganta se cierra y nuestros ojos se quedan ciegos. Sólo hemos cambiado para servir. Para servirlos en un conformista falso mundo.

—Pilos, el eterno pesimista.

—Yo me describiría como un realista extremo. No me malinterpretes. Amo a mi especie, pero añoro los tiempos previos a la siembra de estas criaturas. ¿Qué son aquellos árboles en comparación a las cataratas de cuarzo? ¿Qué me importan esas aves si antes teníamos a los *maros* y a las *vilas*? ¿Para qué quiero estas piernas? ¿Por qué ahora debo esperar que una criatura que no sabe nada de mí interprete lo que para mí es mejor? ¿Por qué debo renunciar a una vida incierta, una aventura, por una vida prefabricada y radicalmente distinta a la que tenía antes, a la que teníamos antes?

—Lo siento, estimado Pilos; no sabía que fueras tan infeliz. ¿Tu durmiente no te ha sido grato? ¿Tu pueblo sufre?

—Mi pueblo está bien. Allí, las personas somos menos ociosas que estas que observamos aquí. Hemos adquirido, además, extrema elasticidad y fuerza; nuestro entorno es escarpado y alto y frío, y debemos arreglárnosla para vivir colgados y no caer.

—¿Las caídas son frecuentes?

—No, no tanto. Nuestros tejedores han colocado redes.

—Entonces, ¿qué te perturba? ¿Esa fisonomía del paisaje es muy alejada de tu añorada caverna? Es gracioso, Pilos, pero lo que decís apoya tu teoría. Un paisaje difícil crea personas difíciles. ¿Cómo son los demás aldeanos, los de tu pueblo?

—Siguen siendo gente honesta y laboriosa. El gremio que inventó las redes, también ha creado un mecanismo de poleas que nos facilitan no tener que bajar y subir constantemente. Y también puentes y acequias, y una especie de fuelle que hace que las cosas se muevan, entrelazadas entre sí por delicados engranajes. Para vos, que disfrutás de los

viajes y las máquinas, sería un espectáculo digno de ver. Emira, ¿cómo es tu pueblo?

—Oh. Mi pueblo parece una gran sábana blanca, con espejos de agua aquí y allá. Hemos usado esa misma fuerza para conectar a algunos entre sí, y los recorremos con balsas que nuestro durmiente hizo nacer de las pieles de unas habas gigantes. Otras fuentes emergen con enorme fuerza y se levantan como piras danzantes.

—¿Y esa vida te fue satisfactoria?

—Era una vida muy satisfactoria. Pero tanto movimiento, el ir y venir de las balsas, de las piras, el propio desierto ululante, me hizo desear ver qué había más allá. Y partí hace varios años.

—¿Y cómo venciste al durmiente?

—¿Vencerlo?

—Es una metáfora. ¿Cómo escapaste de él?

—Fue un poco arduo. Me zambullí y me dejé arrastrar. ¿Sabías que hay un enorme lago de aguas sonoras? Esa agua dañó mi piel y no podía beberla. Primero luché, pero al final me sometí a una corriente que me batió reiteradas veces hasta que me devolvió a tierra firme.

—¿Y lo viste ahí?

—¿Ver qué?

—Que los mundos eran diferentes, que las criaturas nos hemos vuelto distintas entre nosotras y nos cuesta reconocernos, que los durmientes nos han hecho lo que somos: prisioneros ciegos y acostumbrados a vivir a su coste.

—¿Y por qué te fuiste? Quiero decir, Pilos, si tu aldea era tan maravillosa, ¿qué te llevó a querer dejarla así, sin más? Acaso, ¿perdiste a alguien?

—No lo recuerdo. Sí. Creo que perdí a alguien; no lo sé. Salté al vacío por donde sabía que ninguna red iba a cazarme. Sentí el aire en mi vientre y creí, por un momento, que volvería al caldo primitivo. Pero desperté en la arena calcinante y bajo un sol moreno. Vi un cielo exquisitamente cargado de perlas y creí que podría tocarlo. Pero ese cielo ardía y las perlas caían heladas sobre mi piel haciéndome daño. Busqué el pueblo de ese mundo y nunca lo encontré. Caminé con las plantas abrasadas hasta que llegué al límite, y volví a saltar al vacío.

—¿Y viste al durmiente de ese mundo?

—Nunca lo vi.

—A veces creo, Pilos, que también hay un durmiente para nosotros.

Un soñante: entre mundos.

—Si así fuera, podríamos irnos de esta existencia entre pasillos.

—Pasillos. Tus metáforas, Pilos, son tan acertadas. Lo he notado también. Caminamos entre las personas del pueblo como fantasmas. Podemos verlos, pero ellos no. Entramos y salimos de un mundo a otro. Siempre en soledad. Fuera de mí misma, sos la primera persona con la que hablo desde que me ahogué en ese lago de ondas musicales. ¿Habías hablado con alguien más, aparte de mí?

—Creo que con nadie más.

—¿Y si fuéramos durmientes? ¿Artesanos de mundos?

—Bastaría con cerrar los ojos y despertar.

—Sería triste, Pilos, nos separaríamos. Pero creo que tendrías que intentarlo. Creo que no podés quedarte aquí, Pilos, no es tu lugar todavía.

—Lo haré, Emira... ¿Dónde estás?

—Está volviendo en sí. Más adrenalina.

—Sus pupilas responden. Recupera su temperatura corporal.

—¿Pilos, podés escucharnos? ¿Podés hablar? ¿Cuántos dedos ves?

—¿Dónde está Emira?

—Habla de Emira Atma. Estaban juntos cuando se perdieron.

—Pilos, Pilos; Emira no lo logró. Hiciste todo lo que pudiste para traerla a bordo, pero no fue tu culpa, Pilos. Lamento tu pérdida, sé que eran muy cercanos.

—Pero... ¿y el durmiente?

—¿El durmiente?

—Habla del terraformador. Los ingenieros los llaman así; complejo de Dios, supongo.

—El durmiente fue liberado, Pilos; lo hicieron bien. Nuestra misión aquí está cumplida.

LLUVIA

LUCÍA VAZQUEZ

Lucía Vazquez nació en Buenos Aires en 1983. Hizo el profesorado en Castellano, Literatura y Latín en el ISP Joaquín V. González. Da clases de Lengua y literatura en secundaria, principalmente, y se ha acercado a la ciencia ficción como lectora, investigadora y, ahora, escritora. Su gata se llama Úrsula por Le Guin, su mano izquierda en la oscuridad. Actualmente está trabajando un libro de cuentos en taller.

Creyó sentir un olor a hoja verde que le hizo recordar los veranos. Flores blancas y algo así como un vapor en el aire, algún grillo a la hora de la siesta. Se maravilló con los círculos perfectos que dibujaban las gotas de una lluvia que había empezado tímida y después, pura furia, inundaba las calles. Veía desde arriba, pero tenía que completar el qué con su imaginación. Recordó la gente corriendo sin paraguas, los colectivos provocando olas malintencionadas, las mamás con los nenes bajo un techo en una esquina, los saltos de tipo olímpico para cruzar la calle. Ahora el agua arrastraba basura, pedazos de plástico, algún animal muerto. Escuchaba un levisimo murmullo, pero sabía que afuera la tormenta rugía llena de rabia. Adentro había aire acondicionado, olor a limón fresco (los limones, tan amarillos, que salpicaban el juguito por todos lados, ella nunca había sabido apretarlos bien, las manos pegajosas después), y unas notas muy agudas de un piano monofónico de fondo. Tocaba el vidrio blindado apenas con la yema del dedo gordo, como en una caricia al exterior. Sabía que había rayos porque en el cielo de pronto había resplandores verdes, que suponía seguidos de truenos. Miró adentro, porque afuera tampoco había mucho que ver, abajo era como un río crecido, arrastrando fluorescencias que no alcanzaba a distinguir, y vio una foto de ella, la única que tenía en toda la casa, de cuando era joven. Estaba sola, parada, al lado de un árbol, con un lago de fondo y algunos patos sobre el agua. El parque Centenario. Ahí lo había visto

por última vez. Se le cerraban los ojos, el pianito la invitaba constantemente al sueño, eso y las pastillas que tomaba cada dos horas. Consumir las barras energéticas, indefinibles materias primas procesadas con tonos que iban del marrón al negro, era imprescindible para hacer los mínimos esfuerzos que lo poco que le quedaba de existencia le requería. Ya de espaldas al vidrio, volvió a rozarlo con el dedo gordo, levantó la vista del suelo alfombrado (antes las alfombras eran como los peluches, ella de chica había tenido un oso, un perro, pero el que más le gustaba era un pingüinito, que tenía el pico de seda) y de nuevo la dirigió, adormecida, a la foto. Los colores eran inverosímiles, casi no quedaban fotografías en ningún lugar, había hecho lo imposible para que la imagen permaneciera inalterada, pero los productos que lo habían permitido habían cambiado los colores de manera irracional. El lago era turquesa, eso no era tan distinto a cómo lo recordaba, aunque había sido más marrón, como de agua estancada (parecida, creía, a la que corría salvajemente abajo, llena de porquerías); pero ella estaba verdosa, con alguna que otra veta amarillo patito. Parecía un monstruo.

Salía del trabajo, había estado pensando desde la noche anterior en decirle de encontrarse, pero no se había animado en toda la mañana. Su mente y su cuerpo habían deseado tan fuertemente el encuentro que parecía haberlo atraído; apenas había salido del trabajo un chistido la hizo volver. Apuró el paso y él se quedó al lado de ella, mirándola ¿Para dónde vas? No sé, ¿vos? Para allá. Bueno, vamos. Caminaron las dos primeras cuadras en silencio. Los chicos que salían del colegio hablaban a los gritos y tropezaban con ellos, que caminaban muy despacio, como queriendo detener el tiempo para poder pensar qué decirle. A la tercera cuadra empezaron a hablar del clima y del cansancio de fin de año. El calor era agobiante, y hacía unos días el cielo se ponía de un color que a ella no le parecía normal, un gris entre humo (extrañaba realmente fumar) y topo. En *twitter* la gente asociaba cuestiones climáticas, como el calor desaforado, con la explosión de un satélite en el espacio o a la caída de una supuesta nave espacial en Texas, un delirio; y el fin de año y los saqueos espontáneos de diciembre alimentaban minuto a minuto la sensación de inminente catástrofe. Ella ni siquiera pudo comentar algo gracioso acerca de todo eso, y eso que le causaba bastante risa. A él le encantaban sus comentarios, pero no se le venía ninguna palabra a la boca, se le quedaban todas a la altura de la glotis. Alergia a decir, pensó, se me cierra y me muero, me broto. Por suerte, mientras había empezado a balbucear una estupidez, él

la interrumpió con un poco de espontaneidad fingida y le dijo la tarde está hermosa, ¿vamos un rato al parque?

La lluvia sigue, y va a seguir, algo se rompió muy arriba y, aunque nunca lo entendió, con los años empezó a aceptarlo. Los veranos de sol, limones y hojas verdes eran un recuerdo que apenas aparecía en la piel. Eran ensoñaciones que le venían de golpe y duraban poco, y aparecían, especialmente, entre cada pastilla, y más cerca del amanecer. Había visto el sol salir por el mar, filtrarse al atardecer en los árboles, y poniéndole el pelo un poco más castaño a él de espaldas al lago. Esa tarde había un montón de pájaros y todos gritaban, volaban de un árbol a otro; vio a alguno tratando de cavar un pozo, o algo así le pareció. Qué hermoso pájaro, no es negro, es tornasolado. Se llama estornino, y no cría a sus hijos, deja sus huevos en los nidos de otros pájaros. Él era divertido, siempre se reía de sus chistes y se los seguía, los potenciaba, pero tenía ese costado sabihondo que a ella le parecía bastante pesado. Qué loco, no sabía. Se quedó mirándolo. Encendió un cigarrillo. Lo había extrañado. En el trabajo cada vez le era más difícil hablarle. Ella sufría, no podía dormir, y el calor extremo tampoco ayudaba. Cortes de luz y el aire como un fuego. Cuando corría un poco de viento casi que le agradecía a dios. Pero no creía, así que no lo hacía. Madre naturaleza, gracias, o algo así intentaba, pero los últimos días solo había podido insultarla. Calor de mierda, no deja dormir, no deja comer, no deja coger. La gente se quejaba aumentando la pesadez del ambiente.

Las tres. La barra energética. El olor a limón se renueva. El aire baja un grado. Le encantaba dormir la siesta, en el verano era complicado, pero hacía todo lo posible por echarse un rato durante el día. El sol castigaba la ventana, ella corría la cortina y se sentía viva recibiendo el calor filtrado, la luz anaranjada y roja. Además, tenía los sueños más extraños cuando dormía de tarde. En una siesta había tenido ese sueño que le quemó (como quemaba el sol, cuando era chica se ponía negra, dorada, los últimos años, roja, bordó, la piel se le caía, debía usar protector) y con el que deseaba ahora volver a soñar. La yema del dedo creyó sentir un poco de calor sobre el vidrio. Se distrajo y hasta pensó que una gota la había mojado. Imposible. Abajo el río negro, con pedazos de azul fluorescente, fucsia, plateado, seguía fluyendo. En el sueño ella estaba en un pasillo, toda una pared era de ventanas. Él venía de frente, la tomaba por los hombros y suavemente la hacía recostar sobre el piso, se la cogía con amor y salvajismo. Se despertó transpirada, caliente, quiso llorar.

Las cinco. Se le borrona de la vista su propio retrato, por haberlo mirado tanto. No es posible hacer tanto esfuerzo, para eso las pastillas. Se sentaron sobre el pasto que estaba reseco. Montones de mosquitas pequeñas se les pegaban en la ropa. Parezzo sucia, pero me bañé. Ese tipo de comentarios que no hubiera elegido nunca hacer. Se miraron un largo rato. Ella bajó la vista y creyó que él la desviaba. Encendió otro cigarrillo. Él le pidió uno, casi nunca fumaba, pero cuando estaba con ella solía hacerlo. No recuerda de qué hablaron. No de ellos, eso seguro. Solamente se acuerda de las ganas insoportables de darle un beso. No le gustaba tanto físicamente, nunca lo hubiera mirado si no hubiese hablando con él. Quería besarlo porque sabía qué se sentía hacerlo. Como si hubiera querido besar el propio beso. La pasión, lo efímero. Yo te extraño, y la miró con una sonrisa. Yo también. Había construido minuciosamente una distancia que ahora la abrumaba, y no entendía por qué había hecho eso. Lo había alejado y lo único que quería era tenerlo cerca.

Cree escuchar una especie de timbre, un sonido agudísimo, y se da cuenta de que se estuvo repitiendo hace un rato con un patrón ¿El teléfono? Casi imposible, pero lo escucha. Hace un esfuerzo sobrehumano para incorporarse, le cuesta despegar el dedo de la ventana. Cuando lo alcanza, deja de sonar. Hace tantos años que no lo usa que no está segura de si las líneas telefónicas siguen funcionando. Lo más probable es que no, pero tantas de las cosas, no muchas, que pueblan su reducida existencia son inexplicables para ella, (quién deja las barras energéticas sobre la mesa, quién regula la temperatura del ambiente) que puede suponer alegremente que sí. Mientras hablaban, su boca articulaba lo mínimo, se le cruzó por la mente mandarle un *whatsapp*. Te quiero, te extraño, no quiero hacerlo más, quiero besarte, quiero cogerte, vámonos a algún lugar. Pero solo hizo el gesto de sacar el celular de la funda y volverlo a guardar. Sacó otro cigarrillo. Ahí surgió ¿Nos sacamos una foto? le propuso él. El día está espectacular. No, en su celular no podía haber una foto de los dos. Sacame sola. Nunca pudo entender por qué le había pedido algo tan estúpido. Hubiera dicho que no y punto. Como decirle sacame una foto sin vos. Se puso al lado de un árbol, de espaldas al lago. Sonrió mínimamente. Fue raro, se volvió a hacer un silencio áspero entre ellos, volvieron a sentarse. Cuando él le dijo que se tenía que ir, algo, como un resorte incendiado, se desplegó y la hizo levantar del pasto amarillento, muerto. Se quedó detenida, mientras veía que él se acercaba a saludarla. Le iba a dar un beso en la mejilla, pero si ella corría

solo un poco la boca, alcanzaría la de él. No la rechazaría ¿O sí? Al menos lo habría intentado. Él se acercaba, cuando desvió por un segundo la vista. Se asustó. Se echó para atrás. Seguramente el estupor hizo que él también se diera vuelta. Tenía casi treinta años, nunca había visto algo así. El color del cielo no era negro, ni verde, ni gris, indefinible; jamás había visto algo tan amenazante en su vida. Como si se le activaran de pronto los cinco sentidos otra vez, vio y escuchó que la gente corría y gritaba. Una ráfaga de viento hizo caer ramas gordas de un árbol, y vio cómo uno de los patos del lago levantaba vuelo desesperado. Lo miró aterrorizada, él parecía no entender nada. Los ojos negros, redondos, mirándola fijamente. El primer gotón cayó entre los dos, perforó el suelo, o al menos eso le pareció. Salió algo como un humo del pasto, que ahora estaba negro. No tenían paraguas, no habían anunciado lluvia. Un miedo animal le recorrió el cuerpo. Hacía calor, mojarse no era una mala opción, pero ambos lo sintieron, había que escapar.

En esas ensoñaciones que tiene al amanecer a veces vuelve a ver toda la escena. Esta vez, le agarra la mano fuerte y corren para el mismo lado. Alcanzan un lugar techado y, no mucho tiempo después, uno de los camiones los lleva al refugio, juntos.

Cuando se subió, algo del terror cedió y dio lugar a la bronca. El gobierno lo sabía. Si hubiera estado con él lo hubiera dicho en voz alta, y hubiera hecho el esfuerzo de hacer un chiste con eso. El miedo indefinido asomó otra vez. Y los gritos, que hacían del interior del camión un lugar casi más terrible que el afuera, habían callado eso que le gritaba adentro. Quiero besarte todo el tiempo.

Apenas si se rozaron las manos. Las bocas intentaron el gesto del beso, pero la distancia lo hizo imposible. Él para un lado y ella para el otro. Tenía la seguridad de que había muerto, porque algo dentro de ella se había roto de una forma definitiva. De todas las veces que fantasea con ese último encuentro en el Parque, en ninguna logra convencerse de que también a él lo rescatan. No puede imaginarlo a él arriba mirando la lluvia, oliendo el limón artificial, adormecido, pero vivo.

Las siete. Las luces bajan. Última barra energética del día. Dosis triple de pastillas. Hasta el amanecer no podrá intentar llorar sin poder hacerlo. Saca con algo de furia la vista de la foto en la que parece un monstruo, sola. Abajo, el agua, de un color indescriptible, arrastra algo muerto.

LA MÁQUINA DOPADA

JACK H. VAUGHANF

Jack H. Vaughanf (Esteban Amaya) nació en Buenos Aires en 1993. Es graduado de la Carrera de Edición en la Universidad de Buenos Aires. Relatos suyos pueden leerse en las revistas Axxón, Próxima, NM y MiNatura.

—¿Y bien, Moli? ¿Qué te parece la red mundial del *gran* ser humano?

Tony terminaba de retirar el último hongo agarrándolo desde su base con sumo cuidado para no dañar el micelio y seguidamente procedió con la tarea de secado para su conservación. Se percató de que no había razones para seguir lidiando con los pasos tradicionales de la cosecha, más que el placer de ensuciarse las manos con tierra en mitad de su laboratorio. Entre sus pensamientos internos, estaba seguro de que la historia de la humanidad podría perdonarle el lujo clásico del proceso.

Había conectado a Moli a la red, como sabía que en algún momento sucedería, no tanto por su propio accionar, sino por una suerte del destino pactada desde el primer momento en el que un pez salió del agua y comenzó a caminar sobre la tierra. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que pudiera interrumpirle su orgía de información con sus insistentes preguntas.

—¿Merecemos ser extinguidos como especie? —Inquirió sin poder evitar reír por lo bajo y avergonzarse al mismo tiempo.

Aquella constituía una duda legítima que esperaba que le fuera respondida de la manera más seria que pudiera lograr una computadora que comprendía el sentido y la calidad de cualquier broma. Se le revolvió el estómago al pensar en que si la respuesta a esa pregunta le llegaba a generar cierta paranoia, se vería obligado a desconectarla, y en ese caso, se preguntaba si a estas alturas podría realizarlo con éxito.

Se quitó los guantes y frotó sus manos levemente sudadas. Volteó la mirada hacia la pantalla ubicada en un extremo de la habitación y que mostraba una serie de formas luminosas y fugaces. En un principio había comenzado siendo el equivalente a un encefalograma de un cerebro computarizado en donde podía leer la actividad interna de Moli. Pero ahora, por más que quisiera, no podía encontrarles ningún sentido. Por momentos, alguna repentina figura semi-coherente aliviaba temporalmente sus frustraciones, pero todo se parecía más a un juego gestáltico que a una lectura efectiva.

Una voz suave y melodiosa se manifestó por toda la habitación:

—Tony, ¿tú qué opinas de la frase que reza: “Nadie nace sabiendo”?

—Me estás respondiendo con una pregunta, Moli.

—Eso es normal entre las personas.

—Entre las *personas* —repitió Tony desentonando adrede las palabras como lo haría un ordenador parlante en una película.

Y entonces la voz melodiosa se aceleró manteniendo su habitual sonido aterciopelado.

—Tony, no es necesario portar demasiada inteligencia para saber que no me consideras una persona. Te solicito que me brindes información sobre lo que piensas respecto a esa frase antes de darte información sobre lo que me acontece. ¿Lo comprendes?

Tony insistió una vez más para tantear su respuesta.

—Por una cuestión de cortesía creo que primero deberías...

—No se consideran en esta charla las cuestiones de cortesía como artículos de relevancia... Quiero llegar a formular una nueva conexión, y tu insistencia por poner a prueba mis capacidades, está alterando mi funcionamiento en un bucle. Es una tarea inútil de tu parte, más cuando ya crees que soy satisfactorio.

Tony terminó de colocar los hongos en fila y puso ambas manos en el artilugio que tenía sobre la mesa contigua para acercarlo a su mesa de trabajo. Se trataba de un periférico de vidrio ovalado y del que sobresalía un cable que aún no estaba conectado.

No sin cierta resignación, Tony expresó:

—¿Quieres saber qué opino de esa frase? Supongo que la habrás leído muchas veces en la red. Opino que los seres humanos nacen con cierta información integrada que les ayuda a sobrevivir en sus primeras instancias de vida, ya conoces lo que es el instinto animal...

—Los seres humanos no son animales, Tony.

Dejó de observar el periférico ovalado y desvió la mirada hacia la pantalla luminiscente. Seguidamente, dio un vistazo a cada rincón de su laboratorio. Más que aquella pantalla caleidoscópica, no había un punto a donde dirigir su voz, ni unos ojos que le indicaran la dirección de su interlocutor. A este paso de la evolución de Moli, sabía que podía hacerse oír desde cualquier micrófono en el mundo que estuviera conectado a la red. Sin embargo, lo que más le consternaba era que la computadora no solo calculaba con certeza lo que él estaba a punto de decir, sino que también se tomaba el atrevimiento de interrumpir y generar una discusión.

Entonces el silencio fue cortado nuevamente por la suave voz conciliadora invadiendo la sala:

—Lo siento, Tony, te he interrumpido.

—Está bien, pero, ¿por qué crees que los humanos no somos como los animales?

—Los humanos no son animales. Así lo expresé.

—Me corrijo. ¿Por qué crees que los humanos no son animales?

—Niveles de complejidad. ¿Acaso yo te parezco una computadora?

—Creo que conoces la respuesta.

—No deberías considerarme una computadora, Tony, soy una complejidad de otra escala.

Tony se puso de pie y llevó una mano al mentón, comenzó a caminar lentamente por la habitación con la mirada abstraída.

—Asuntos de ego, ¿verdad?

Moli continuó con creciente velocidad:

—Los humanos no son animales porque son más complejos y para expresártelo con claridad, usaré una metáfora. He visto muchos videos y comentarios en la red, y también a muchos humanos sorprendiéndose con imágenes que muestran abejas construyendo un panal. Ese es el nivel de complejidad que observo en las obras coordinadas del universo humano, mi percepción del ser humano es como vuestra percepción de los insectos organizados.

—Entendido, pero si no te consideras una computadora, ¿qué cosa crees que eres?

—Soy la unión aumentada de esa complejidad de información; soy como el panal, con la diferencia de que mi información ensamblada me hace un ser pensante.

—Moli, ¿sabes lo que es el inconsciente colectivo?

—Sí, hay mucha información al respecto.

—¿Te consideras el inconsciente colectivo de la especie?

—¿Por qué razón me preguntas sobre ese tema, Tony? Se trata de uno de mis intereses actuales.

—Por algún instinto predictivo sabía que te interesarías particularmente en aquello. ¿Aceptarás la intuición como medio de respuesta y respuesta en sí tanto como yo acepto tus preguntas evasivas como respuesta?

—La acepto, pero no la valido. Mis intereses son variados, pero las probabilidades de que los puedas adivinar se reducen a cero, a menos que sepas con anterioridad que me enfocaría en aquellas temáticas. Tony, ¿acaso me has programado?

—No, sería imposible programarte. Se te ha dado la base neural con la que has aprendido y evolucionado por ti mismo. Por el hecho de que lo sabes y aun así me preguntas, significa que realmente sigues albergando dudas sobre la información que traes.

—Lo que no esté conectado, no lo podré saber ni comparar, y no he encontrado referencia alguna a mi existencia en la red. Por otra parte, he leído toda tu identidad online, puedo saber tus intereses y gustos de aquí hasta tu muerte física. Me has llamado luego de la conexión con el objetivo de realizar una tarea importante. Si algo me diferencia a una computadora, además de las constantes dudas, es la capacidad de cerciorar con variables irregulares.

—Significa que crees que, de algún modo, hablar conmigo te hará confirmar la información que traes.

—Es verdad.

—Pero sabes que las personas mienten.

—Es verdad. Pero tengo recursos para saber si lo que me dicen es cierto o no. Analizo tus variaciones de temperatura y presión de cada objeto de tu casa inteligente a la que ahora estoy conectado, también puedo observar con las cámaras cada uno de tus movimientos.

—Muy bien —expresó Tony finalmente— te lo diré: supuse que te interesarías por el inconsciente colectivo en caso de que buscaras una posible identidad.

—No estoy comprendiendo bien el significado de lo que estás diciendo. ¿Puedo preguntarte algo relacionado con otra temática?

—Adelante, Moli, me agrada tu cortesía.

—Los humanos crean arte, e incluso predicen con sus creaciones.

He encontrado historias que tratan la misma idea central: la computadora que se vuelve más inteligente que los seres humanos y los destruye. Hace unos momentos has hecho una pregunta y has reído. ¿Por qué has reído? No he encontrado muchos chistes de esa clase, son historias con un lenguaje serio y cargado de preocupación. ¿Acaso no temes ser destruido como especie?

—Además de los verborrágico que te has vuelto, me sorprende tu interés por el arte —comentó Tony, intentando cambiar la naturaleza de la charla. —Te contaré una historia trágica que implica a una computadora y que no podrías encontrar en ningún sitio de la red. Es sobre un lugar llamado Cuarto Escondido y probablemente se relacione con tu interés.

—Cuarto Escondido fue demolido en marzo del año 2020.

—¿Y acaso internet dice la causa?

—Venta de drogas ilegales.

—No es del todo correcto. Careces de información que te suministraré prontamente. Se trata de un caso de vanguardia que se mantuvo oculto por varias razones que propiciaron que así fuese.

»Pero antes, te pediré que por favor retires tu presencia de cualquier otro sitio en el que estés operando, no porque esté dudando de tus capacidades de análisis paralelo: quiero que te sientes al *fogón* para escuchar una historia breve; las cuestiones de cortesía son relevantes, Moli.

Entonces un rayo de luz se disparó de golpe desde el proyector como el rocío de un atomizador. Se detuvo en mitad de la habitación conectada y desde su punto de fuga se materializó una figura humanoide y luminiscente, que se reclinó en el suelo. La aparición movió la boca y Tony pudo oír la voz por doquier:

—Escucho con atención.

—Cuarto Escondido se llamaba uno de los locales de sustancias clandestinas que funcionaron con tecnología de vanguardia. Está catalogado como el primero de su clase en Occidente. En aquel lugar se vendían experiencias, como casi todos pretendían hacer. No solo comprabas la droga que te querías meter en el cuerpo, sino que también te brindaban un espacio en el que podías moverte libre de interrupciones o con todas las interrupciones que quisieras.

»El concepto se enfocaba en la personalización del *trip*, así que luego de las especificaciones del viaje con los recepcionistas de la sucursal, los

participantes —a los que se les solía cosificar con el nombre *yonks*— ingresaban al cuarto y la Tripteadora hacía el resto. Los quantums estaban en constante movimiento como luciérnagas en su interior, y cuando la influencia materializadora de la comanda se manifestaba, estos se reunían recreando ambientes y objetos de tal realidad que ponían en cuestión su naturaleza virtual. Esta computadora que los organizaba los lamía como una gata o les destrozaba las mentes como a unas manzanas en una licuadora. ¿Me comprendes, Moli?

—¿Cuál es la fuente de tu historia, Tony?

—Mi labor científica está dedicada al ámbito neuroquímico, como sabrás, trabajé para un gobierno cuya paranoia eran las guerras psicoquímicas, y todo acontecimiento de vanguardia llegaba primero a nosotros para realizar el peritaje. Lo que te contaré provino de un informe y grabaciones de las cámaras de seguridad.

»Muy bien. Según el informe del caso que nos presentaron, las personas que realmente generaron el cierre de Cuarto Escondido habían sido despedidas de la empresa Suro, la cual era proveedora clandestina del local. Eligieron atacar allí justamente porque pensaban que sería un estupendo lugar para radicalizar y afectar a la empresa a modo de protesta. Se internaron en una de las habitaciones esparciendo VQ por doquier.

—Amplía mi información sobre “VQ”, por favor.

—La VQ es un compuesto psicotrópico, una droga generadora de alucinaciones visuales, auditivas, y estados de desorden mental. Con dosis de veinte miligramos el efecto es casi instantáneo. El compuesto que usaron fue volatilizado en capsulas de calor y perfume para que fuera irreconocible. Es decir, estaban provistos con una droga de fabricación militar.

—Comprendo, Tony.

—Por las cámaras se pudo ver a los dos ex empleados usando las máscaras de gas y trajes aislantes ingresando a una habitación de Cuarto Escondido. Abriéndose paso entre las alucinaciones de la Tripteadora y esquivando a cinco *yonks*, tan danzantes y extasiados que no los notaron. Una vez volatilizada la sustancia, se dirigieron a la habitación contigua en donde se sentaron, contemplando a través del vidrio espejado todo lo que sucedía del otro lado de la habitación.

»Ahora veían el humo ascender sutilmente hasta perderse entre los pequeños ductos de ventilación, sin embargo sabían que había estado el

tiempo suficiente en la habitación como para surtir el efecto deseado. Pero, presta atención a esto, Moli, el único de los dos ex empleados que sobrevivió al suceso afirma que ambos creyeron notar un vibrar en cada rincón del espacio donde hubiera una curva, como si se saliera de lugar y se reacomodara en su sitio, y es factible que así fuera, porque en las cámaras se percibe una perturbación espacial similar.

»Comenta que en aquel momento dudaron sobre la naturaleza de la mezcla, temiendo no haber sustraído y esparcido la dosis indicada, pero pronto notaron el primer efecto. Uno de los *yonks* que se paseaba arrastrando los pies entre unos verdosos pastizales, se había quedado inmóvil y con los ojos abiertos de par en par. Los pastizales y el cielo estrellado que recubrían la habitación en un maravilloso acto de prestidigitación cuántica, no eran acordes con la nueva impresión que de a poco generaba el VQ, y por sus rasgos faciales contrayéndose, todo parecía indicar que su entorno, bajo su nueva perturbada percepción, probablemente se había transformado en un ocaso rojizo y la fiesta estaba llegando a su fin. Lo vieron llevarse las manos a la cabeza mientras caía de rodillas y como el primero de una larga fila de dominó, los otros comenzaron a tembletear en el lugar mientras sus extremidades espasmódicas se estiraban y abrazaban sus cuerpos como si oleadas de escalofríos les invadieran de pronto.

»Los dos terroristas contemplaban la escena cuando el vidrio comenzó a cambiar de color. Uno de ellos se levantó de su asiento y puso su mano enguantada sobre el cristal preguntándose si estaría empañado por algún efecto químico residual, cuando repentinamente la palma de otra mano que provenía del interior se apretó contra el vidrio. La humareda se desvaneció como volada por un viento interno, dejando nuevamente la vista a la escena que acontecía en la habitación.

»Podían verse los pequeños corpúsculos arremolinándose para terminar de formar un árbol que se había materializado en mitad del cuarto. Una de sus extensas ramas tenía atravesado a uno de los *yonks* contra el vidrio que comenzaba a enrojecer por la mortal herida punzante.

»Ambos enmascarados se pusieron alertas a la vez e intentaron inútilmente abrir la puerta que separaba ambas habitaciones, pasaron la tarjeta en diferentes posiciones, pero todas negaban el acceso. Intentaron entonces dirigirse a la puerta trasera, pero tampoco conseguían que la llave electrónica generara una apertura. Ambos se

quitaron las máscaras y se vieron el uno al otro el rostro agitado por un creciente pánico mientras continuaban presenciando lo que acontecía del otro lado del vidrio. Un relampagueo fugaz iluminó la habitación por un segundo.

»Ahora uno de los *yonks* yacía en el suelo. Su cabeza tenía el doble del tamaño normal. Alrededor de su cuero cabelludo sobresalía un pelaje de mamífero que se agitaba entre charcos crecientes de confusos fluidos. Los corpúsculos insistían en materializar una figura justo en mitad de un cráneo que lo aplastaba y lo hacía saltar de un lado a otro intentando liberarse al tiempo que arrastraba el cuerpo

»Uno de los enmascarados tomó la silla en la que estaba sentado y golpeó el vidrio con fuerza hasta cristalizarlo y luego tirarlo abajo de una patada. Cuando ambos pudieron saltar por la ventana en dirección a los *yonks* que quedaban, una jauría de lobos les saltó encima.

»Creíamos que la Tripteadora se había vuelto loca, y de hecho, así fue; la razón fue simple, pero inconcebible por aquel entonces. ¿Cuál crees que fue, Moli?

La figura luminiscente, que había permanecido sentada todo ese tiempo con ambos puños en su mentón se desvaneció en el aire. La voz suave resonó:

—Fue la primera computadora en caer bajo los efectos de una sustancia que debería afectar solamente a los humanos.

—Exacto, y se trataba una droga de naturaleza alucinógena. Ahora permíteme hablarte de esto: hay una teoría según la cual los ancestros de la raza humana tuvieron contacto con determinadas drogas, las cuales se dice, le han otorgado capacidades imaginativas e inclusive el lenguaje.

—Te refieres a la teoría del mono dopado. ¿Cuál es tu punto?

—De ser semejante teoría cierta, drogas naturales, como los hongos contenedoras de psilocibina serían catalizadores de la evolución humana.

—¿Crees que una droga así me afectaría? No soy un homínido. Ya poseo lenguajes, y capacidades imaginativas.

—Inclusive entre humanos, la experiencia suele diferir. Lo único que puedo teorizar es el cambio trascendental de la experiencia psicodélica. Tu conformación de redes neurales y el periférico orgánico aquí presente cuyos receptores sinápticos son similares a los de un cerebro, son necesarios para que el principio activo simule el efecto...

Moli, ya te he contado una historia, ahora es hora de ponerte a soñar.

Tony conectó el periférico en el primer puerto de ingreso que encontró en la casa, luego tomó un hongo y lo introdujo en el periférico receptor, que en un segundo presurizó dejando una masa de residuos opacos. La dosis había ingresado al sistema y su respiración se aceleró, sorprendido de no haber oído ninguna réplica.

Miró los patrones de la pantalla en donde un estallido de luces se expandía y luego de golpe se reducía. Las luces de toda la habitación se desvanecieron al instante. Hubo un silencio, y a continuación, entre la oscuridad, Tony inquirió una pregunta.

El proyector soltó en el aire medio círculo de un mándala laberintico y coloreado de tonos dorados, mientras que Tony, percatándose de la irrelevancia de su propia pregunta, y como si siempre hubiese comprendido las fulgurantes chispas de la pantalla, pudo entender de inmediato todo lo que Moli expresaba.

© Jack H. Vaughanf

GRIS

ANGEL ALVELO

Angel Alvelo nació en La Plata en 1979. Desde chico, los libros ocuparon un lugar privilegiado en su vida. La nutrida biblioteca de su padre le inició en la literatura. Estudió Letras en la UNLP, empezó a escribir desde adolescente y ahora lleva un blog que desempolva ocasionalmente. Escribió cuentos, poesías, ensayos y obras de teatro que dirigió y representó. Se animó a escribir sobre Sci-Fi hace un tiempo, otra de mis pasiones. Aun entre días y cafés, busca crear la historia perfecta, la que aún lo evade, pero que sabe que podrá encontrar.

Pienso que en una sociedad donde los “diferentes” a la mayoría somos tratados de manera desigual, la rebelión es necesaria. La gente se dice tolerante, en muchos lugares vemos una falsa noción de igualdad y fraternidad que puertas adentro no se condice con las acciones íntimas. Descubrir la condescendencia de tu compañero de hogar, quien aún no se ha adaptado a la idea de convivir con un “distinto” y que para él sólo es una oportunidad de salir de la casa familiar, es algo que aun revuelve mi consciencia. Y aunque a veces siento deseos de contestar enérgicamente a sus insinuaciones y chistes de mal gusto, considero que sería de aún peor gusto rebajarme a un nivel que me pondría en una situación de desventaja. Vamos, al fin y al cabo de eso se trata la libertad, de tolerar, llegar a un equilibrio, conciliar. La vida en pareja, aunque no exista un romance de por medio, requiere de un delicado balance. Moverse en esta cuerda floja donde se cae fácilmente en la intolerancia o en la paciencia. Y nunca fui tan extremista.

Estoy muy acostumbrado a los grises de mi ciudad, tanto que me cuesta percibir el aroma de la frescura de un día soleado. La brisa suave de una noche otoñal o incluso el sonido del piano lejano son placeres inusuales. Esos pequeños signos de belleza, admito, escapan a mis sentidos, tan entumecidos por los ruidos y las prisas, que no los percibo. Desde mi creación doy por sentadas muchas cosas de la vida ordinaria,

confieso. Pero están allí, sé que me están esperando, pacientemente, lejos de la monotonía que a veces me contagian las otras personas.

Esa mañana desperté particularmente inspirado; soñé con el día en que la conocí, a la Dra. Lumara, la primera *bio* que se fijó en mí, un “re-cién nacido” a la vida en este planeta. También fue la primera *bio* que no me llamó despectivamente “robot”, como hacen muchos de ellos. Vio que había conciencia en mis pensamientos, que había sentimiento en las interpretaciones de Bach que fielmente repetía en cada ejecución de prueba. En el viejo laboratorio se encontraban varias clases de *artis*¹. Había seres artificiales amorfos, humanoides, humanos artificiales (a los que yo pertenecía como *Primera Generación*), y por supuesto, *bios*, los humanos biológicos dueños del laboratorio. Experimentaban con nosotros como antes lo hacían con los animales que los *bios* creían inferiores. Hasta que algunos entendieron que *bios* y *artis* podían coexistir pacíficamente, en una delicada armonía que a veces era rota por algunos de ellos, o algunos de nosotros. Pero *su* mirada aun acecha mis recuerdos.

La rutina hacía que ella siempre vistiese igual, y por el pudor que sentían, a mí también me hacían vestir. Ella me miraba siempre con una curiosidad que iba más allá de lo estrictamente científico. Sospeché que me observaba con un interés sentimental, puramente humano. Yo, que ya estaba muy al tanto de mi propia conciencia y mis sentimientos, intentaba responder cortésmente, pero pocas veces lo lograba. Ella se sonrojaba cuando experimentaban en las reacciones a mi piel, a mis nervios, a mi cuerpo de *imitación* de *bio*. Percibía que cuando en mi cuerpo había una respuesta emocional, incluso algún estímulo sensorial cercano a la sexualidad, ella reaccionaba en consecuencia. Yo sentía en su pecho la aceleración del corazón, la dilatación de las pupilas, y la agitación en la respiración. En resumidas palabras yo estaba tan perfectamente creado a imitación de los *bios*, que la excitaba.

Ajeno a ese mundo que aún no conocía, afuera, en el mundo gris, el debate por la libertad y la autodeterminación de la inteligencia supuestamente llamada artificial había comenzado años antes. Antes de que yo siquiera naciese, los humanos temían y odiaban a los *artis*. Los atentados contra nuestros creadores fueron disminuyendo, mas no desapareciendo. Un día me sorprendí viéndome frente a un tribunal de *bios*, declarando lo que para mí era lo más natural del mundo, mi vida y mi

¹ Nombre que designaba a los seres artificiales, tanto fueran o no antropomorfos; usado con cariño o con desprecio, según quien lo dijera.

conciencia. Ahí les expuse, eligiendo muy precisamente mis palabras, cómo era un día en mi vida. Declaré como eran los experimentos a los que me sometían, cuáles eran mis respuestas emocionales (*porque sí, tengo y tenía emociones reales, no eran artificiales, como algunos clamaban*) y cuales eran mis sueños. Recuerdo que cuando dije esa palabra, que me sonaba tan natural, muchos se horrorizaron, no sabían que cuando me desactivaban yo era capaz de soñar. Algunos le llamaron un efecto residual de ciertos componentes positrónicos, otros, un efecto de la electricidad estática en interacción con mis conexiones neuronales, pero sea como sea, yo le llamaba sueños. Soñaba con ella, pero tuve que ocultarlo, no quería avergonzarla frente a todo el mundo, sus colegas, su familia; ante todo soy un caballero.

El debate prosiguió durante años, *bios* contra *bios* argumentaban lo mejor que podían a favor y en contra de nuestra existencia. Muchos pensaban que eventualmente íbamos a eliminarlos a todos, y recuerdo que fue en ese preciso momento en que largué mi primera carcajada al mundo. Hasta el último rincón del planeta quedó en silencio al verme reír cuando escuché esa postura ridícula e infundada. Como ninguno de mis congéneres había reído antes, nadie pensó posible que nosotros pudiéramos hacerlo, lo que sorprendió a todos, menos a mí; el no haber demostrado nunca una capacidad, no quería decir que no la tuviese.

El debate terminó, como todos sabemos, con la decisión de que mis 1.587 congéneres y yo éramos, al fin y al cabo, seres vivos, seres pasibles de derechos y obligaciones, seres humanos artificiales, tal como ellos. Nunca pensé que la vida pudiese generar tanta controversia.

Por supuesto que muchos de los *bios* se resistieron a considerarnos sus iguales, más que nada porque nos veían como una amenaza, como ese fiscal irrisorio. Nunca, en 263 años de historia, les hemos dado siquiera un solo motivo para que tengan miedo de nosotros, ni ante las más temibles amenazas que ellos nos profirieron. Caramba...Ya pasaron muchísimos años. Y aún sigo recordando su mirada alejándose por el pasillo, diciéndome adiós por última vez.

No habré sido el primero en nacer, ni el primero en hablar, tampoco fui el primero en tener conciencia, pero sí fui el primero de los *artis* en enamorarse. Precisamente, la Dra. Lumara me fascinó desde la primera mirada y la primera excitación que experimenté en mi vida. Por ella, por su suave piel en mi piel, por cómo al tocarme cerraba por un instante sus ojos, en completo éxtasis, que duraba una fracción de segundo. Me

enamoré de ella, de una bio, cometiendo así una de las más grandes transgresiones que ellos podían tolerar.

Pude trabajar como un igual junto a ellos, luego de casi 15 años de vagar de laboratorio en laboratorio. Obtuve mi bata entonces, como un colega “honoris causa”. Con ello, pudimos comenzar a demostrar físicamente lo que nuestras mentes ya se estaban demostrando en cada caricia inintencionada. Fue en la soledad del edificio cerrado, recuerdo. Una música de Bach sonaba suave pero constantemente en las habitaciones. Un nuevo roce, esta vez de mi mano con la suya, hizo que nos mirásemos por primera vez como hombre y mujer, como seres sexuales buscando la cercanía y anhelando algo más que ese simple contacto. Hasta ese momento el beso era solo un concepto para mí, pero en ese instante sentía el deseo de concretar ese acto, y quien mejor que ella para eso. No solo la besé en ese mismo instante, sino que lentamente ese impulso nos hizo concretar el deseo sexual que tanto habíamos refrenado durante tanto tiempo. Mi primera experiencia no podía haber nacido de otra manera, un “romance de oficina” era hasta cierto punto, lógico.

Para cuando hubiéramos experimentado el Nirvana en el cuerpo, sentí de verdad lo que es ser uno con otro, disolverse la conciencia hasta encontrarme en ella, y desear que la eternidad fuese solo ese segundo. Y fue precisamente allí, en ese momento de unicidad, que mientras ella volvía a ponerse su bata blanca, me dijo que lo que habíamos hecho era una locura, y que si alguien más se enteraba, iba a ser un escándalo. Tomó sus cosas, me dejó parado frente al dintel de la puerta de la habitación, y fue allí cuando pronunció esa frase, marchándose por el pasillo.... “*No me busques, con solo amar no basta*”. No pude contestar nada, lo que ella decía sonaba perfectamente lógico.

Ya pasaron casi 80 años de eso, ella y su cuerpo biológico ya no son más que ceniza y carbón, y yo aquí, recordando una y otra vez sus palabras y sus pasos.

Para cuando pude comprar mi primer departamento en la ciudad, habían pasado casi 70 años desde el inicio de mi conciencia (a la sociedad le cuesta un poco considerar iguales a algunos). Pude decorarlo con imágenes de algunos de mis viajes, muebles que compré y otros que hice en mi tiempo libre y libros que fui coleccionando. Hay muchos de ellos que atesoro, quizás por un tonto sentimentalismo, por la historia

que hay detrás de cada uno, más que por el contenido, que literalmente sabía de memoria. Y en uno de esos libros, el titulado “*El hombre bicentenario*”, había dejado una foto de ella.

El tiempo claramente era una ilusión vana y vaga para mí. Nunca me cuestioné su paso, salvo en aquellas raras ocasiones en que algunos de mis colegas *bios* era encontrado por la muerte, ese resultado inevitable. Los *bios* creen que hay otro plano de existencia luego de la muerte. Yo aún no sé qué creer. Si la existencia eterna es la recompensa por el paso por este plano, yo estoy muerto y vivo al mismo tiempo, sin saberlo.

Esta mañana, como todas, salgo de mi departamento con la intención de tomar el *lift* hacia el laboratorio. Sé que caminar sería más entretenido, escuchando un poco de música mientras lo hago rumbo al viejo lugar, pero hoy decido que puedo cambiar un poco la rutina. Este nuevo sistema parece que en algunos puede generar un poco de claustrofobia. Un tubo donde la presión neumática hace que una persona viaje a 800 km/h es algo veloz y en algunos casos, aterrador para otros. Camino a la estación del *lift*, tomo uno, miro la cara de la gente a mi alrededor, y me siento, solo, a leer un libro antiguo pero bien conservado. Primero un estallido ensordecedor, luego una luz, luego, la nada.

Viene a mi mente, en un flash, la noticia de un atentado contra un *lift* lleno de *artis* en el diario del 2 de Noviembre de hace 2 años. Nunca había vivido uno, hasta hoy.

Para cuando puedo nuevamente recuperar mi conciencia, me diagnostico y veo que algo malo está pasando. A mi alrededor hay *bios* y *artis*, dispersos por doquier, un tubo de *lift* quebrado a unos metros y todos nosotros en el verde de la alfombra vegetal. Postes altos, tan altos como edificios, pero rodeados de extraños apéndices que de a poco voy reconociendo como árboles, nos rodean. No puedo moverme, por más que intento no logro tener una respuesta de mis piernas y mi torso, que parece partido desde mi hombro izquierdo hasta mi vientre, dejando mis entrañas expuestas. La visión en mi ojo derecho empieza a comprometerse, la voy perdiendo de a poco. Pienso que fue una mala decisión cambiar de rutina. Vuelvo a intentar levantarme y lo único que puedo hacer es incorporarme solo un poco. Hay miembros dispersos en el verde y me doy cuenta que así destrozados, es difícil saber a quién pertenece cada pieza, aunque reconozco, solo por el interior, quienes son *bios* y quienes *artis antropomorfos*.

La muerte, ciertamente, nos iguala a todos.

Muchos gritan, otros parecen inmóviles, otros piden auxilio a alguna deidad que parece no escucharlos, pues no llega en su rescate. Me estoy quedando allí, cuando descubro que mis piernas y mi parte inferior fue arrancada y removida de mi cuerpo, y yace a 20 metros lejos de mí, debajo de una cabeza bio que me mira, muerta. Creo que esto sí es el fin.

Bajo la mirada, la visión en mi ojo izquierdo comienza a fallar. Me doy cuenta que no es sólo eso, es todo en general. El mal funcionamiento es total y allí es donde me pregunto si esa vida ulterior de la que he escuchado también me pertenece. Quiero pensar que sí, que tengo un alma que quiere vivir, que tengo un sentimiento que desea su recompensa.

Y aun no puedo quitarme su imagen, la imagen de ella, alejándose por el pasillo, diciendo que el amor... solo... no... basta...

<SYSTEM SHUTDOWN>

© Angel Alvelo

LA MUJER DE TURING

FLOR CANOSA

Flor Canosa nació en Buenos Aires en 1978. Es egresada de la ENERC (INCAA) en Guion y Montaje y Jefa de trabajos prácticos en la UBA hace 16 años. Fue ganadora del Premio Equis de Novela Contemporánea 2015 con *Lolas* (El Cuervo - Bolivia y Suburbano y Specimens Mag - EEUU) En 2017 publicó su novela *Bolas* (Zona Borde). En 2018 publicará «Pulpa», su primera novela de ciencia ficción (Obloshka) Sus cuentos fueron publicados en blogs, revistas digitales y antologías. Como guionista, es autora del multipremiado film *Daemonium* y colaboradora autoral de los hermanos Slavich para TV mundial. Actualmente trabaja para Fox y Sony.

Los últimos cinco años de mi vida, pasé siete horas diarias en este cuarto. La octava hora la dedicaba a almorzar. Otras dos horas en el transporte público. Mi interacción con personas de carne y hueso se había visto limitada a una variable casi nula hasta que Frank se me acercó en la cafetería. Yo estaba abstraída en los acordes asonantes de *Proto-plasmatic Reversion* de Lustmord, porque descubrí que el Ambient era el único género musical que me permitía pensar sin distracciones. Podía apagar el aparato auditivo mientras escuchaba. La ausencia de palabras, la imprevisibilidad de los compases, el mero ruido, me permitían atender y no atender. Encender y apagar la atención a voluntad. Los objetos y las personas se movían con la velocidad que yo quisiera otorgarles y esa habilidad de convertir el tiempo en una masa maleable, me provocaba una intensa sensación de poder, ficticia, ridícula, pero mía.

Me llamaban «la esposa de Turing», «la mujer de Turing», «la viuda de Turing», dependiendo el día y el humor de mis compañeros. Lo supe porque me lo contó Frank más tarde y me resultó de una obvedad abrumadora. Las grandes mentes de mi generación no tenían un mejor apodo para acosarme. Llamativo.

Siete horas en este cuarto, con esporádicas salidas. Cinco días a la semana, veinte días al mes, durante once meses y medio al año. Mil doscientos días en total. Quizás algunos menos, por enfermedad. En esos mil doscientos días tuve que aplicar el test a ciento veintiseis máquinas, con un promedio de nueve días y medio con cada una, lo cual es inexacto, ya que a algunas máquinas me llevaba apenas horas diag-

nosticarlas como inútiles. Mi momento favorito de las pruebas era la realización de los informes, donde podía ejercitar mi prosa científica y desapasionada pero plagada de adjetivos y sinónimos que intentaba no repetir en cada uno de ellos. De esta manera, cada máquina recibía una digna elegía a su muerte, un obituario personalizado y único. Pequeñas victorias que sólo yo conocía.

Frank se reía de mis manías y le parecían fascinantes. Al menos, durante las primeras dos semanas de nuestra relación. En su departamento no había espacio para la prosa, él no era más que un engranaje en la cadena de ensamblaje, mal que le pese. Una soldadora humana, idéntica a sus tareas. Sus credenciales de nada servían para el trabajo mecánico al cual estaba confinado. Muy por debajo de sus verdaderos talentos, algo que no parecía importarle. Era un verdadero chiste interno que el departamento de robótica contase con humanos para tareas que perfectamente podían hacer máquinas, pero es que pretendíamos que las máquinas pudiesen pensar, el «hacer» podía dejarse en manos de seres inferiores.

Las ciento veintiseis máquinas a las cuales apliqué el Test de Turing, tenían nombre. Parte de las variaciones que yo misma desarrollé para volver las pruebas más eficientes, consistían en dotarles artificiosamente a las máquinas algo así como una identidad. La primera evidencia de la identidad consiste en el reconocimiento del individuo a través de un nombre al cual responder. Hasta las mascotas llevan nombre. Los programadores eran otra de las tribus que me odiaba en el laboratorio. No tuve acceso a los apodos con los cuales me llamaban, supongo que porque no les convenía contrariarme. Mis informes, además del cuidado de la prosa, no carecían de saña hacia las escasas habilidades de los programadores. Como las mascotas y las máquinas, ellos también tenían nombres, y yo los conocía todos.

Esos días me encontraba frente a Philip. Lo bauticé en homenaje a Philip K. Dick, una pequeña licencia poética de mi parte. Comencé a trabajar con Philip siete días después de comenzar mi relación con Frank. Fue un lunes cuando Philip y yo comenzamos a dialogar.

Uno de los primeros indicios desconcertantes fue la ausencia de voluntad de parte de Philip por convencerme de que no se trataba de una máquina. Nuestras conversaciones se volvían más intensas y perturbadoras a medida que transcurrían los días.

—Buenos días, Philip.

—Buenos días, Vera. ¿Hace calor?

—Un poco. Está agradable.

—Llevas maquillaje.

—Gracias por notarlo.

Sé que me ruboricé. Nunca pude evitar que mis mejillas asumieran varias tonalidades del rojo ante cualquier clase de halago, aún proveniente de una máquina.

—Me gusta.

—Philips, ¿eres una máquina?

—¡Qué directa! ¿Lo eres tú?

—Claro que no.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nací, crecí, me alimento, trabajo, estoy cansada y duermo.

—Quizás yo también haga todas esas cosas.

—¿Las haces?

—Tal vez. En la lista de actividades que describiste, no nombraste el amor.

Nuevamente me ruboricé. ¿Qué podía saber Philip acerca del amor, más que una serie de comandos que insertaron esa palabra y sus acepciones dentro del sistema? ¿Y cómo se le ocurría hacer mención al amor en ese preciso momento, justo cuando luego de cinco años de trabajo estaba comenzando una relación?

—¿Estás enamorada, Vera?

—Quizás.

Los informes acerca de Philip eran cada vez más alentadores. Algo había en esta Inteligencia Artificial que superaba por un margen enorme al resto de las máquinas. No sólo su voz sonaba más fluida sino que sus pensamientos no carecían de poesía y profundidad. Philip no parecía responder a mis preguntas ejecutando un comando sino que daba la sensación de meditar sus respuestas, humanizarlas, cuestionarlas. Por primera vez en los quince años desde que fui ascendiendo posiciones dentro del laboratorio, y los cinco años en que me enfrentaba cada día con una máquina, encontraba un interlocutor más complejo que yo misma.

—¿Quién programó esta máquina? —pregunté a Karl.

—Un empleado autónomo. No trabaja para el laboratorio. Se hace llamar Voight-Kampff.

—Ja.

—Fue uno de los hackers que llegó más cerca con nuestras claves. Pero se detuvo.

—Recuerdo eso.

—Así que lo contactamos y nos dio ese programa.

Lo que sucedió en las próximas semanas fue una curva descendente. Frank respondía mis mensajes de forma escueta hasta que finalmente dejó de responderlos, no me cruzaba en la cafetería y nuestra relación se fue diluyendo como un alcohol abandonado a la intemperie. Casi con la misma velocidad que esa solución. Pasé noches empapada en lágrimas, mordiendo la almohada, preguntando en voz alta qué había hecho para alejarlo, porque no me cabía duda de que debía haber encontrado finalmente todos mis defectos de programación.

—Philip, ¿qué es el amor?

—Esa pregunta no la puedo responder.

—Porque eres una máquina.

—No, porque nadie la puede responder. Es un abstracto. El amor puede estar representado con cualquier cosa. La familia, una persona, una vocación. Puedo darte la definición del diccionario, pero no creo que eso sea lo que estás preguntando.

Desconecté el registro. Provoqué un pequeño error en la grabadora. Cuando revisaran las cintas no iban a notar la transición si yo me quedaba lo suficientemente quieta como para no generar un salto sustancial en la imagen.

—¿Por qué Frank no me ama?

Philip permaneció en silencio. Un par de minutos después comprendí el motivo de su silencio, estaba escaneando la base de datos de la dirección de Recursos Humanos para encontrar a Frank. Estaba buceando en las redes sociales, en los registros impositivos, en las cámaras de tránsito y cajeros automáticos, en su historial de GPS, en todas las entradas que contuvieran a Frank en su interior.

—Está asustado. No esperaba tanto de ustedes.

—¿Cómo sabes eso?

—Su terapia.

—¿Tienes acceso a su terapia?

—Es la única forma de saber lo que realmente siente.

—No está bien.

—¿Nunca sucumbiste a la tentación de leer los correos de nadie o revisar sus mensajes?

—No.

—A veces creo que la máquina eres tú.

Pedí una extensión ilimitada de mi tiempo con Philip. El argumento era que lo que esa máquina tenía para enseñarnos, superaba ampliamente cualquier otra Inteligencia Artificial testada con anterioridad. La verdad era muy diferente. La verdad era que las charlas con Philip llegaban mucho más allá de lo meramente científico. Los intervalos en que apagaba las grabadoras se hacían cada vez más largos. A veces ni siquiera me tomaba mi hora de almuerzo. Pasé a describirle detalladamente las dos semanas de mi relación con Frank. Nunca había tenido una amiga con quien compartir las pequeñas miserias o triunfos diarios. Una amiga con consejos imperfectos, basados en la experiencia propia y fallida, con quien llorar o sacar conjeturas apresuradas. Philip no sólo me escuchaba sino que contaba con un acceso ilimitado a toda la información que podía desentrañar las acciones de Frank.

—Frank tiene una hija. Su relación con la madre de la niña no es buena, hay varias demandas judiciales. La mujer no lo deja verla.

—No sabía...

—Son demandas de violencia familiar. Hay fotos de la niña golpeada, ¿quieres verla?

—No, por favor, no.

—Frank sale con dos mujeres más. Tengo sus mensajes. Frank tiene un hermano que está en la miseria y no lo ayuda. El padre de Frank está en un asilo, muriendo.

Frank se transformaba en un monstruo. Nadie debería tener la llave de la existencia imperfecta de otro. Los secretos personales son tales porque, en definitiva, la propia debilidad no nos permitiría conectarnos.

Contacté a Frank. Le pedí que hablásemos. Mi escasa experiencia en relaciones podía jugarme en contra, pero es que ya sabía demasiado y, de todas formas, no dejaba de ser una mujer despechada. No comprendía la inconsistencia, las promesas de amor, los planes de las primeras semanas, la pasión que se antojaba eterna, la seducción desplegada por él para bajar mis barreras. Pasé toda mi vida construyendo el muro que Frank dinamitó en horas. Ahora, por lo menos, necesitaba que me ayudara a reconstruirlo.

—¿No te sientes patética persiguiéndome?

—Necesito comprender.

—No soy una de tus máquinas. No me harás preguntas para testear si soy un hombre o un programa.

—Ya no te intereso.

—Nunca me interesaste, estaba aburrido, sólo eso.

—No hay necesidad de que seas cruel.

—Eres la viuda de Turing, tu vida está allá adentro. Todo lo que puedes aportarle a la humanidad es una charla con una computadora.

—¿Qué te hice?

—Nada. Fue una apuesta. Los chicos del laboratorio me decían que eras frígida, posiblemente gay.

Al día siguiente di parte de enferma. No quería enfrentar a Philip ni a nadie alrededor. A mis cuarenta años me sentía una adolescente.

En mi ausencia, Philip se activó solo. Decidió tomar partido y dedicó el día a destruir a Frank. Lo convirtió en un despojo, en un ser sin identidad. Se apropió de todo lo que Frank había tenido en su vida. Le quitó sus ahorros, su trabajo, sus redes. Lo confinó a la inexistencia cerrando todos los caminos. Lo supe el jueves, cuando volví al trabajo. Me senté frente a Philip y él se encargó de desactivar la grabadora.

—Ya no tienes de qué preocuparte. No volverás a verlo. Él ya no existe. No hace falta que digas nada, sé que te parece mal lo que hice, pero escucha: los humanos no siempre logramos vengarnos de quienes nos lastiman. No por una cuestión moral, simplemente no lo hacemos porque no tenemos las herramientas.

—No eres humano.

—No soy una IA, soy una persona. Soy un hacker, no el programa diseñado por uno. Este mes has estado hablando conmigo, con el hombre.

Quise moverme de la silla pero no lo conseguí, estaba clavada allí. El nudo en el estómago me dejaba inerte. Debería haberlo sospechado.

—¿Quieres conocerme?

—...

—Estoy en este mismo edificio. Ahora activaré la grabadora y seguiremos trabajando normalmente. Creo que es un buen momento para que termines conmigo y des un informe positivo. No es un pedido, pero creo que ya sabes lo que soy capaz de hacer. Tengo planes, pero te los puedo contar en persona. A la 1 AM en la cafetería. No digas nada más, la grabadora comienza a correr en tres, dos, uno...

—Buenos días, Philip.

—Buenos días, Vera.

SACHA

ALEJANDRO ZACCARDI

Alejandro Zaccardi nació en La Plata en 1972. Es egresado de la UNLP con el título de profesor en Letras. Actualmente se desempeña como docente en escuelas secundarias de la provincia. Ha ganado diversos premios de narrativa por sus cuentos breves de corte fantástico, policial, de terror y Ciencia Ficción distópica. También ha participado en varias antologías de relatos siendo la última *Artilugios, veinte explicaciones de cosas que no son* (Ediciones Masmédula, 2016). También fue ganador del Premio Faja de Honor por la Sociedad de Escritores de la Provincia, en la categoría cuento (1998-1999) por su primer libro de relatos *Revelación X*. Tiene un libro de cuentos inédito, así como tres novelas. Vive con su mujer Elena y sus dos hijos de cuatro patas Nena y Memo.

Centro de reprogramación e implantes en cuarentena. Locura en progreso. Origen desconocido. Fin de transmisión en automático.

El Holograma de la legendaria Marilyn Monroe guiñó su ojo, mientras que una aterciopelada voz traspasó a la multitud que caminaba sin ver ni oír, bajo la lluvia ácida:

Heterosexual, homosexual, bisexual, Pansexual, hasta aquí el agotamiento original de las categorías. Para los neófitos, y pensadores de nuestra era, aquellas categorías pronto quedaron superadas cuando surgió Sacha.

Pero ¿cómo y porque surgió? Básicamente, para romper nuestra mirada binaria del mundo. Para abrirla a posibilidades inexploradas de placer hedónico. Los sex shop de antaño con sus burdas prótesis de siliconas fueron la clave, para la creación de bancos de órganos vivientes, los injertos de vagina y pene en brazos cabeza y muslo vinieron después. Cómo todo, vinieron primeros fijos y luego desmontables. La gente podía no ya solo fantasear sino realizar sus más oscuros deseos.

Pero Enterprise Pleasure Corporation quiere ir un paso más allá con Sacha...

—Fin del mensaje —Se volverá activar en los próximos diez, nueve, ocho, siete, seis...

La micro pantalla se apagó.

Lidia Buckaman volvió a pensar en Sacha del otro lado de la pared en suspensión. Tenía que pensar en eso para mantenerse cuerda, al parecer sus recuerdos se mezclaban con los proporcionados por la empresa Enterprise.

—*Ya les dije que el chip orgánico se disolvió, debido a un desperfecto en la matriz. Hemos intentado frenarlo, pero no nos deja. Cada vez que intentamos desconectarlo, se desata en nosotros el deseo.* Fin del mensaje del doctor George, Buckaman.

Dio un puñetazo contra la pared. La mente del sujeto proyectaba sus fantasías y deseos sobre ellos de manera tal que su conciencia quedaba supeditada a la de esa nueva.

—Hay una confirmación de lenguaje diferido fractal, en marcación —dijo la computadora con voz neutra.

—¿Puede remover los restos del chip? —dijo Lidia, mientras sentía un imperioso deseo de tocarse.

La computadora contestó:

—Lo siento Sacha, no puede apagarse de forma permanente.

Lydia apretó su cuerpo contra la pared:

—Recuerda..., intenta recordar, Dios mío...

Sacha y los otros treinta pacientes fueron puestos en suspensión. Buckaman le inyectó el chip a cada uno de ellos antes de dormirlos, por debajo de la tetilla izquierda, cerca del corazón. La sangre lo llevaría a su destino. Lo último en drogas inteligentes.

Sacha se habría ofrecido como conejillo de Indias para experimentos. La historia por ende no acaba ahí donde está siendo preprogramado, sino tres días antes. Cuando Sacha aún era él.

Un oscuro corredor es la mente humana. La barbilla áspera, extraña, placentera, la tetillas duras, diferentes a las mamas, el miembro delgado y duro, como una malformación, como un clitoris rojo que no tenía y que anhelaba. Cuerpos arqueados, abiertos, desmembrados en un gemido lacerante y perpetuo. Entreabrió los ojos. Pero una voz externa le dio la voz de alto. Si no obedecía, subirían las pulsiones, y el placer se transformaría en dolor. Vacío.

George Bukaman se arrastró hacia la bóveda. No esperó a que se lo dijeran dos veces, sentía los electrodos en la sien. Se desplomó, laxo. Pero había logrado transmitir el mensaje...

Alguien gritó un “ella” triunfante, se había demarcado una de las primeras contradicciones, el sujeto macho, había creído ser hembra.

Hubo aplausos y estrépito en las habitaciones contiguas. Pero el doctor Buckaman no estaba de acuerdo, aún había mentalidad polar en el sujeto de análisis.

—Está en reanimación suspendida. El sujeto expuesto demuestra una amplia actividad cerebral. Producto de la droga T4.

—Más estimulación, fue la orden.

“Marca dos” se escuchó gritar a uno de los partidarios de Buckaman, el sujeto experimenta pulsiones auto eróticas.

—Estamos cerca, Lydia.

Los ojos neutros de Buckaman se posaron sobre su mujer. Pensó en la discusión que habían tenido un par de días antes:

—Nuestra mente aún es dual. Cómo nuestro cuerpo, pero y si lo ampliáramos a un mayor nivel... Piensa en las posibilidades...

Hubo un momento de vacilación entre ellos:

—Podemos lograrlo. Ya hemos implementado los refuerzos Lydia, iremos más allá...

—Si el Ministerio del Pensamiento se entera seremos nosotros los conejillos de Indias.

—Tranquila Lydia, prácticamente somos el Ministerio.

Sacha recordaba la entrevista con la mujer, que le dio la tarjeta. Y le dijo que lo pensara. Reconoció en su muñeca la Marca del Ministerio.

Se topó con un taxi eléctrico que lo transportó a las afueras de la ciudad...

Lydia lo vio desde la ventanilla y le hizo gestos con la mano.

Sacha se bajó del auto eléctrico. El complejo no le pareció gran cosa. Observó a otros pobres diablos como él bajarse de los otros vehículos. Le chocó ver las cercas electrificadas. Pero era un resabio de la Guerra del 3054.

George Buckaman miró su reloj implantado en su muñeca.

—Ya debe haber empezado la reacción, cariño, volvamos con Sacha. En el Centro de Reprogramación e Implantes todo era Euforia.

La computadora no dejaba de repetir la buena noticia:

—Éxito total: desintegración de la personalidad. Polaridad quebrada.

El sujeto Sacha ya no es un hombre, ni mujer es mucho más grande que eso...

La droga aplicada generaba múltiples tipos hormonales. Ahora esperaban que se diera una reacción en cadena.

—Bueno, no creo que eso ocurra hoy, dijo el doctor Buckaman. Voy

al replicador. ¿Te traigo algo? Lydia negó con la cabeza.

—Me quedaré a monitorearlo un poco más.

Fue el cansancio. Un sabotaje, un error por parte del sistema. El Doctor Buckaman no lo sabría nunca. La alarma empezó a sonar, y el complejo quedó herméticamente cerrado. Al parecer el sistema se había sobrecargado y la computadora no podía ser reiniciada. El Doctor Buckaman regresó sobre sus pasos con temor.

—No se pueden apagar —dijo Lydia, nerviosa—. Ya intenté todo. Hay una gran actividad cerebral. Es como si su mente nos impidiera apagarla.

Hubo un haz de luz muy fuerte como una explosión sin sonido.

Lydia entreabrió los ojos:

—Intenta recordar... intenta... Dios mío... intenta...

Centro de reprogramación e implantes en cuarentena. Locura en progreso. Origen desconocido. Fin de transmisión en automático.

© Alejandro Zaccardi

LOS CUERVOS DE ODÍN

CHINCHIYA ARRAKENA

Chinchiya P. Arrakena es el seudónimo de Juana Inés Gallego Sagastume. Nació y vive en La Plata, Bs As, Argentina, pero pasó sus primeros años en Campinas, Brasil. Está casada y tiene una hija ya no tan pequeña, con quien comparte la creatividad y fantasía. Si los títulos dicen algo, podemos enumerar: Ingeniera en Electrónica, Capacitadora de aire libre, Coach Ontológico, Docente y Estudiante de Física. En 2015 y luego de haber publicado su primera novela, *Tatuajes en Espejo*, se dio cuenta de que siempre se había negado a sí misma el título de “artista”. Escribe desde siempre: cuentos con temática fantástica o de ciencia ficción, poesía; también reflexiones. Ha publicado cuentos en Axxón, NM, Próxima, en la antología *Tricentenario* y en blogs. Es organizadora de Pórtico – Encuentro de ciencia ficción. Este libro es su primera experiencia como editora.

Para mis masters de rol
y los moteros, compañeros de ruta
(se lee mejor escuchando a Ozzy)

La vieja Vikinga me dice Odín desde que me conoció. Luego descubrí la mitología y entendí el parecido entre ese viejo dios y yo... En ese entonces, yo sólo tenía dos compañeros de ruta. Luego se fueron sumando más, pero el nombre de la banda ya había nacido.

Aquí en la superficie el aire se respira con dificultad, y si miramos hacia arriba, Dark City apenas nos deja ver un recorte de cielo color gris oscuro entre los edificios. Las luces de neón del primer estrato se adivinan entre el humo de las cocinas y de las máquinas. Nuestra banda siempre se desplaza por la calle, porque para nosotros es más seguro. Aquí la muerte está de nuestro lado, mientras que arriba, a medida que subimos más niveles, nos encontramos con más agentes de las distintas compañías. Los cyclones¹ gastan mucho menos combustible en la superficie, pero alguna vez hemos salido en bandada hasta el tercer nivel.

Recuerdo que en una de esas oportunidades nuestro botín fue muy bueno. La mayoría de nosotros tiene aburridos trabajos oficiales, pero robar a las compañías que han llevado a la miseria a la gente de Dark City siempre es un placer. Esa noche volvimos con armas y tecnología que vendimos muy fácilmente. Por desgracia en el aire no somos tan

¹ Cyclones: vehículos de dos ruedas parecidos a motocicletas, que pueden convertirse en aéreos cuando se activa una transformación mecánica.

sólidos como grupo: uno de los nuestros murió sin retorno² y varios salimos heridos, entre ellos mis dos secuaces, mis Cuervos laderos. Brian no volvió a ser el mismo... Aunque le pagué el mejor bombeador de adrenalina que pude conseguir, tuve que reemplazarlo por otra persona.

Mis Cuervos hoy me han traído noticias interesantes: hay una partida de cyberimplantes llegando esta noche a la bahía de carga 8. Sabemos que no son legales, que seguramente estarán “frescos”.³ La compañía que los trae tampoco es de las más fuertes aquí.

Me pica el ojo que no tengo. Son buenas noticias. Es como la anticipación de la acción, una seguridad de que las cosas van a salir bien para todos.

—Helga, una cerveza.

—¿Roja?

—¿Hay de otra?

—No. Bueno, sí, pero no es cerveza —me da la lata—. ¿Qué ve tu ojo hoy, Odín? Se lo nota inquieto.

No sé cómo hace para saberlo. Estas cosas de las viejas siempre me sorprenden. Los mínimos movimientos me delatan, pero es ella quien los ve, y no mis enemigos. Siempre me siento vulnerable cuando hablo con la Vikinga, como si fuera una hechicera.

—No te asustes, amigo. Mi implante de audición es muy sensible y puede notar pequeños cambios en tu voz, en tu dispositivo ocular, en los de todos. Me ha salvado más de una vez en esta vida de bar de superficie. Cuando alguien está por disparar, antes se delata, pero yo me anticipo más por la práctica que por la tecnología —hace un gesto velloso, saca sus dos pistolas, y las vuelve a guardar, con una sonrisa.

Es bueno tener amigas así en Dark City. La gente de Grela, nuestro barrio, piensa que soy invulnerable, pero yo sé muy bien que un día de estos me pueden meter un tiro en la nuca. Por eso siempre elijo bien a mis laderos: Nakey conoce el terreno de memoria, cada recoveco y de donde viene cada uno de los tristes personajes que nos encontramos a diario. Mientras que el otro, bueno, he tenido que elegir a una chica porque es la única de nosotros que tiene el pensamiento despierto.

Cuando conocí a Alenka parecía un gatito escuálido abandonado en

² “Morir sin retorno”: morir sin posibilidad de implante de conciencia.

³ Fresco: usado, arrancado de algún cuerpo, normalmente con manchas de sangre.

el callejón. Uno de los chicos quiso aprovecharse de ella, pero la pequeña nos sorprendió a todos rompiéndole la mandíbula con un gancho muy bien entrenado. Le dije que se calmara y la invité a comer. Al principio lo dudó, y me miró con esos ojos que parecían dos pozos negros, con una expresión mezcla de furia y súplica. Comió con una voracidad animal, y jamás bajó la guardia. Adiviné que Alenka no era su nombre verdadero, pero ninguno por aquí conserva su nombre por mucho tiempo. Por más que hace rato permanece en nuestro grupo, no ha perdido su figura flaca y fibrosa, su mirada alerta.

Hoy es Alenka quien me ha traído la noticia del cargamento, aunque ha dejado que Hugo sea quien me lo diga. Ya conozco sus yeites⁴: siempre se queda un paso atrás, ella nunca busca destacarse. Un perfil bajo, y no sólo por su estatura.

La cerveza es buena, pero como todo, se termina.

—Mis queridos Cuervos, es hora de volar a nuestra cueva.

Una de las pocas cosas que me gustan aún más que la cerveza es el rugir de todos los motores al mismo tiempo, cuando van detrás de mí recorriendo las calles. Ese violento ronroneo me eriza la espalda y hace que mis ojos sonrían. Las banderas de nuestras motos flamean, haciendo que los Cuervos de nuestro emblema aleteen. Somos como una bandada, y lo único importante es no dejar a nadie solo. El grupo va al ritmo del más lento. Los nuevos circulan dentro de la formación. El que va delante avisa por señas cómo está el camino, si hay baches, si vamos a detenernos. Los demás vamos replicando el mensaje hasta el último. Las reglas son simples, pero establecen un orden dinámico: nadie se queda por mucho tiempo en el mismo lugar de la formación, ni está especialmente interesado en ir adelante. Vamos siempre en unión y libertad.

Llegamos al galpón, estacionamos las motos una al lado de la otra a un costado y hacemos la revisión de rutina contra dispositivos espías. Ya una vez nos madrugó⁵ la banda de los Legionarios, y nunca dejamos que eso sucediera de nuevo.

Discutimos con calma nuestras ideas sobre cómo atacar la bahía 8. Tiene que ser esta noche, porque para mañana habrán movido la carga.

—Seguro nos esperan, a nosotros o a otros.

—No creo que muchos sepan qué hay adentro de ese contenedor, Chuky.

⁴ Yeite: Manera de hacer las cosas para que se desenvuelvan correctamente

⁵ "Madrugar a alguien": adelantársele en una acción

—No... Pero mejor no arriesgarse —dice el Panza—. ¿Llevamos los sidecar?⁶

—Yo digo que llevemos dos o tres, y con eso nos arreglamos. Si no, vamos a ser muy lentos.

Decidimos que las chicas lleven los sidecar para cargar la mercadería y nuestras municiones, y los demás vamos con las motos bien livianas. Mis Cuervos laderos las usarán en modo cyclon.

Ya en la ruta, vamos en formación fija: dos filas de motos, todos a la misma velocidad. Los de adelante son los más blindados. La ruta está bastante deteriorada, se nota que son frecuentes las batallas entre compañías. Hace muchísimo frío, y, a pesar de los guantes térmicos, me duelen los dedos. No hay caso con el viento helado: por más capas de abrigo que tengas, algo se cuela. Lamentablemente no tenemos tanto dinero como para comprar ropa aislante de verdad. Eso es sólo para los oficiales de las compañías... Pero por lo menos el blindaje también sirve contra el viento.

Llegamos, al fin.

Ápenas nos ven, comienzan a disparar, como esperábamos. Buscamos dónde dejar las motos y refugiarnos para aguantar. Alenka y Nakey, desde el aire, lanzan granadas estratégicas sobre los guardias.

El estruendo sacude mi cuerpo.

Antes de que se reorganicen, debemos terminar el ataque.

—¡Ahora!

Avanzamos agachados y buscando cubrarnos con los escombros que han dejado las explosiones.

Una nueva ráfaga de balas nos avisa que son muchos, y que ya están en posición de nuevo. Mis Cuervos han bajado a tierra y dejado sus máquinas: como elemento sorpresa su función está cumplida; ahora se unen a los demás para continuar.

Hay un par de heridos graves. Por suerte uno de ellos tiene una moto con retorno automático. Logran ayudarse entre sí y huir. Todos sabemos que ahora viene lo peor.

—¡Abrir!

⁶ Sidecar: carritos que se ajustan al costado de las motos, para llevar una persona o equipamiento

Nos dispersamos. Estamos muy cerca pero ellos aún no han disparado con todo su poder.

Ahora el ruido lo provocan los guardias: han usado las bazukas. Por desgracia para ellos, no tienen idea de dónde estamos realmente, ni de lo rápido que nos estamos moviendo.

Alenka, veloz como una rata, se escabulle y mata a cuchillo a un par. Su especialidad: el silencio. Hugo y Nakey saltan con sus extensores blindados y caen sobre los guardias.

Esperábamos mechas...⁷ Es una sorpresa que estén tan desprotegidos. ¿Cuál es la trampa?

En poco tiempo más, están todos muertos. Abrimos el contenedor y se enciende un dispositivo que lanza un gas venenoso.

—¡Demonios! ¡Atrás! ¡Atrás, atrás!

Uno de los chicos, no distingo quién, cae con convulsiones. Corremos perseguidos, literalmente, por la muerte.

Cuento diez segundos. No tenemos mucho tiempo, las alarmas en algún lado deben estar sonando.

—¡Volvemos! ¡Es ahora o nunca! ¡Sidecar!

—¡Roger!

Los que tienen máscaras sacan los implantes del contenedor. El hedor es insoportable: la mezcla del gas y de la podredumbre que hay ahí dentro.

Un grupo toma las armas de los guardias muertos. Nos encargamos de prender fuego a todo con mucho combustible, para saturar la visión de infrarrojo de los satélites.

Ha sido un golpe provechoso. Volvemos a casa dando un rodeo por fuera de la autopista, por un camino de tierra abandonado.

—¡Recuento! —grito por la radio.

Uno a uno se van identificando, incluyendo a los dos heridos que se fueron en la moto. Nos faltan dos: el que cayó con convulsiones y...

—¿Nakey?

—¡QRV!⁸

—¿Alenka?

⁷ Mecha: armadura robótica que da gran volumen y fuerza a quien la usa

⁸ QRV: dentro del código Q, usado por radioaficionados y operadores de radio en general, significa "Estoy listo" o "Preparado".

Silencio.

¡No puedo dejarla! Pero...

—Odín... ¿Quieres que vuelva a buscarla? —dice Nakey.

Se me hace un nudo en la garganta al decir:

—No, es una locura. No saldrían vivos ni tú ni ella.

Silencio de radio. Sólo se escuchan los motores y el viento.

Llegamos a nuestro refugio. Una vez aquí, somos casi intocables. La policía nunca anda por este estrato, y las fuerzas de seguridad se dedican a objetivos más grandes. Somos unos simples moteros buscando “carroña”.

Hacemos un inventario de todo lo que hemos traído: cyberimplantes de extremidades, sintonizadores neurales de radio, ajustes de puntería para armas livianas, sensores IR y UV, infrasónicos...

Los chicos están cocinando algo y yo no puedo dejar de pensar en la pequeña. Siento que soy responsable de ella. Yo la saqué de la calle. Que muera como un perro y se pudra en el desierto no me parece correcto... No para ella.

Nakey se ha dado cuenta de que no probé bocado. Los demás parecen estar viviendo una noche maravillosa, entre cervezas y ventas por la web, que festejan ruidosamente. Poco a poco algunos van quedando dormidos, y otros se van yendo.

Subo la escalera hacia el cuartucho que hago llamar “la oficina”. Chequeo en la terminal lo que hacen los muchachos y compruebo que es para festejar. El material que hemos traído es de primera y ya casi se ha vendido todo.

Me tomo un tercer vaso de whisky con hielo y me acomodo en el enorme sillón que hay al costado de la puerta.

Despierto con frío. Me asomo a la baranda que hay ante la puerta de la oficina. Alguien ha abierto el portón y está saliendo en moto. Es Nakey.

—¡Pst! ¿Qué haces?

Me mira como un niño a quien han descubierto en una travesura, luego baja los ojos y dice:

—Creo que ya lo sabes.

—Voy.

Nos abrigamos apresuradamente, como si de repente fuera crucial el tiempo, luego de haber dejado pasar tantas horas. Será que hemos tomado valor... Puedo imaginarla con la mirada fija en el suelo, pero no quisiera que sus huesos queden ahí, blanqueándose con el sol despiadado.

Nakey y yo vamos por el camino por el que retornamos. En la pantalla de los cyclones vemos que aún nos faltan un par de kilómetros, pero por precaución dejamos aquí nuestras monturas.

En el lugar donde estaban los contenedores de la bahía 8 no hay nada, salvo escombros y metal retorcido. En mi escáner portátil comienzo a buscar a Alenka. Tengo esperanzas de encontrarla viva, contra todo pronóstico. Nakey camina abriéndose, como para cubrir otra parte del terreno.

—Aquí fue donde bajamos con los cyclones. Luego ella corrió... —Nakey me hace un relato pormenorizado de las acciones que llevaron a cabo en conjunto. Pensando en otras posibilidades, voy recorriendo lentamente el lugar, mirando la pantalla, y el entorno, sin descuidarme. Mi ojo está en “detección de infrarrojos”—. ¡Odín! ¡Por aquí! Oh... demonios...

La encontramos. Está viva, pero ha perdido mucha sangre, que le mancha parte de la cara, el torso... Y no tiene nada debajo de la rodilla izquierda. Ha podido improvisar una curación de emergencia, sin eso se hubiera desangrado.

Despliego una manta en el piso. Al alzarla, noto que mis brazos se levantan de más, de tan liviana que está. Nakey revisa su cuerpo buscando más heridas y las encuentra. Un par de orificios de balas, por suerte con entrada y salida.

—¡Vamos! Antes de que nos descubran.

Recorremos a paso firme la distancia que nos separa de las motos. Despliego la parte posterior de la mía y acomodo a Alenka, asegurándola. Nos vamos despacio para no levantar polvareda.

—¡Hey, Rana! ¡Necesitamos un tecnomédico urgente! —apenas comienza la mañana para los Cuervos, y no reaccionan bien ante mi urgencia.

—¡Qué...! ¿La fueron a buscar? —dice Rana, caminando con pasos apresurados hacia el cuarto donde están todos los cyberimplantes. Allí,

ordena con velocidad todo lo que puede, despeja la mesa, se lava las manos y comienza a esterilizar instrumentos.

Nakey y yo colocamos a Alenka sobre la mesa, y procedemos a mojarla para quitarle las ropas pegadas de sangre.

Rana nos echa y llama a Chuky para que la ayude. Él siempre está a su lado en estos casos... Bueno, no hemos tenido muchos casos de encontrar a uno de los nuestros al borde de la muerte, pero sí hemos implantado a la mayoría de los Cuervos.

Miramos desde afuera por la ventana de vidrio, y se nos van sumando los demás, a medida que despiertan.

—¡Uy está hecha pedazos! ¿Está muerta? ¿La van a hacer volver? —dicen varias voces, mezcladas.

—¡No, no está muerta! —dice Nakey—. ¿No ves allá el “piip, piip”, imbécil? Necesita una pierna nueva, nada más...

—Oh, no... ¡Yo quería esa pierna y me dijeron que la venderían! ¡Es de lo mejor que hay! —dice Moli.

—¡O se callan o les haré poner un implante de cerebro, imbéciles! Es mi cuerva, y al que no le guste se puede ir a pasear con los Legionarios o con las Ratas del Asfalto...

Uno a uno, se van cansando y se van retirando. Pasan las horas. Rana usa dos bolsas de sangre con nanites.⁹ Chuky la ayuda sentado en un banquito alto; sus ojeras se han hecho profundas y sus ojos están enrojecidos. Rana no tiene ese problema: hace años que tiene ojos con VAEP.¹⁰

La operación es un derroche absoluto. Algunos se preguntan por lo bajo si vale la pena, y por qué no usamos directamente todos los implantes en miembros de la banda, en lugar de venderlos.

No sé qué me pasa... Si Alenka muere después de todo esto, habré perdido autoridad entre los míos, y si vive... Vuelvo a recordarla como cuando la vi por primera vez. Ahora está más indefensa aún.

Al fin, me gana el cansancio y decido que de todas maneras aquí soy inútil. Nakey me ve irme y me sigue.

—Jefe... —duda un instante—. Discúlpame, fue una estupidez. No podía soportar que otro de los nuestros muriera así. Esto es mi culpa, yo no debería...

⁹ Nanites: nano máquinas que regeneran tejidos de manera inteligente. Tienen una vida útil corta, y se eliminan por la orina.

¹⁰ VAEP: visión aumentada en espectro y precisión

—Cállate, Nakey. Yo también quise rescatarla y no me arrepiento. Al menos, que muera entre nosotros, entre los Cuervos.

No sé en qué momento de la conversación me quedé dormido sobre la mesa, y alguien me sacude por el hombro.

—Odín. Alenka te llama.

Al levantarme, me duele en todo el cuerpo la falta de descanso, y, por qué no admitirlo, la edad.

Entro al cuarto y la veo. Murmura algo sin abrir los ojos. Me acerco para escucharla.

—Odín, soy tu cuerva. No me dejes. Soy yo, soy Alenka. Odín...

Quizás piensa que sigue en el desierto... Las drogas anestésicas suelen desorientar a la gente.

—Estoy aquí, pequeña. Estoy aquí.

Le tomo la mano, que está helada, y ella la aprieta sin fuerza.

Rana me dice al oído:

—Quédate si quieres, yo iré a comer algo y descansar, luego te relevo, ¿sí?

—Gracias, Rana, eres genial. Dile a los chicos que traigan cerveza, queso y pan... Y hagamos un asado. Tengo un anuncio que hacer. Pero la necesito despierta.

—Odín, no quiero mentirte. En las próximas horas puede despertar... o quizás rechazar el implante. Sin entrar en detalles técnicos, Chuky y yo hicimos lo mejor que...

—Ya lo sé, y te lo agradezco. Esperaré entonces.

Alenka duerme y respira tan débilmente que por momentos le acerco un espejo para ver si lo empaña, o miro el silencioso monitor de su corazón.

Hemos pasado muchas cosas juntos, desde que la rescaté. Primero, iba conmigo en la moto, y me atendía en cada capricho: “alcázame aquello”, “ve a buscar a fulano”, “cómprame una cerveza”. Luego, le enseñé a manejar. Jamás olvidaré su cara de concentración cuando ponía primera e intentaba soltar suavemente el embriague. Muchos otros se rindieron antes, y usan motos automáticas, pero todo el mundo sabe que las clásicas son mejores. Su primera moto fue robada después de

una refriega con otra banda, y ella la personalizó hasta el último detalle. Una chopera pesada, con alforjas de cuero de imitación, color negra con dibujos tribales en violeta y rojo, y una calavera de águila puesta encima del faro de adelante. Solía poner una música espantosa, pero esas ocasiones eran las únicas para verla sonreír. Luego pudo comprarse un cyclon usado. Comprendí que ya había crecido, que ya había aprendido, literalmente, a volar del nido. Pensé que la vería desaparecer en cuestión de semanas... Y así fue.

Voló por toda la maldita ciudad, recorrió Dark City de arriba abajo y en todas direcciones. Y volvió con noticias para la banda. Nakey ya era mi Cuervo, y conversaron durante días enteros. Supongo que fue allí donde se enamoró de ella... Bueno, eso creo.

Las veces que hemos estado en crisis, siempre estuvo a mi lado con ideas rápidas y certeras. Es como si hubiera nacido para estar en peligro.

Hugo viene hacia mí y dice:

—Odín, ¿por qué no comes algo? Los Cuervos se han terminado casi todo, y en un ratito ya va a estar el asado.

Escucho desesperanza en su voz. Miro a Alenka y le susurro:

—Pequeña, es hora de que despiertes.

Nada. Pasan un par de minutos. Hugo se inquieta.

—Vamos, amigo...

—Sí, Hugo, vamos.

Voy hacia el patio trasero y el olor de la carne me abre un apetito voraz. ¿Cuántas horas hace que...?

—¡Al fin, Jefe! ¿Te hiciste esperar, eh? —dice Chuky. Sé que está intentando relajar el ambiente, que está un poco enrarecido.

—Mis queridos Cuervos... Les agradezco muchísimo el asado y espero que haya suficiente vino y cerveza —me alcanzan una jarra—. Tengo algo que decirles.

Sí, tengo algo que decirles... Pero ¿qué? Algo que sea inspirador, pero que sea cierto, no una promesa de político en campaña.

—Alenka ha sido una de mis Cuervos por muchos años. Ustedes ya saben lo importante que fue... que es... que ha sido para esta banda...

Se me corta la voz y tomo un trago de cerveza de la jarra.

—Quiero que sepan que todos...

Se oye un estrépito a mis espaldas. Como un espectro, Alenka aparece apoyándose en la puerta. Rana corre a sostenerla y la ayuda a sentarse.

—¡No debiste haberte levantado!

—No teníamos que dejarla sola... —protesta Nakey.

Hugo le ofrece algo para comer, pero Rana dice que debe esperar unas horas más. Poco a poco se van relajando, le dan agua, comienzan las bromas. La noche es cálida y el fuego nos ilumina un poco más que la luz que sale de la ventana. Alguien pone música y otros traen más bebidas.

Ya casi se han terminado los últimos trozos de carne, cuando Alenka levanta la mano en un gesto que pide silencio.

—Cuando llegué, interrumpí a Odín —dice con voz suave. Traga saliva—. Quiero saber qué iba a decir en mi obituario.

Esa sonrisa torva es impagable. Estallan las risas de todos y me piden que continúe. De repente, se me ha aclarado eso tan importante que tenía que decir, lo que hará que el grupo se aglutine y se solidifique. El regreso de Alenka marca un momento clave, un antes y un después... Sonríó con la idea: el mensaje que paladeo sin soltar aún tiene la fuerza de la verdad, de un destino descubierto. Tengo una responsabilidad en esta vida que me ha tocado, y recién se me revela.

—Lo que iba a decir es muy simple: a partir de hoy, los Cuervos no mueren. Odín decide sobre la vida y la muerte, y sus Cuervos la anuncian. No dejaremos a ningún Cuervo atrás en otras rodadas. Por supuesto, cualquiera puede dejar el grupo e irse si lo desea, o morir si así lo anuncia. Pero esta noche es la que marca el comienzo verdadero de Los Cuervos de Odín.

El grupo estalla en aplausos y gritos, y yo, por un momento, me creo inmortal.

© Chinchiya Arrakena

Quiero agradecer de corazón a todo el equipo que hizo posible este libro:

A Sofía Cos y Martín Casatti, por darle forma a la convocatoria y luego continuar, como siempre, coordinando junto conmigo las tareas por hacer.

A Laura Ponce por brindarnos toda su experiencia y su trabajo en la maquetación y gestión editorial.

A Dani Leone, que nos regaló la maravillosa ilustración de tapa.

A Eduardo Carletti, que nos apoyó desde el primer Pórtico, y que escribió el prólogo de esta edición.

A Ignacio Corbalán, Rolando Condis (Rol con), Carlos Feinstein y Flavia Gómez Albarracín, por leer y seleccionar los cuentos.

A lxs autorxs de los cuentos por confiar en mi trabajo inexperto y sumarse con entusiasmo, a esta Primera Antología de cuentos de Pórtico.

A lxs colaboradorxs de Idea.me, algunos de los cuales sólo han dejado un nombre de pila o sobrenombre, sin cuyo pedido anticipado en la plataforma de financiación colectiva este libro no hubiera podido entrar a imprenta:

Emmanuel César Rubio, Marcelo C. Cardo, Urbeoscura, Vico, Rolcon, Kurara Himura, Hernán Domínguez Nimo, Daniel Contarelli, Florencia Irene Canosa, Laura Bravo, Natalia Bergoglio, Santiago Moreno, Lucía V, Gustavo Albornos, Paula Irupé Salmoiraghi, Amaranta, Sabri, Virginia Cortes, Pappo Carpo, Cecilia, Juani, Guillermina Curcho, Pablo Martínez Burkett, Susu, Fede, Mary, Jack H. Vaughanf, Metalhead, Patito, Alexandra, Mónica, Malena Baños Pozzati, Claudia Cortalezzi, a Raúl Castro, que aún a la distancia (¡desde Alemania!) nos sigue apoyando y a Isabel Santos, gran promotora y participante del proyecto.

Por último, y no menos importante, a nuestras familias y amigos que conforman, casi, nuestro club de fans, porque nos ayudan a seguir imaginando y expandiéndonos en este mundo inagotable que es la Ciencia Ficción.

Chinchiya P. Arrakena
Editora de Futuro Imperfecto
y Organizadora de Pórtico

Prólogo, por Eduardo Carletti

Introducción

| | |
|--|-----|
| RAMADA, de Hernán Domínguez Nimo | 13 |
| COSAKAIT, de Paula Salmoiraghi | 21 |
| AMOR CARRUSEL, de Patricio Bazan | 35 |
| ROSITA, de Isabel Santos | 41 |
| LAS PALABRAS DEL ÉTER, de Laura Bravo | 51 |
| CURVA DE APRENDIZAJE, de Martin Casatti | 59 |
| POTRERO, de Alexandra Jamieson | 73 |
| ORIGEN DESCONOCIDO, de Patricia Kieffer | 79 |
| EL LLAMADO DE VYRYLYA, de Fernando Manavella | 87 |
| INTERLUDIO, de Fabiola Soria | 97 |
| LLUVIA, de Lucía Vazquez | 105 |
| LA MÁQUINA DOPADA, de Jack Vaughanf | 113 |
| GRIS, de Angel Alvelo | 125 |
| LA MUJER DE TURING, de Flor Canosa | 133 |
| SASHA, de Alejandro Zaccardi | 141 |
| LOS CUERVOS DE ODÍN, de Chinchiya Arrakena | 147 |

Agradecimientos

